



HARLEQUIN

Deseo

El secreto del millonario

Ryanne Corey

Deslo

El secreto del millonario

Ryanne Corey

 **HARLEQUIN™**

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Tonya Wood
© 2016 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
El secreto del millonario, n.º 1189 - enero 2016
Título original: The Secret Millionaire
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2003

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-8046-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo Uno

Zack Daniels era un macho alfa de la cabeza a los pies, desde la coronilla de sus lustrosos cabellos de color ébano hasta las puntas azules y blancas de sus cómodas Reebok.

Lo sabía porque veía el canal de Planeta Animal y se había familiarizado con las características de los lobos, perros o leopardos dominantes. Animales o humanos, no era difícil reconocer a un macho alfa. Impulsados por su poderoso instinto, sabían sobrevivir en circunstancias adversas y siempre estaban dispuestos a pelear para mantener el orden en la manada.

Como correspondía a su condición de macho alfa, a Zack no lo molestaban las broncas. De hecho, en aquellos momentos se moría por pelear. Necesitaba desahogarse.

Sabía, sin sombra de duda, que era el ser humano más frustrado de todo el Estado de California. Y al traspasar la frontera de Oregón en su Lotus Esprit plateado, se convirtió en el ser humano más frustrado de Oregón. ¿Por qué?

Porque estaba de vacaciones.

Zack podía comprender que un contable, un abogado o el comercial de un banco estuvieran deseosos de tomarse quince días de descanso. Los pobrecitos estaban sujetos a la rutina, clavados a una mesa en la que realizaban tareas tediosas como facturaciones, hipotecas y balances. ¿Y qué les procuraba al final del día todo su esfuerzo? ¿Podían asomarse a una celda de seguridad y saludar con la mano a un peligroso criminal al que habían perseguido y detenido? No. ¿Y con cuántas doncellas en apuros tropezaban en su trabajo? Con ninguna. Estaban ansiosos por cortar la ineludible monotonía de sus vidas.

Zack, por el contrario, tenía un trabajo de ensueño. Era policía, y se enfrentaba con alegría con el peligro y lo imprevisible a fin de hacer un mundo mejor. Y no era un juego de niños, sino una ruleta rusa a la que se entregaba en cuerpo y alma; no sabía hacer las cosas a medias. Detestaba dormir

únicamente porque podía perder la oportunidad de proteger, servir y defender a sus congéneres. Detestaba cenar en un restaurante de lujo porque sentía que estaba incumpliendo con su deber si desconectaba el buscapersonas durante dos horas. Pero, más que nada en el mundo, Zack detestaba tomarse un absurdo descanso de una vida que le iba que ni al pelo. Y, en aquellos momentos, lo aguardaba un período indefinido de tedio, rechinar de dientes, migrañas y mordedura de uñas.

Había logrado eludir las vacaciones durante cuatro años. Por desgracia, hacía poco, su compañero y él habían caído en una emboscada durante una redada antidroga. «Pappy» Merkley era un negro colosal con aspecto de jugador de rugby más que de policía. Zack siempre había creído que su amigo y mentor era inmune al peligro, pero aquel día le metieron dos balas en el pecho. Había estado dos días al borde de la muerte, pero el veterano cincuentón era un luchador. Tanto mejor, porque Zack habría armado la de Dios es Cristo si un gigante idealista y amable como Pappy hubiera perdido la vida por culpa de un traficante de tres al cuarto. En cuanto Pappy salió de la UCI, Zack se propuso administrar lo que él mismo calificaba de «revancha legal».

Zack tenía muchos amigos que lo conocían bien, y ninguno quería estar a treinta kilómetros a la redonda cuando Zack divisaba una injusticia y perdía los estribos. Su capitán, Benjamin Todd, sabía que solo era cuestión de tiempo que su leal pistolero localizara al tirador y se metiera en líos. Todd lo había condenado a unas vacaciones indefinidas «fuera de California» hasta próximo aviso.

A los machos alfa solía costarles trabajo ceder el poder a figuras de autoridad, y Zack no era una excepción. Detestaba sentirse frustrado en su trabajo... casi tanto como detestaba tomarse unas vacaciones.

Por el momento, llevaba nueve horas de vacaciones y cada minuto se le hacía insoportable. Por si fuera poco, le dolían la cabeza y la garganta, y temía estar pillando un resfriado. No lo sorprendía; su estado de salud era directamente proporcional a las batallas que libraba en la guerra contra la delincuencia. Los desafíos constantes lo mantenían de buen humor y en buena forma física. La ausencia de desafíos, por no hablar de la dosis de frustración, se traducían en estornudos y catarro. Como era de esperar, Zack empezó a suspirar por una cama y una caja de pañuelos de papel. Cuando los estornudos lo llevaron a un minúsculo pueblo llamado Providence, decidió que era un

lugar tan bueno como cualquier otro para pasar la noche.

Estaba oscureciendo, y la luz rosada del ocaso hacía maravillas con el acabado de color platino del Lotus. El exótico deportivo llamó bastante la atención mientras recorría la calle principal. Ninguno de los amigos o colegas de Zack habría reconocido el vehículo, por la sencilla razón de que lo tenía escondido en el garaje, cubierto por una funda de gamuza. Como los demás polis que conocía, Zack conducía un utilitario destartado con neumáticos gastados y demasiado kilometraje. El que pensara dedicarse a la defensa de la ley por dinero podía llevarse una gran decepción.

Aunque se vestía, caminaba y hablaba como un poli, Zack tenía unos cuantos secretos que guardaba con un celo casi religioso. ¡Que Dios lo ayudara si alguno de sus compañeros averiguaba que tenía el coeficiente de inteligencia de un genio! Aunque su memoria fotográfica lo ayudaba enormemente en su trabajo, no hacía gala de ella. No podía evitar ser inteligente; había nacido así. ¿Qué culpa tenía si se había licenciado en Berkeley con premio extraordinario con poco esfuerzo y escasa dedicación?

A sus treinta y tres años, Zack era un experto en disimular su prodigioso intelecto. Aun así, había retos irresistibles. Durante su último año de carrera, asistió a una conferencia sobre economía en el que el catedrático comparó el mercado de valores con una mesa de blackjack de Las Vegas. A Zack le picó la curiosidad, y empezó a estudiar el mercado de valores hasta que se familiarizó con el sistema. Empezó comprando acciones con la pequeña herencia de su padre y, con el paso del tiempo, fue invirtiendo a la baja con éxito. Conclusión: estaba podrido de dinero. Pero solo lo sabían su banquero y su abogado; Zack temía que sus compañeros dejaran de considerarlo «uno de ellos» si se enteraban de que estaba forrado. Aun así, de vez en cuando se daba un capricho, como el Lotus. Poder sacar a la calle su cohete de tierra plateado era la única ventaja de aquellas vacaciones. No había duda: a los machos alfa les gustaba vivir deprisa.

Cuando detuvo el poderoso Lotus delante de un semáforo, se fijó en un cartel del escaparate del supermercado del pueblo: *¡Adiós al resfriado! Ahorre en todos los productos antigripales.* Ni corto ni perezoso, aparcó delante del establecimiento alegrándose de poder poner fin a la jornada. Había visto un motel al final de la calle y, en menos de media hora, pensaba estar medicado y acostado. Cuando se despertara, ya habría dicho adiós a otras ocho horas de vacaciones.

Se apeó del vehículo, atravesó la cortina de lluvia y sacudió la cabeza como haría un labrador negro al salir del agua. Llevaba unos vaqueros deshilachados casi blancos en las rodillas, una camiseta gris y una vieja chaqueta de cuero marrón que el uso había dejado suave como la mantequilla. A no ser que lo llamaran para prestar declaración ante un tribunal, aquella era su «ropa de trabajo». Desde que ascendió a detective, cuatro años atrás, no solo podía prescindir del corte al uno y del horroroso uniforme de agente de patrulla, sino que tenía luz verde perpetua para atrapar a los malos y ayudar a mantener el orden en la manada de Los Ángeles, California.

Hasta aquel día. Las instrucciones del capitán Todd habían sido muy claras.

–Olvídate del trabajo y lee un libro o algo así.

En opinión de Zack, Todd era un sádico. De todas formas, al salir de la ciudad, se había pasado por una librería y había comprado el *Universo en una cáscara de nuez*, del físico Stephen Hawking, un libro que jamás habría comprado en presencia de cualquiera de sus compañeros. Pero un poco de lectura ligera lo ayudaría a pasar el rato.

De acuerdo con el cartel que colgaba de la puerta corrediza de cristal, solo disponía de dos minutos para abastecerse de medicinas antes de que cerrara la tienda. Con paso ligero, recorrió los pasillos del uno al diez y, por fin, en el pasillo número once, encontró las medicinas. Hizo acopio de remedios antigripales, incluido un jarabe contra la tos con un alto contenido en alcohol. Mientras rebuscaba en el estante, un joven empleado estaba fregando el suelo en torno a sus Reebok; parecía irritarlo que Zack pudiera ser el responsable de que su turno se prolongara treinta segundos más de la cuenta.

–Eh, relájate –gruñó Zack, y se sorbió la humedad de la nariz; no estaba de humor para que un adolescente con espinillas le diera la lata–. Y dime dónde están los pañuelos de papel.

–Los tiene justo detrás –masculló el empleado, y señaló con el extremo de la fregona–. Un poco más y le habrían mordido. Pero dese prisa; ya son las diez y van a cerrar la caja.

Era evidente que aquel muchacho no sabía con quién estaba hablando. Zack decidió ponerse obtuso por la sola razón de que se sentía desgraciado y le parecía justo que el resto de los mortales padecieran su misma suerte.

–Pues esta noche no vais a cerrar a las diez en punto, chaval. ¿Sabes por qué? Porque quiero dar una vuelta y cerciorarme de que tengo todo lo que necesito. Estoy acatarrándome y quiero estar preparado.

El empleado le lanzó una mirada furibunda a través de los cristales de sus gafas de montura metálica.

–Entonces, dígame lo que necesita y lo ayudaré a encontrarlo... *deprisa*.

–Ese es el problema; uno nunca sabe qué es lo que olvida hasta que no es demasiado tarde. Echaré un vistazo por toda la tienda para ver qué se me antoja. Puede que una bolsa de agua caliente, o una infusión. Y vitamina C; mi madre siempre decía que era buena para... mi madre siempre decía... ¡Diablos!

Una mujer había doblado la esquina deprisa y corriendo, tratando de llegar a tiempo a la caja. Era alta, esbelta y de aspecto exótico. La melena le caía hasta la cintura como una cortina multicolor de tonos castaño dorado, marfil y rubio oscuro. Llevaba un chaquetón de cuero negro abierto, que dejaba al descubierto un jersey de color crema con lentejuelas blancas. Lucía unos vaqueros negros y unas botas de cuero de tacón alto de un llamativo color cereza. A Zack le gustaban las mujeres que se vestían de cuero. Por desgracia, aquellas botas tan sugerentes eran un peligro en el suelo de linóleo recién fregado.

Zack comprendió con alborozo que iba a ser necesaria la intervención de un héroe. Le encantaba serlo. Todo ocurrió muy deprisa; la bota izquierda empezó a resbalar sobre el linóleo y la joven lo miró con impotencia y perplejidad. Tenía los ojos azules más luminosos y cristalinos que Zack había visto nunca, y estaban circundados de pestañas larguísimas. El color vibrante y claro creaba un contraste arrebatador con el tono dorado de su piel. Zack tuvo que darse una bofetada mental para reaccionar, soltar las provisiones de medicamentos y abrir los brazos para atrapar la carga femenina y fragante que cayó en ellos.

Pesaba un poco más de lo que había imaginado, pero logró sostenerla. Durante un instante maravilloso, la tuvo completamente en sus brazos.

–Me encanta esta tienda –comentó, y guiñó el ojo al empleado, que lo miraba, atónito. De repente, el muchacho no lo irritaba tanto.

La joven que tenía en los brazos puso los ojos en blanco y le hundió un tacón de aguja en la espinilla.

–¡Dios mío! –dijo en tono inocente cuando él hizo una mueca de dolor–. No sabes cuánto lo siento. Será mejor que me sueltes, no vaya a hacerte daño otra vez sin querer.

–Dudo que sea lo mejor –Zack suspiró, porque solo podía sostenerla en los brazos protectores de la ley durante un tiempo limitado–. Pero te soltaré

porque me lo has pedido con educación y llevas unos tacones muy afilados.

La soltó a regañadientes, y la joven echó a andar en cuanto puso los pies en el suelo. Sin más. Lo había despachado.

–¿Cómo? –preguntó Zack a la espalda del chaquetón de cuero—. ¿Ni «gracias» ni «hola» ni amor a primera vista?

La joven volvió la cabeza y parpadeó; Zack creyó sentir un soplo de brisa en la cara.

–Eres mono, pero un poco engreído. Gracias por tu ayuda. Adiós –dijo, y desapareció por el pasillo.

–No la había visto antes –comentó el empleado en tono perplejo; ya no parecía tan disgustado por estar trabajando más de la cuenta—. Si no, me habría acordado. Estaba como un tren.

Zack lo taladró con su mirada gris, la misma que empleaba con gamberros adolescentes.

–Tú a lo tuyo, chico. Mira, a alguien se le ha roto un frasco de jarabe contra la tos. Es una pena.

–No voy a salir nunca de aquí –gruñó el muchacho—. Oiga, ¿qué es eso que lleva en la camisa? Se le ha quedado prendido algo en el botón.

Zack bajó la vista al centro de su pecho, donde se le había quedado enredada una delicada cadena de plata, y la desprendió despacio.

–Es un brazalete –dijo—. Lleva las iniciales de la chica... A. S. ¿Qué significarán?

–Amanda –dijo enseguida el muchacho—. El nombre le pega. Oiga, ¿quiere que lleve el brazalete a la caja central? La llamarán por los altavoces.

–Yo me encargo de encontrarla.

Zack contempló el bonito brazalete a la luz de los fluorescentes y sonrió. Se había olvidado por completo del resfriado; los síntomas habían desaparecido por arte de magia. También se había olvidado de las vacaciones; de repente, se enfrentaba con un nuevo reto, y la expectativa le daba fuerzas. Profirió una carcajada y fue tras ella.

Por desgracia, la fragante mujer de cuero negro se había esfumado. Recorrió todos los pasillos y se dirigió a la caja en la que una joven melnuda de labios pálidos aguardaba impaciente. Zack tenía una sonrisa irresistible; una de sus antiguas amantes la había calificado de arma nuclear. La empleó con total deliberación.

–Hola. Sé que estáis cerrando, pero quería pedirte un pequeño favor.

La joven ni siquiera se lo planteó.

–Son más de las diez, y la caja está cerrada.

Zack se la quedó mirando, sorprendido. Al parecer, el arma nuclear estaba defectuosa. Era la primera vez que le ocurría.

–Oye, tengo que hablar con una clienta vuestra, una joven con chaquetón de cuero negro. ¿La has visto?

La joven asintió y explotó el chicle que estaba mascando.

–Sí. Me preguntó dónde estaban los servicios.

–¿Y le dijiste...?

La cajera puso los ojos en blanco.

–¿Qué le voy a decir? Dónde estaban.

Zack dejó de ser encantador y adoptó el papel de poli.

–Mira, chica, cuanto antes colabores, antes podrás marcharte. ¿Dónde narices están los servicios?

La joven frunció sus labios blanquecinos.

–Muy bien. Vaya a las puertas giratorias que están al fondo de la tienda. Siga por la primera puerta a la izquierda y baje las escaleras. Verá las indicaciones. Pero dese prisa, ¿quiere? Mi novio me está esperando.

«Pobre tipo», pensó Zack, aunque lo sorprendía su propia determinación de encontrar a la mujer. Sencillamente, no estaba acostumbrado a que una joven atractiva lo despachara. No era egocéntrico, pero siempre recibía un trato especial de las damas. No sabía si se debía a su profesión, pero las mujeres solían encontrarlo atractivo. Al menos, la mayoría.

Y debía pensar en su orgullo. No tenía intención de seguir a la joven hasta el servicio de señoras. Parecería un acto desesperado, por no decir indecente. Aun así, no había ley que prohibiera esperarla en los alrededores. A fin de cuentas, era un buen samaritano que solo intentaba hacerle un favor. Sus intenciones eran casi altruistas.

Sonriendo para sí, siguió las indicaciones de la cajera, atravesó las puertas dobles señalizadas con un cartel de *Acceso restringido* y abrió la de la escalera. Era una puerta de incendios de acero, y estaba señalizada con un cartel de *Solo personal autorizado* y otro de *Acceso sin salida*.

Salvo por la bombilla amarilla que pendía del techo, el pasillo del final de la escalera estaba en sombras. Zack sonrió de oreja a oreja, se puso en cuclillas y contempló la rendija de luz de la puerta del servicio de señoras. No en vano era detective. Ya solo tenía que deshacer lo andado, esperarla junto a

la puerta de incendios y devolverle el brazalete con galantería. A ella ya no le quedaría más remedio que presentarse.

No sabía por qué le importaba tanto conocer su nombre, pero así era. Los años de trabajo en el cuerpo le habían afinado su poder de observación y memoria. La joven llevaba pendientes grandes y centelleantes, de bisutería, pero bonitos. Visto de cerca, el chaquetón negro no era de cuero sino de una imitación menos costosa. Además de la delgada cadena de plata de la muñeca, también llevaba un reloj digital barato y, más importante aún, no había visto ninguna alianza. Si no recordaba mal, llevaba anillos en todos los dedos menos en el anular.

Oyó el ruido del pomo del servicio de señoras y subió los peldaños de tres en tres. No quería asustarla esperándola en el pasillo. Regresaría a la entrada iluminada y... y...

Probó por segunda vez a abrir la puerta de incendios. Se había quedado bloqueada.

Hizo una mueca al oírla salir al pasillo. Estaba atrapado, como un conejo en su madriguera. Iba a ser un duro golpe para su dignidad. Permaneció inmóvil, sintiendo el calor de la sangre en las mejillas mientras escuchaba el clic clac de unos tacones acercándose por el pasillo.

–Disculpe –dijo una voz curiosa desde el pie de la escalera–. ¿Qué hace ahí arriba?

Zack golpeó el acero de la puerta con la frente.

–¿Yo? Nada. Me he quedado perplejo, nada más.

–¿Perplejo? ¿Ocurre algo? Sé que están a punto de cerrar y siento haberme entretenido, pero...

Era evidente que lo había tomado por un empleado. Zack inspiró hondo y se dio la vuelta despacio, dando gracias porque las sombras ocultaran el fuego de sus mejillas.

–Hola. Me alegro de verte por aquí.

–¿Tú? –preguntó, y frunció las cejas con recelo–. ¿Qué pasa? ¿Es que me estás siguiendo?

–Deberías ir a que te revisen el ego; creo que lo tienes bastante inflado – hacía tiempo que Zack había aprendido a improvisar, era una de sus herramientas de supervivencia. Fingió sentirse ofendido, se sacó el brazalete del bolsillo y lo hizo oscilar como un péndulo–. Te dejaste esto enredado en uno de mis botones cuando caíste en mis brazos. Solo intentaba devolvértelo.

Lo siento, no tengo segundas intenciones. Eres mona, pero un poco engreída.

Fue ella quien se sonrojó en aquella ocasión.

–Bueno... Supongo que me he precipitado.

–Y que lo digas –reprimiendo una sonrisa, Zack le arrojó el brazalete, y ella lo atrapó con un ágil giro de muñeca.

–Gracias –murmuró la joven, mientras volvía a ajustárselo en la muñeca–. Este brazalete tiene mucho valor sentimental para mí. No sé qué habría hecho si lo hubiera perdido.

–No ha sido nada –por desgracia, seguía sin poder abrir la puerta. En un último intento, se puso de costado y la golpeó con la cadera–. Ay. Eso me va a dejar un cardenal. Oye, lo siento, pero creo que nos hemos quedado encerrados.

–¿Qué? –preguntó una voz alarmada justo detrás de él–. ¿Encerrados? ¿No podemos salir?

Zack no se había dado cuenta de que la joven había subido las escaleras. Volvió la cabeza y recibió el impacto de sus penetrantes ojos azules, situados a apenas treinta centímetros de distancia. Incluso en la penumbra, constituían una intensa fuente de luz. Tenía la piel dorada y los generosos labios pintados con brillo de color canela. Era la clase de mujer capaz de enamorar a un donjuán... por decirlo de alguna manera.

–No podemos salir –confirmó Zack con voz ronca, intentando no fijarse en aquellos labios llenos–. Al menos, hasta que vengan a buscarnos.

–¿Lo dices en serio? ¿Estamos atrapados? –inquirió en tono más agudo.

–Sé positiva –la animó Zack–. No estamos atrapados, sino muy, muy a salvo.

–¡Soy claustrofóbica! –chilló, perdiendo la calma. Lo apartó y zarandeó la barra con las dos manos–. Es superior a mí, en serio. Tengo que saber que puedo salir de los sitios en los que entro. Si me siento atrapada, a veces... a veces, me entra el pánico y...

–¿Y qué? –preguntó Zack con recelo, mientras contemplaba sus pupilas dilatadas–. Vaya, no tienes buen aspecto. ¿Qué es lo que haces a veces?

–Esto –murmuró con voz débil. Y por segunda vez en menos de diez minutos, cayó desplomada en los brazos de Zack.

Capítulo Dos

Anna Smith no era de las que se desmayaban fácilmente, y jamás en público y delante de un desconocido. Sí era un poco obstinada; por eso, aunque la escalera del Supermercado Appleton's todavía daba vueltas a su alrededor, se sentía exasperada consigo misma. A sus veintiséis años, aquello resultaba patético.

Por fortuna, no estaba del todo ausente. Acertó a dar unos pasos sobre sus piernas vacilantes, apoyándose en dos brazos fuertes y en un murmullo ininterrumpido de palabras de aliento.

—Puedes hacerlo, vamos, un peldaño más... Buena chica, buena chica...

El desconocido tenía una voz agradable, pensó, todavía mareada. Y muy serena, casi como si estuviera acostumbrado a tratar con situaciones de emergencia todos los días. La guio escaleras abajo, y abrió una puerta que no estaba cerrada con llave. Encendió la luz y sentó a Anna en una silla plegable de asiento duro.

—¿Estás bien? —preguntó con aspereza, y chasqueó los dedos ante sus ojos—. ¿Me oyes? Puedes abrir los ojos, estamos en una habitación bastante amplia. No tiene ventanas pero... no pensaremos en eso. Hay una puerta por la que puedes entrar y salir. ¿No es estupendo? Seguimos sin poder salir del sótano pero... tampoco pensaremos en eso. Si no dices algo, voy a consumir todo el oxígeno con mi parloteo —hizo una pausa, y su tono se volvió esperanzado—. Claro que podría probar la respiración artificial.

—Ni se te ocurra —masculló Anna, que intentaba levantar los pesados párpados—. Sabes muy bien que estoy respirando. ¡Qué estúpida! Mira que desmayarme...

—Si te sirve de consuelo —dijo Zack con humor—, siempre causo el mismo efecto en las mujeres. Pierden el sentido allá por donde voy.

Se produjo un largo silencio en el que Anna abrió finalmente los ojos y recibió el impacto completo de aquella sonrisa admirable. Ya tenía la cabeza

lo bastante despejada para percibir el potente mensaje sensual y pícaro que el hombre le estaba enviando. Tenía los ojos grises entrecerrados, con cautivadoras patas de gallo en los extremos. Vio en ellos dulzura, y un atractivo masculino fluido que debía de surtir efecto con las damas. Tenía el pelo grueso y negro como el azabache, un poco húmedo y retirado de la cara con despreocupación. No era excesivamente alto, de un metro ochenta, pero tenía la corpulencia de un joven atleta. Ni siquiera su gastada chaqueta de cuero disimulaba los músculos firmes y bien definidos envueltos en una suave camiseta gris. Anna se sorprendió bajando la mirada, hasta la cintura caída de unos vaqueros viejos, más blancos que azules. No pudo evitarlo; él estaba de pie y ella sentada, y el vientre plano y las caderas le quedaban a la altura de los ojos. Era un tipo deslumbrante y embriagador... y la había sorprendido sin protección. No pudo evitar mover la cabeza al darse cuenta del hilo íntimo que seguían sus pensamientos.

–Ejem –Zack carraspeó, un poco incómodo. La joven lo miraba de la misma manera que él solía observar a una mujer atractiva. No con grosería, sino con candidez. Estaba acostumbrado a que las mujeres se pusieran un poco nerviosas, y le gustaba ser él la causa de su nerviosismo, no el objeto. No le hacía gracia que se hubieran trocado los papeles—. Te has quedado muy callada. ¿Seguro que te encuentras bien?

–Sí –Anna se puso en pie despacio, obligándose a mantener la calma. Por fortuna, se encontraban en un almacén muy amplio y, mientras no tuviera que pensar en la puerta cerrada del final de la escalera, podría mantener a raya el demonio de la claustrofobia—. Qué vergüenza. Supongo que debo darte las gracias por haberme ayudado.

–Si me dices tu nombre –sugirió Zack–, podría grabar nuestras iniciales en la puerta de incendios para conmemorar nuestro encierro.

Anna sonrió.

–Soy Anna Smith, claustrofóbica accidental. Creo que estamos en un pequeño aprieto.

«Crees bien», pensó Zack con humor. «Por suerte para nosotros».

–Encantado de conocerte. Yo soy Zack Daniels, rescatador de mujeres claustrofóbicas. Eres una compañera de aprietos muy estimulante, ¿sabes? Soy un experto en aprietos y en compañeros, así que hablo con conocimiento de causa.

Anna concluyó que era inofensivo, a pesar de su inclinación por el flirteo. Y

constituía un paisaje agradable en aquel encierro.

–Pues espero que no seamos compañeros durante mucho tiempo. No te ofendas, pero esta no es mi idea del paraíso. ¡Eh!

–¿Qué pasa? –alarmado, Zack volvió la cabeza.

–¡Un teléfono! –Anna se abrió camino entre unas cajas y extrajo un teléfono fucsia de debajo de un plástico de burbujas–. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Era lógico que... –se interrumpió y alzó la cabeza para mirar a Zack con timidez–. Es un teléfono de Barbie.

Zack asintió, sin ni siquiera intentar ocultar la sonrisa. La cosa se ponía cada vez mejor; iban a carcajada por minuto.

–¡Qué mala suerte! –exclamó Anna, y soltó el juguete con un hondo suspiro–. ¿Crees que podría haber un teléfono en alguna otra habitación, o una ventana por la que pudiéramos salir?

–Lo dudo. El cartel de la puerta decía: «Acceso sin salida».

Zack estaba disfrutando de lo lindo; era una delicia contemplar el cambio de emociones en los ojos de Anna, en sus labios, los reflejos de luz en las vetas doradas de su pelo cuando se movía. No había nada oculto ni calculado. No recordaba la última vez que una mujer no intentaba impresionarlo. Las atraía físicamente, lo cual era comprensible; lo que no comprendía tan bien era cómo podía fascinarlas tanto su trabajo. Las deslumbraba la posibilidad de que Zack fuera víctima de severas agresiones físicas. No era muy bondadoso por su parte, claro que Zack nunca se había fijado en mujeres «bondadosas».

–Pero supongo que podría echar un vistazo –dijo tras un momento de reflexión–. Tengo un poco de frío y estoy de capa caída, pero me las apañaré. Claro que no me hace gracia dejarte aquí sola, con lo delicada que eres. ¿Sobrevivirás en mi ausencia?

Anna se llevó una mano al corazón con exagerada sinceridad.

–Haré lo que pueda, pobre de mí.

Zack sonrió.

–Eres lo más gracioso que me ha pasado en la vida. Enseguida vuelvo. No te muevas.

Se ausentó durante varios minutos. Anna lo oyó abrir y cerrar puertas, arrastrar cajas y proferir gruñidos de desánimo exagerados. Después, lo oyó aporrear la puerta de incendios y pedir ayuda, aunque fue en vano. Cuando regresó, tenía una expresión de derrota absoluta, pero sus penetrantes ojos grises no habían perdido el brillo de regocijo.

–Estamos acabados, mi bonita compañera de aprietos. Ni salidas, ni ventanas, ni manera de llamar a nadie. Y arriba no se oye ni un alma. Creo que han echado el cerrojo y se han ido. No sabes lo desolado que estoy.

–Estupendo –masculló Anna, en jarras–. Y ahora, ¿qué hacemos? Para tu información, no pienso pasarme la noche entera encerrada en un sótano.

–Lo siento –dijo Zack en tono amable–, pero ya *estás* encerrada en un sótano.

Ella lo miró con recelo.

–¿Sabes qué? Creo que te gusta esta situación.

Zack le habría dicho que estaba encantado, pero no era el momento oportuno. Se contentó diciendo:

–Demos gracias porque no sea sábado por la noche. Si la tienda no abre los domingos, podríamos pasarnos el fin de semana aquí dentro. Nuestro único alimento serían gominolas con forma de ositos, regalices y...

–¿Cómo dices? –Anna se distrajo al instante de su pequeño problema; Zack Daniels acababa de hacer mención a su alimento preferido: las golosinas. Además, era risueña por naturaleza–. ¿De verdad has encontrado gominolas?

Sonriendo como un cazador orgulloso que vuelve a casa con el morral lleno, Zack se sacó una bolsa de plástico del bolsillo de la chaqueta.

–Encontré un estuche entero de gominolas y dos de regalices. Ah, sí... y juegos. Monopoly, Enredo, un ajedrez... Podremos matar el tiempo –desplegó despacio su deslumbrante sonrisa pícara, y el almacén resultó de repente más cálido y pequeño–. Créeme, Anna Smith. Soy un experto en aprietos.

–Y ahora llegó el momento de las preguntas –anunció Zack con su mejor voz de profesor de colegio.

Anna entornó los ojos. No era tonta, había cortado de raíz la idea de jugar a Enredo. En cambio, se habían pasado una hora entretenidos con el Monopoly, en el que Zack se había proclamado vencedor. Después, habían atacado el ajedrez, y Zack había vuelto a ganar. Nunca parecía necesitar tiempo para meditar la siguiente jugada, pero su estrategia era sorprendente. Sus victorias determinaban, según había dicho, que le tocaba a él elegir el próximo pasatiempo.

–¿Y qué es lo que quieres *preguntar*? –preguntó Anna con cautela. Estaba sentada con la espalda recostada en la pared y las piernas estiradas. Se había

quitado las botas, así como el chaquetón de cuero. Zack estaba sentado justo enfrente, reclinado en una caja alta de servilletas de papel y con la chaqueta como almohada, mordisqueando un regaliz.

–Cosas –sonrió, y elevó las cejas repetidas veces. Había estado tonteando sin parar durante la partida de ajedrez, inspirado por la manera en que ella deslizaba la lengua por el borde del labio superior cuando reflexionaba sobre su próxima jugada. Por desgracia, no había hecho grandes progresos.

Anna rebatía todos sus comentarios; estaba acostumbrada a que los hombres intentaran seducirla. Resultaba cansino, por decir algo. La primera vez, estando en el instituto, que oyó que a los chicos no les gustaban las chicas con gafas, se compró unas con cristales normales, pero el viejo dicho demostró ser falso. Con gafas o sin ellas, estaba destinada a ser objeto de atención masculina. No tardó en darse cuenta de que a casi ninguno de sus admiradores le interesaba su personalidad, ni su sentido del humor o su lealtad. Nueve de cada diez veces era mera atracción física, algo así como: «Túmbate, creo que te quiero».

Anna había aprendido a defenderse, y el interés de Zack no la arredraba. Cuando alabó su gloriosa melena, correspondió diciéndole que su peinado corto y masculino le favorecía. Horrorizado, se puso a la defensiva de inmediato. No se «peinaba», se cortaba el pelo, sin más. Anna abrió de par en par sus enormes ojos azules y se disculpó con inocencia. Tenía la impresión de que aquel hombre no estaba acostumbrado a que las mujeres lo frustraran.

–Como quieras –se encogió de hombros–. Al menos, en este juego no podrás ganarme. Soy profesora de preescolar, así que tengo mucha experiencia en preguntas.

–Yo jamás tuve una profesora como tú en preescolar. Si no, habría repetido varios años voluntariamente. Bueno, a ver. El juego consiste en hacernos preguntas por turnos. El que no conteste, tendrá que pagar prenda.

–Muy bien. Has ganado al Monopoly y al ajedrez, así que me toca a mí hacer la primera pregunta, ¿no?

–Bueno... –Zack asintió, un tanto receloso–. Supongo que sí.

Anna reclinó la cabeza en la pared y se metió otro par de gominolas en la boca.

–Muy bien. ¿Cuándo lloraste por última vez?

–¿Qué? –Zack se quitó el regaliz de la boca. Aquello era inaceptable. Aunque estuviera mascando golosinas, era un hombre de la cabeza a los pies.

Solía ir armado, por el amor de Dios. Los hombres que llevaban pistolas no reconocían derramar lágrimas—. Será una broma, ¿no?

—No. Hablo en serio.

—¡Eso es absurdo! No pienso contestar. Pregúntame otra cosa, lo que quieras.

Ella se encogió de hombros y le cortó la cabeza a un osito de gominola.

—Esto va a ser divertido —ladeó el rostro y lo miró con expresión pícaro. Por primera vez desde que se había ido de Grayland Beach, estaba pasando un buen rato. Zack Daniels era algo más que un rostro bonito... mejor dicho, que un rostro hermoso. Era divertido, ingenioso y sagaz. Anna nunca había cometido el error de pensar que la belleza era el reflejo de un buen corazón, pero agradecía el cambio ¿Qué mujer no lo haría?—. Está bien. Me apiadaré de ti y te haré otra pregunta. ¿Cuándo mentiste por última vez?

Zack hizo una mueca. A decir verdad, había mentido hacía un par de horas, al decirle lo desolado que estaba por su encierro forzoso.

—No ha sido buena idea, no quiero seguir jugando a esto.

—No seas gallina.

—No soy gallina, soy un hombre con amor propio que se niega a quedar como un estúpido —hizo una pausa y lo miró con desafío—. Si continúas, empezaré a hundir la navaja en la pared de cemento para poder escapar de aquí. Eres una amenaza contra mi virilidad, ¿lo sabías? Y solo hace... —consultó su reloj— una hora y cincuenta y cinco minutos que te conozco. Das miedo.

Anna rio, echó la cabeza hacia atrás y se dio una palmada en los muslos.

—Y tú eres predecible. Un tanto a mi favor. Por fin gano a algo.

Zack abrió la boca para dirigirle una réplica ingeniosa, pero olvidó lo que iba a decir. Estaba arrebatadora. Era una criatura vibrante, llena de luz, con mirada penetrante y remolinos de pelo luminoso en torno a los hombros. Llevaba el jersey ceñido lo justo para hacer ver que era mujer pero sin dejar de ser una dama. Recorrió su figura con la mirada. Llevaba unas medias negras con una hilera de signos de interrogación plateados como adorno. Y cerraba los dedos de los pies cuando reía. Era auténtica.

Suspiró hondo, renunciando momentáneamente al ingenio. Era lo bastante hombre para demostrar que no era inmune a su encanto. Además, quería que se olvidara del juego de las preguntas.

—Tengo que decirte una cosa —declaró, y ladeó la cabeza, fingiendo

reflexión—. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Ella enarcó las cejas con curiosidad, como si esperara a que concretara la idea.

—Era un cumplido —le explicó Zack, en tono paciente. Jamás le había costado tanto impresionar a una mujer—. ¿Qué te pasa? Nunca reaccionas a lo que digo como espero.

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién dice cómo debemos reaccionar? Mi amigo Frank tiene una mente increíblemente analítica. Siempre me dice que el mundo sería un lugar más cuerdo si la gente se guiara por sus acciones y no por sus reacciones. Tiene sentido, ¿no crees?

—¿Frank? —dijo Zack, reaccionando con todo su ser—. ¿Quién es Frank?

—Ya te lo he dicho, un amigo. Es juez, así que ya puedes imaginarte lo interesante que es. Cuando se sienta en el estrado, parece un ángel vengador con su toga negra y pelo plateado.

—¿Pelo plateado? —Zack se aferró a aquel dato—. Entonces, ¿es viejo?

—No —Anna frunció el ceño—, pero el pelo se le ha aclarado antes de tiempo. Es precioso. Como te decía, Frank asegura que hay que gobernar las emociones en lugar de dejar que estas nos gobiernen. Habla con cierta rimbombancia, pero da gusto escucharlo, y cuenta cada historia...

—Frank no me cae bien —dijo Zack—. No quiero hablar de él. Si tuviera un perro muy feo, lo llamaría Frank.

—Si ni siquiera lo conoces... En serio, eres igual que Davy.

—¡Vaya por Dios! —Zack se puso en pie, y añadió el término «frustrante» a la lista de calificativos de aquella sorprendente mujer—. ¿Y Davy es...?

—Otro amigo. Lo que llamaríamos un hombre de pelo en pecho; vive para la temporada de caza, la temporada de pesca y cualquier otra temporada viril que pueda pasársete por la cabeza. También le gusta escalar montañas. A lo que voy es que, como tú, tiene tendencia a...

—¿No tienes amigas?

—No muchas, la verdad. Mi padre era entrenador del equipo de fútbol del instituto, y los jugadores del equipo no hacían más que venir a casa. Así he conocido a algunos de mis mejores amigos. Como te decía, cuando Davy no está cazando arces ni escalando montañas, se quita la camisa y posa como modelo para portadas de novelas románticas. Puede que hayas visto su foto.

A Zack le saltaban chispas por los ojos.

–¿Insinúas que leo novelas románticas?

–No, aunque no sé por qué habría de molestarte. Lo que intento decir es que...

–Espera un momento –dijo Zack–. ¿Tengo aspecto de modelo?

–Esto es absurdo. ¿Quieres poner freno a tu testosterona y escuchar un momento? Como muchos hombres viriles, Davy tiene fama de dejarse llevar por sus emociones en lugar de meditar en lo que hace.

Un pequeño músculo empezó a palpar en la mejilla morena de Zack.

–Pues yo no me dejo arrastrar por las emociones. Soy dueño de mí mismo en todo momento. Sereno, tranquilo y compuesto. Si no me crees, pregúntales a mis compañeros lo bien que domino mis emociones.

–Entiendo –dijo Anna con voz dulce–. Nunca haces nada impulsivamente.

–Lo que digo es que tengo un autodominio increíble –pensándolo bien, cualquiera que lo conociera estaría desternillándose de risa si pudiera oírlo. En particular, el capitán Todd–. Pero ¿cómo es que estamos hablando de esto? Teniendo en cuenta que acabamos de conocernos, ¿no crees que estás dando demasiadas cosas por sentado sobre mí?

–Lo siento, pero creo que se puede mirar a los ojos a una persona y ver cómo es –tarareando entre dientes, Anna empezó a sortear las cajas y archivadores, buscando algo más nutritivo que las golosinas. Zack empezó a seguirla por el almacén, decidido a defender su postura.

–Permíteme que discrepe. Hoy día la gente tiene muchas caras. Es un mecanismo de defensa. Y, teniendo en cuenta la de delitos que se cometen en nuestra sociedad, no es mala idea andarse con ojo.

–Nadie puede ocultar por completo su verdadera naturaleza.

–Ah, ahí es donde te equivocas –le dijo Zack con la voz sabia de la experiencia–. He conocido a varias personas que podían ocultar su verdadera naturaleza por completo. A no ser que elijan quitarse la máscara, nadie sabe quiénes son o de qué son capaces.

–Parece que estuvieras muy familiarizado con el ámbito delictivo. ¿No serás un delincuente, no?

–Por supuesto que no. ¿Te parezco capaz de robar un banco?

–Sí –contestó Anna al instante, y sonrió al ver la expresión ofendida de Zack–. Y también capaz de huir sin que te atrapen. Tienes mucha... seguridad en ti mismo –se inclinó y, resoplando, logró levantar una caja–. ¡Mira lo que pone aquí! Carne en conserva. ¡Yupi! Pero dime, ¿en qué trabajas?

Zack retiró la caja que Anna estaba intentando apartar y se volvió hacia ella con las manos en las caderas.

—¿No puedes mirarme a los ojos y leer todos mis secretos?

La sonrisa de Anna se amplió.

—Te he calado desde el principio. Tu profesión, no, pero sí tu personalidad. Eres el típico macho: te gusta ganar siempre que juegas. Eres tan inteligente que da miedo, flirteas como un profesional y has vivido lo bastante como para volverte un poco cínico. También puedes reírte de ti mismo, y te gusta ayudar a la gente. ¿Qué tal voy?

—Bastante bien. Salvo por eso de que soy típico —Zack parpadeó exageradamente—. Me gusta pensar que me salgo de lo corriente.

Ella abrió los ojos de par en par y habló en tono espeluznante, a lo Vincent Price.

—Puedo ver tu alma, Zack Daniels. Te conozco muy bien. Sé quién eres.

—Ni siquiera has arañado la superficie —repuso Zack en voz baja. Dio un paso, lo justo para acercar sus playeras a las medias de Anna, y la miró a los ojos con una sonrisa peligrosa y provocativa. Se encontraba cara a cara con una mujer increíblemente atractiva, y estaba harto de estar a la defensiva. Además del ajedrez, había otros juegos que se le daban muy bien, y sentía un deseo creciente de probarlos con Anna—. Voy a darte la oportunidad de demostrar que tienes razón. Mírame a los ojos —bajó la voz e imitó el tono espeluznante de Anna—. Dime lo que pienso, ¡oh poderosa maga!

La atmósfera entre ellos cambió en un abrir y cerrar los ojos. Tan pronto estaban bromeando como una afilada atracción se interpuso entre ellos y les robó las sonrisas. Zack estaba demasiado cerca, parecía enorme y todos sus atributos físicos se habían multiplicado por diez. Anna contempló, enmudecida, las sombras de sus pestañas en las mejillas, las briznas azules de sus iris grises. Inspiró su fragancia masculina de almizcle. El pelo lustroso de color azabache refulgía a la luz del almacén, como si tuviera un halo. Sentía la llamada de Zack, su anhelo, y no podía fingir no comprender la expresión de sus incansables ojos grises.

Anna sentía un hormigueo por todo el cuerpo, y respiraba con agitación. No podía retroceder ni arrancar la mirada de Zack. Entreabrió los labios y la atracción dilató sus pupilas. No solía correr riesgos, pero en aquel momento deseó recorrer el filo entre la seguridad y el peligro. Zack era prácticamente un desconocido, lo cual acrecentaba el embrujo. También era carismático, cien

por cien masculino y seguro de sí. Y, aunque quisiera, no podría separarse de él hasta que no los rescataran. Zack Daniels y su sonrisa hedonista representaban la tentación en su encarnación más exquisita.

Mientras observaba su rostro, dejó volar la imaginación. En cierto sentido, sabía que estaba a salvo, aunque bajara la guardia momentáneamente. No tardarían en despedirse y seguir cada uno por su lado. Mientras tanto, la química que chisporroteaba entre ellos la instaba a experimentar. Solo un poquito, y nadie más que ella y Zack lo sabrían. Un momento fugaz en el tiempo exento de consecuencias.

¿Por qué no?

Capítulo Tres

–Qué extraño –dijo Anna con suavidad, con voz extrañamente ronca–. Cuando me paro a pensar...

–El triste final de todos los sueños: pensar. ¿Por qué tienes que pararte a pensar? ¿Nunca has querido hacer nada arriesgado? –mientras hablaba, el pulso seguía acelerándosele. Se preguntó si Anna sabría lo intrigante y cautivadora que estaba con su pequeño rostro adornado con ondas de color dorado y miel en torno a los hombros. Tan dulce... Sus hermosos ojos permanecían solemnes.

–¿Quieres decir que tú eres arriesgado?

–Hay quien lo piensa –acercó su cuerpo levísimamente al de ella, atraído por algo que no podía ver ni explicar. Ella era una contradicción embrujadora de oscuridad y luz, de incertidumbre y osadía. A pesar de su amplia experiencia, Zack se sentía como un recién nacido, y lo asombraba que una situación en principio tan inocente pudiera tornarse tan agresivamente sexual.

–Entonces, ¿debería tener cuidado? –dijo Anna.

–No. No, por favor –deslizó la mano por debajo de sus cabellos, cálida sobre la delicada nuca de Anna. Mientras bajaba la cabeza, fue consciente de un temblor inusual en su cuerpo. Vio cómo ella abría los ojos, cómo se expandían los círculos oscuros de sus pupilas. Después, su rostro se difuminó y centró su atención en su boca. El primer roce vacilante de sus labios sobre los de ella fue una leve caricia, un aleteo, apenas un beso. Aun así, el estremecimiento que lo recorrió fue poderoso e inesperado. La oyó inspirar con brusquedad, y un ansia intensa se encendió en él. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando allí, les estaba pasando a los dos.

Y quería más.

El segundo beso fue mucho más hondo y exigió mucho más que un leve roce. Zack inclinó la cabeza para capturar sus labios por entero, y tomó su rostro entre las manos para beber con un ansia que lo sorprendió incluso a él. Al

mismo tiempo, Anna cerró los puños en torno a la camiseta de Zack, aferrándose a él. Sentía el acero de sus músculos.

El hecho de que Zack fuera casi un desconocido agudizaba las sensaciones que burbujearon en su interior como champán. Y la magia que creaba con sus labios cálidos y lengua fresca acrecentaba aquel placer delicioso y pecaminoso. Sintió un bucle de calor en el estómago, una conexión con aquel hombre y aquel momento que iba más allá de un simple beso. En aquel instante supo que había cambiado, que no volvería a ser la misma.

Cuando por fin cortó el beso, Anna se sentía mareada y débil. Tenía una mirada insondable mientras escrutaba el rostro de Zack, ardiente y caótico por la emoción. Elevó la mano para retirarle el pelo negro, y los mechones sedosos fluyeron como agua fresca entre sus dedos. Tan suave... como si estuviera jugando con las nubes. El cuerpo de Anna se había transformado en mantequilla tibia, y apenas se sostenía. Un segundo más en los brazos de Zack y se habría derretido a sus pies.

–No sé por qué he hecho eso –dijo con voz ronca.

–Yo sí sé por qué lo he hecho –repuso Zack, también un poco ronco–. ¿Tienes idea de lo que despiertas en un hombre? ¿De lo que despiertas en mí solo con mirarme?

Al oír aquello, Anna movió la cabeza y sonrió débilmente. Era evidente que su portentosa belleza no ocupaba un puesto preferente en su sistema de valores.

–No hace falta que me halagues. De momento, no tienes competidores...

–No intentaba halagarte...

En aquel momento, el mundo real les tocó el hombro.

Se oyó un portazo en el pasillo, seguido de un alboroto de voces masculinas. Zack masculló una palabrota; después, cerró los ojos e inspiró hondo. No era fácil pasar de la sensualidad a la sensatez en menos de tres segundos.

–Están a punto de rescatarnos –gruñó con los párpados fuertemente cerrados–. Y, en mi opinión, en el momento menos oportuno.

Anna se sintió a la par aliviada y decepcionada. Aquel era su salvavidas, la oportunidad de huir de aquel desconocido cautivador antes de que la situación se le fuera de las manos. Por eso se había dejado llevar, porque sabía que aquella noche no era real. Intentó sonreír, pero la confusión la abrumaba. Bajó las manos torpemente a los costados y se apartó de él. Al instante, el ambiente

se enfrió, la luz del fluorescente se hizo más dura y la tensión, palpable.

—Creo que deberíamos dar gracias por la interrupción. Somos una mala influencia el uno para el otro.

La puerta se abrió de par en par y en el umbral aparecieron dos policías uniformados y un hombre bajito de triple papada que tenía el título de «propietario del supermercado Appleton's» escrito en la frente. Antes de que cualquiera de los dos policías pudiera decir nada, entró en con paso firme en el almacén, envalentonado por sus guardaespaldas armados.

—¡Ja! Sabía que había gato encerrado en cuanto vi el coche y el Jeep aparcados delante. ¿Qué diablos creen que hacen allanando mi tienda?

Zack frunció el ceño, preso de un impulso arrollador de partirle la nariz. Sin embargo, como era agente de la ley, hundió las manos en los bolsillos y dijo lo que pensaba.

—Vamos, intentábamos salir de su tienda, amigo, no de entrar. Cometimos el error de bajar al servicio durante la hora de cierre y nos quedamos encerrados. Debería poner un cartel en esa puerta de la escalera: «Salgan corriendo cuando den las diez».

Con expresión de clara incomodidad, uno de los policías carraspeó con educación.

—¿Lo ves, papá? Creo que estás exagerando.

—¿Papá? —preguntó Zack con incredulidad—. ¿Este tipo es su padre?

El joven asintió casi con vergüenza. El segundo policía alzó una mano con intención tranquilizadora.

—Arriba todo está en orden, y no es lógico que estas personas dejaran sus vehículos a la vista de todos si pensaban huir. Creo que no ha sido más que un incidente desafortunado, papá.

—¿Papá? —barbotó Zack una vez, más, boquiabierto—. Santo Dios, ¿es que en este pueblo todo el mundo es un Appleton?

A Anna le temblaban los hombros de la risa, pero la sofocó de inmediato llevándose la mano a los labios. El hijo número uno exhaló un suspiro de pesar.

—Ser policía en Providence puede ser muy aburrido, como bien dice nuestro capitán. ¿Se encuentran bien?

El hombrecillo pareció ofenderse.

—¡No puedo creerlo! ¿Estás preguntando a estos intrusos si se encuentran bien? ¡Se supone que eres defensor de la ley, maldita sea! ¿Por qué no los

detienes? ¿Es que tengo que esposarlos yo mismo?

–No han hecho nada –dijo el segundo en tono paciente–. Y ya te lo he dicho, he comprobado las matrículas de los dos coches. No hay problema. Además, este tipo es policía, papá, ¿recuerdas? Deberías tomarte una de tus pastillas de nitroglicerina e irte a casa.

Anna miró a Zack.

–Así que es a eso a lo que te dedicas... Eres policía. Perfecto. Te va que ni al pelo.

–Aquí hay gato encerrado –mascullaba el señor Appleton–. Es un truco, en serio.

–Creo que hay demasiados policías en esta habitación –anunció Zack. No solo le habían echado a perder un momento maravilloso, sino que empezaba a perder la paciencia con el dueño del supermercado–. Deberíamos marcharnos.

Anna dirigió a los Appleton una sonrisa deslumbrante.

–¿Podemos irnos ya, señores policías?

Los agentes inclinaron la cabeza como dos cachorritos, encantados de complacer a aquella dama imponente. Su padre, indignado, resoplaba y tosía, pero tanto Zack como Anna hicieron caso omiso de sus protestas. Recogieron sus chaquetas y subieron las escaleras de dos en dos, mientras en el sótano seguía desarrollándose una discusión familiar.

Anna se sorprendió eludiendo la mirada de Zack mientras la acompañaba al Jeep de color verde bosque que estaba en el aparcamiento. Sin saber por qué, lo que le había parecido tan excitante y natural en el sótano le resultaba vergonzoso en aquellos momentos. Al parecer, hasta un momento robado tenía consecuencias.

Ya estaba abriendo la puerta del Jeep cuando el coche que estaba aparcado un poco más lejos le llamó la atención. No había duda de que era el coche de Zack, ya que eran los únicos que quedaban en el aparcamiento. Era un Lotus, una obra de arte plateada y aerodinámica... Una obra de arte terriblemente cara.

–Ese no... no será tu coche, ¿verdad? Tiene que costar más dinero del que yo ganaría en toda una vida.

–Bueno... Puede que sea un poli muy bueno –balbució Zack, a quien había tomado por sorpresa. Al parecer, su rápido intelecto no era inmune a un par de ojos azules.

Anna rio con nerviosismo.

–Los policías no ganan tanto dinero, ¿no? Porque en ese caso, mañana mismo ingreso en la academia.

Con el corazón encogido, Zack avistó una nueva expresión en el rostro de Anna, una mezcla de confusión, curiosidad y distanciamiento. Era la misma expresión que temía ver en el rostro de sus compañeros si alguna vez descubrían que era un poli rico. Además, ¿cómo iba a explicarle a Anna cómo había amasado su fortuna?: «Verás, soy un genio. Jugué al mercado de valores un par de meses y acabé embolsándome varios millones de dólares. ¡Quién lo iba a decir!».

–Era una broma –dijo después de una pausa casi imperceptible–. No es mi coche. Tienes razón sobre nuestro sueldo, los policías apenas ganamos lo justo para pagarnos los donuts. El Lotus... es la herencia de mi padre. Pero ¿qué tal si hablamos de algo que viene más al caso? Como ¿adónde vas con tanta prisa?

–Ya sabes... Lugares que visitar, cosas que hacer cuando llegue allí... Bueno, ha sido una experiencia inolvidable –se volvió hacia él y le tendió la mano–. Ha sido un placer conocerte, Zack. Me he divertido mucho contigo.

¿Divertido? Zack podría haber jurado que en aquel sótano había ocurrido algo más que diversión.

–¿Qué pasa? ¿Tienes doble personalidad o algo así? Si no me equivoco, hace solo diez minutos estábamos besándonos y disfrutando de lo lindo.

Anna le dio la espalda y forcejeó con el tirador del Jeep. Tenía el rostro en llamas. Por lo menos, había aprendido una pequeña lección sobre las incómodas consecuencias de ceder a los deseos más básicos. Tarde o temprano, uno tenía que afrontar la realidad.

–Claro. Ha sido divertido.

–¿Divertido? –en el pasado, ser fuente de «diversión» no lo había molestado lo más mínimo. Aquella noche, sin embargo, la inocente palabra parecía un bofetón. Alargó los brazos y agarró a Anna por los hombros para obligarla a que se diera la vuelta–. No te estabas desternillando de risa. Pero sí que respirabas con dificultad y te temblaban las manos cuando te besaba. ¿También te parecía divertido eso?

–Sí –dijo Anna con obstinación–. Cuando me tiemblan los dedos, sé que lo que hago es divertido. Divertido, divertido, divertido.

A Zack no le hacía gracia.

–¿Por qué tienes tanta prisa?

–Llego tarde.

–¿Adónde?

–Al lugar al que voy –fuese cual fuese. Anna se desasí con habilidad, abrió la puerta del coche y se sentó en el interior. Como diría el bueno de Frank, estaba dejándose llevar por sus reacciones y no por sus acciones–. Soy muy puntual.

–Estupendo –replicó Zack, con actitud infantil. Bajó la vista al suelo y dio golpecitos en el asfalto con la punta de una playera–. No quiero entretenerte.

–Ya nos veremos.

Al oír aquello, alzó la cabeza y la miró con fijeza a los ojos.

–Eso no es cierto. Ni siquiera sabes dónde vivo, y yo no sé dónde vives tú. Y es evidente que te trae sin cuidado.

Anna guardó silencio un largo momento, aunque no rompió el contacto visual.

–Creo que es mejor así –dijo por fin–. No suelo... No suelo hacer esto. Soy una persona bastante corriente.

–¿Qué no sueles hacer? –inquirió Zack–. ¿Besar a un hombre? ¿Es que eres monja? Las monjas no van por ahí con chaquetones de cuero negro.

Anna sonrió débilmente.

–Puede que sea una monja moderna.

–Te vas a ir –dijo Zack, más para sí que para ella. Había salido con su última novia durante seis meses, pero no lo había molestado mucho la despedida. Solo hacía un par de horas que conocía a Anna Smith y pensar en no volver a verla se le hacía insufrible. Además, su orgullo lo estaba matando. No estaba acostumbrado a no dejar impresionada a una mujer–. ¿No puedo hacerte cambiar de idea?

–No puedo permitírmelo –contestó Anna con una sonrisa melancólica–. No se me dan muy bien las complicaciones. Soy una de esas personas amantes de lo predecible. Quiero tener la vida cómoda y organizada, y mi hogar esperándome, acogedor, todas las noches. Nada del otro mundo, pero es lo que me va. Además, esta noche ha sido... –dejó la frase en aire.

–¿Cómo? –la urgió Zack.

–Perfecta... así, tal cual –suspiró y se recostó en el asiento–. Por fin ha dejado de llover. ¿Huelen lo limpio que está el aire? Me encanta cuando el mundo está limpio y fresco, como ahora.

Era evidente que Anna había zanjado el asunto. Como no sabía qué otra

cosa hacer, Zack se inclinó y la besó con suavidad en la frente. Después, se apartó y cerró la puerta del Jeep.

—Que así sea. Al menos, lo he intentado.

Anna le dirigió una última mirada, sintiendo un extraño tirón de emociones desconocidas. Después, porque no se había dado elección, arrancó el coche y salió del aparcamiento.

Al momento siguiente, Zack se sacó un bolígrafo del bolsillo y anotó el número de la matrícula en la palma de la mano. No iba a desistir... ni mucho menos. Los machos alfa jamás se rendían.

El motel que Zack había visto horas antes estaba regentado por una mujer de mediana edad con la figura de Papá Noel y la cabeza llena de rulos. A juzgar por su expresión, no le hacía gracia que la sacaran de la cama. Zack desplegó una sonrisa de consternación y la mujer empezó a sonrojarse y a jugar con el cuello de su bata rosa y azul. Maravilloso. El arma nuclear volvía a funcionar.

Mientras subía la escalera de metal hasta su cuarto del segundo piso, reflexionó en su existencia desdichada, sintiendo lástima de sí mismo. Una mujer irresistible se había resistido a él sin esfuerzo. La había besado y ella le había devuelto el beso, lo cual era positivo salvo por el hecho de que de repente, Zack sabía lo que se estaba perdiendo.

Aunque le habían asignado una habitación de no fumadores, el lugar olía a tabaco. Había dejado el vicio hacía cinco años, un logro monumental para un hombre que había estado fumando desde los dieciséis. De repente, ansiaba un pitillo. Cómo no, echó la culpa de aquella ansia resucitada a las vacaciones. Eran un buen conejillo de indias.

Se desnudó y se acurrucó bajo la colcha para intentar entrar en calor. Pasados unos minutos, volvió a vestirse y se enterró bajo las sábanas, tratando de ahogar el zumbido del aire acondicionado. No tenía sueño. Siempre que cerraba los ojos, veía a Anna. Ella le sonreía por encima del hombro, batiendo sus largas pestañas con expresión adorable. «Eres mono, pero un poco engreído». ¿Por qué la había dejado marchar? ¿Por qué no había hecho algo?

Era raro que una mujer le produjera aquel efecto. Como su trabajo era su vida, se había acostumbrado a poner fin a sus relaciones mucho antes de que cualquiera de las dos partes esperara demasiado. Sabía de primera mano lo difícil que era para un hombre de su profesión llevar una vida familiar normal.

Su padre también había sido policía, todo un héroe para su hijo y un compañero respetado por sus camaradas por su valor, humor y lealtad.

Por desgracia, Tommy Daniels era mejor defensor de la ley que marido. Aunque quería a su esposa Kelly, se aburría con facilidad y las responsabilidades familiares lo asfixiaban. No comprendía la soledad de su esposa, ni su constante preocupación por su bienestar. Si *él* estaba satisfecho, ¿por qué ella no? Antes de poner fin a aquel matrimonio desgraciado, Kelly le suplicó a su marido que dejara su trabajo y se concentrara en la familia. Para Tommy, era como pedirle que renunciara al oxígeno durante el resto de su vida.

Zack solo tenía trece años cuando sus padres se divorciaron, pero ya era lo bastante maduro para comprender la mella que la profesión de su padre había dejado en la mujer que había cometido el error de amarlo. Le costaba reconciliar la imagen del héroe con la del hombre que había hecho sufrir tanto a su madre.

Tras sobrevivir a casi veinte años como detective de homicidios, Tommy Daniels murió de insolación durante una expedición de pesca en el cabo San Lucas. Fue un final irónico para un hombre que había disfrutado de la vida, la suerte y el riesgo. Kelly se casó con un empleado de Hacienda que llegaba a casa todos los días a las cinco y jamás olvidaba el cumpleaños de su esposa ni su aniversario de bodas. Con su nuevo marido, Kelly halló la estabilidad, la seguridad y la estima. Si nunca lo miraba como había mirado a su primer marido, solo Zack y ella lo sabían.

Había lecciones que aprender de todas las experiencias, y Zack sacó sus propias conclusiones del matrimonio fallido de sus padres. Si un hombre escogía cierta clase de vida, una vida llena de logros personales y escasa estabilidad y seguridad, no podía asumir responsabilidades a largo plazo. En su infancia, Zack aprendió lo fútil que era intentar ser algo o alguien que no se era. En muchos sentidos, Zack creía parecerse mucho a su padre. Le gustaba vivir deprisa, no saber lo que lo aguardaba a la vuelta de la esquina. Quería mejorar el mundo y lo intentaba. Sin embargo, al contrario que su padre, jamás hacía las cosas a medias. No estaba dispuesto a dar a una mujer la mitad de su alma, la mitad de su tiempo o la mitad de su atención. Lo consideraba su undécimo mandamiento: «No contraerás matrimonio». Si no podía prometer «por siempre jamás», no haría ninguna promesa.

Así que solía volver a casa solo, encargaba que le subieran la cena y

llevaba la ropa a la lavandería. No le costaba trabajo rehuir a las mujeres vulnerables y pasar sus contados ratos de ocio con señoritas encantadoras que sabían lo que había antes de que él apareciera. Se cercioraba de tratarlas bien, y jamás dejaba que surgieran complicaciones en la relación; antes, les ponía fin. Se contentaba con pasar por el mundo sin romperle a nadie el corazón.

En aquella ocasión, sin embargo, las tornas habían cambiado. Era él quien deseaba más mientras que la mujer lo despedía y lo dejaba tirado. Al parecer, la vida todavía le deparaba alguna sorpresa.

Se sentó en la cama y encendió la radio. Encontró una emisora de música romántica y subió el volumen, dispuesto a entregarse a una noche de canciones de amor lastimeras y aire acondicionado.

Antes de su inesperado cautiverio en el sótano de Appleton's, Anna tenía pensado hacer unos cuantos kilómetros más. Pero ya era más de medianoche y no le apetecía seguir conduciendo sin un destino concreto; además, las intensas emociones que había sentido con Zack Daniels la habían dejado sin fuerzas. Encontró una tienda abierta y compró unas chocolatinas y leche para cenar, y decidió buscar un motel.

No tardó en percatarse de que Providence no era un destino muy turístico. Solo encontró un motel, y cuando despertó a la dueña, la mujer estuvo a punto de morderla. Anna se disculpó por haber perturbado su descanso, aunque su sinceridad era cuestionable. Lo que la preocupaba no era haber sacado de la cama a la mujer, sino haberse equivocado al despedirse de Zack Daniels en el aparcamiento. No se habían intercambiado números de teléfono, y sería imposible que volvieran a verse en circunstancias normales. Aun así, sabía que era lo más sensato. Ella tenía su propia vida, él la suya, y no tenían nada en común salvo haberse quedado una noche encerrados en un sótano. La lógica le decía que pensar en Zack era una pérdida de tiempo. Sus emociones, sin embargo, estaban un poco turbulentas y se negaban a respaldar la lógica. Un beso y, de repente, no se reconocía.

Una vez en su cuarto, advirtió que no había llegado a comprar la medicina por la que había entrado en Appleton's. Llevaba dos semanas con el estómago hecho trizas. Para empezar, nunca le había gustado estar lejos de casa. Su hogar y sus amigos eran su referencia, y su felicidad se basaba en estar rodeada de sus cosas y personas queridas. Por desgracia, aquella vacación

improvisada había sido necesaria. Uno de sus más viejos y queridos amigos, Kyle Stevens, iba a casarse con una mujer encantadora llamada Carrie. Anna se había alegrado mucho por los dos, hasta que una desdichada tarde, Kyle llamó a su puerta y, con mirada vidriosa por el alcohol, le reveló sentimientos ocultos que distaban de ser platónicos. Había escogido el peor momento para hacerlo, pues faltaba menos de un mes para la boda. Anna creía sinceramente que la fascinación que Kyle sentía por ella no era sino un caso de pánico de último minuto. Era un veterinario de treinta y nueve años que nunca había estado casado. Se pasaba el día trabajando con animales dóciles, y pasar a compartir su vida con una mujer suponía un gran cambio. Aun así, comprendió que lo más acertado sería desaparecer del mapa hasta poco antes de la boda. Inventó la excusa de que iba a visitar a una vieja amiga de sus días de universidad en San Francisco y se tomó unas repentinas vacaciones. Como no había ninguna vieja amiga, era un viaje aburrido y extremadamente solitario. De ahí, el malestar estomacal. De ahí, que hubiese hecho un alto en Providence para comprar Almax.

En lugar de Almax, encontró a Zack Daniels. Vaya que si lo encontró.

Se dijo que debía frenar sus pensamientos melancólicos, desterrar a aquel hombre de su mente. Para ello, marcó su número de Grayland Beach para ver si tenía algún mensaje. Tenía cuatro, y todos ellos de Kyle.

–Tenemos que hablar, Anna. Por favor, llámame cuando recibas este mensaje.

–Sigo sin recibir noticias tuyas. Me caso dentro de dos semanas, ¿qué debo hacer?

–Esto no está bien, Anna. Tenemos que hablar.

–Anna, nadie sabe nada de ti. Cuando oigas este mensaje, *llama*.

Anna se dio una palmada en la frente y exhaló con exasperación. Ya era demasiado tarde para devolver las llamadas. Esperaba que Kyle hubiera recobrado la sensatez, pero daba la impresión de seguir trastornado. Había sido completamente sincera con él antes de irse; le había asegurado que no eran más que amigos, pero Kyle no quería entenderlo. Anna apreciaba a la prometida de Kyle, Carrie, casi tanto como a Kyle, y lo último que deseaba era herir sus sentimientos. ¿Qué podía hacer? Daba la impresión de que Kyle estuviera pensando en posponer la boda si ella no volvía a casa. Anna no sabía qué era peor, si el remedio o la enfermedad.

Se puso una camiseta larga y se acurrucó bajo las sábanas, pero el sueño no

llegaba. Se sorprendió reviviendo lo ocurrido aquella noche, en particular, el tórrido beso. Cuando su cuerpo empezó a agitarse bajo las sábanas, concluyó que no se estaba haciendo ningún bien. Se incorporó en la cama, encendió la lámpara de la mesilla y se entretuvo contemplando la pantalla en blanco de la televisión. Llevaba trece noches durmiendo en habitaciones de hoteles solitarias, pero ninguna le había resultado tan vacía y desangelada como aquella.

De repente, llegaron a sus oídos los acordes de una balada romántica. Era una grata distracción, y tenía el estado de ánimo perfecto para una melancólica canción de amor. Tenía la sensación de que Zack seguía con ella, despertando emociones en su interior, tentando su cuerpo, atormentándola con su atractivo sensual.

Se preguntó dónde estaría en aquellos momentos.

A la mañana siguiente, Zack se duchó y se vistió con calma, ya que no tenía ningún sitio al que ir ni nada que hacer cuando llegara. Intentó averiguar a nombre de quién estaba registrado el Jeep de Anna, pero tuvo la mala suerte de encontrar al único operador que se la tenía guardada. Sin saberlo, Zack había salido una vez con su novia, y el tipo no lo había superado. Se negó a hacer la comprobación de la matrícula por la única razón de que «las ranas no han criado pelo todavía, Daniels».

Zack decidió esperar a que su compañero Will llegara a la comisaría para pedirle el favor. Mientras tanto, comería algo. Pagó la habitación, guardó sus cosas en el Lotus y decidió acercarse a pie a McDonald's. No se imaginaba entrando en el aparcamiento de Ronald McDonald's con su bólido; no encajaba.

Debido a su formación de policía, Zack se había habituado a pasear la mirada por cada habitación en la que entraba. McDonald's estaba repleto: madres con niños, niños solos, adolescentes ruidosos. Y en el fondo del local, en el rincón infantil, con sus brillantes colores, había más niños deslizándose por toboganes, carruseles y columpios.

Zack posó su mirada hastiada en el Playplace y, de improviso, se quedó helado. Había una joven sentada a una de las minúsculas mesas, contemplando los juegos de los niños y prestando muy poca atención a la comida que tenía en la bandeja. Estaba de perfil, el perfil más perfecto que Zack había visto nunca.

Nariz pequeña, mentón obstinado, labios llenos y lujuriosos. Una cortina de lustroso pelo castaño dorado ocultaba por completo el respaldo del asiento amarillo que ocupaba. Estaba vestida con sencillez, con unos vaqueros azules y una camisa blanca remangada hasta los codos. Un brazalete de plata brillaba en su muñeca. Tenía una expresión remota, como si estuviera absorta en sus pensamientos.

«Vaya, vaya», pensó Zack con alborozo. Aunque el monzón hubiera azotado Providence en aquel preciso momento, la sonrisa de Zack no se habría alterado.

Pidió su desayuno de múltiples pasteles de manzana, sin dejar de observar a la sirena del área infantil. Con la bandeja en la mano, se abrió camino a través de la sección de «adultos» del local y se sentó frente a ella. Anna abrió sus luminosos ojos azules de par en par.

—¿Tú? —gimió. De hecho, había estado pensando en él, y sus pensamientos habían hecho de conjuro.

—¿Me has echado de menos? —preguntó Zack con alegría, repentinamente en paz con el mundo—. Ya sabes lo que dicen sobre los hombres atractivos, ¿no? Cuesta deshacerse de ellos.

La sonrisa de Anna se inició en sus ojos y se extendió a sus labios. No podía evitarlo. Era una persona risueña por naturaleza, y ver a Zack en carne y hueso había puesto fin a su ensoñación melancólica. No le quedaba más remedio que disfrutar de aquel regalo del destino.

—Al menos, esta vez, podemos salir —señaló hacia las puertas de salida—. Y las paredes son de cristal, así que tampoco me desmayaré. ¿No es un alivio?

Tenía buen aspecto por la mañana, pensó Zack. Muy buen aspecto. Sus ojos eran de un azul limpio de verano, el pelo veteado resplandecía, y la imaculada camisa blanca realzaba su tez dorada. Había visto a muchas mujeres por las mañanas; con el pelo aplastado, el maquillaje corrido, se acercaban a rastras al espejo para «recomponerse la cara».

Anna era diferente. Poseía una belleza natural que no dependía de los cosméticos. La imaginó despertándose en la cama, abriendo los ojos y volviéndose hacia él con una sonrisa de buenos días.

—Mmm... ¿Qué decías? —preguntó tontamente, emergiendo de su fantasía—. Se me ha ido el santo al Cielo.

—Te preguntaba si había sido un alivio.

—¿Verte? —asintió con entusiasmo—. Un alivio monumental.

–No –Anna arrugó la nariz–. Saber que no estás atrapado aquí conmigo.

–Ah –siempre ágil en la remontada, movió la cabeza con pesar–. No, eso no me alivia lo más mínimo. Ahora tendré que idear otra manera de mantenerte cautiva. Aun así, soy un tipo creativo; siempre he admirado eso de mí. Ya se me ocurrirá algo. Es una pena que no me haya traído las esposas; uno nunca sabe cuándo pueden serle útiles.

A Anna le resultaba imposible no reír. Zack Daniels era el hombre más encantador que había conocido, lleno de humor y alegría. Era como si siempre llevara una vela encendida en su interior y ella se sintiera atraída por su calor cada vez que lo miraba a los ojos. Imaginó que habría todo un ejército de mujeres deseosas de quedarse encerradas en el sótano con él. Para siempre.

–No puedo creer que me fallara la intuición cuando intenté adivinar a qué te dedicabas. Encajas en el papel de policía a la perfección. ¿Estás aquí por motivos de trabajo?

Zack se encogió de hombros.

–Más o menos. Mi compañero y yo nos vimos envueltos en un pequeño jaleo durante una redada antidroga. El traficante se puso furioso.

Anna hincó los codos en la mesa y apoyó la barbilla en las manos. La fascinaba que hablara con tanta naturalidad de una situación tan dramática.

–¿Se puso furioso? ¿Nada más?

Zack abrió sus ojos grises con inocencia.

–¿No te enfadarías tú?

–¿Y qué pasó? ¿Te estás escondiendo de él o algo así?

Zack estaba desenvolviendo su primer pastel de manzana cuando chasqueó la lengua con indignación.

–Jamás. El traficante hirió a mi compañero. Después, desapareció al final de la cadena alimenticia. Si supiera bajo qué piedra se esconde, no estaría ocultándome de él. Detuvimos a un par de mandados, pero el cabecilla se escapó. El capitán Todd, en su infinita sabiduría, decidió hacerme invisible hasta que los ánimos se calmaran. Bueno, en realidad, hasta que yo me calmara. No quería que me pusiera a matar a diestro y siniestro. Así que ¿sabes lo que hizo? No te lo vas a creer. Me obligó a tomarme unas *vacaciones*.

Anna parpadeó.

–¿Y estás disgustado por eso?

–Odio las vacaciones –la expresión sonriente de Zack reapareció al

instante—. Al menos, las odiaba. Desde anoche, me encantan. Y me encanta el capitán Todd. Lo pondré en mi testamento. Sin él, no te habría conocido.

A Anna nunca la habían comparado con una redada antidroga, pero las palabras de Zack la halagaban. Nerviosa, se tomó un poco de tiempo para serenarse abriendo la bolsita de azúcar y vertiéndolo en el café.

—Qué extraño. ¿Estabas enfadado con el capitán Todd porque velaba por tus intereses?

—No solo por eso. Trabajo en Los Ángeles, California. Y no en los barrios bonitos. No sé cuánto durarán mis vacaciones, pero te garantizo que se quebrantará la ley un millón de veces durante mi ausencia —suspiró con melancolía—. Detesto no estar donde me necesitan. Todo el mundo piensa que el sur de California es una extensión de Disneylandia, donde los sueños se cumplen y todo el mundo tiene la tez dorada, los dientes blancos y deslumbrantes y dos descapotables en el garaje. No es cierto.

—Lo sé —dijo Anna, y se encogió de hombros—. Viví en Los Ángeles hasta los doce años. Nunca he estado en Disneylandia, pero me imagino que no se le parece mucho.

Zack estaba alentado. Anna se estaba relajando y revelando información personal, lo cual era justo lo que él quería.

—Dudo que haya un solo niño en el mundo que haya vivido en el sur de California y no haya estado nunca en Disneylandia.

—Me crié en hogares de acogida —dijo Anna en tono práctico—, y los viajes a Disneylandia no eran una prioridad. Cuando me adoptaron, mis padres vivían en Grayland Beach, en Oregón. Me he pasado casi toda la vida allí y, créeme, no me faltaba de nada. Estaba tan a gusto en Grayland Beach que no quería viajar a ninguna otra parte.

Zack se la quedó mirando, sintiendo el suave calor del enojo en el pecho. Intentó imaginarla de niña, viviendo en hogares de acogida. De no conocer tan bien el sistema, habría podido convencerse de que no había sido tan terrible para ella. Sin embargo, no detectaba ni un ápice de autocompasión en su voz. Sus ojos se iluminaban cuando hablaba de sus padres adoptivos, y supo que había encontrado el amor incondicional. Había superado las estadísticas al ser adoptada a los doce años. En voz baja, dijo:

—Me alegro de que todo acabara bien para ti.

—Mejor que bien —dijo Anna—. He sido una de las afortunadas.

Zack sonrió.

–Afortunada y extraordinaria, una mujer sin igual. Si pudiera haberme quedado encerrado en ese sótano durante los quince días de mis vacaciones, no tendría queja alguna.

Zack estaba flirteando otra vez, pero Anna no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

–Bueno, te comprendo. Yo también me he visto obligada a tomarme unas vacaciones, y ha sido muy aburrido, por no hablar... –dejó la frase en el aire y se quedó mirando a Zack hasta que este volvió la cabeza para ver si tenía un animal depredador a la espalda.

–¿Qué pasa? –dijo, asustado–. ¿Quieres parpadear o hacer algo?

–Tengo... una... idea –dijo despacio, todavía con la mirada vidriosa–. Es absurda, pero... Zack, podrías ser la respuesta a mis oraciones.

–Ah, la idea me gusta –dijo Zack con alegría. Cualquier cosa con tal de tenerla sentada delante el mayor tiempo posible. McDonald’s jamás había poseído una atmósfera tan mágica–. Habla; soy todo oídos.

Anna vaciló, preguntándose si se habría vuelto loca. Lo que estaba a punto de proponer podría terminar en graves complicaciones si no mantenía la cabeza sobre los hombros. Aun así, no era una niña. No tenía motivos para pensar que no podía llevar aquello a cabo sin arriesgar su corazón.

–Te puede parecer una locura –dijo despacio– y, en realidad, lo es. Pero tengo un problema en casa, y creo que podrías ayudarme. Acabamos de conocernos, y quizá te parezca un poco atrevida...

–Si me conocieras mejor, no dirías eso. Sigue.

Anna empezó a dibujar círculos en la mesa con el dedo.

–Verás... Tengo un amigo, Kyle. Es veterinario en Grayland Beach. ¿Te he hablado de él?

–Has mencionado a varios amigos tuyos –suspiró Zack con paciencia–. Pero no, creo que es la primera vez que hablas de Kyle el veterinario. Sigue.

–Nos conocemos de toda la vida y siempre hemos estado muy unidos, pero se le cruzaron los cables conmigo hace un par de semanas. Estábamos repasando los detalles de la boda...

–Un momento –Zack se enderezó como si fuera una marioneta y hubieran tirado hacia arriba de sus hilos–. ¿Cómo de unidos? ¿Qué hizo cuando se le cruzaron los cables? ¿Quién se casa?

–Kyle es el que se casa –le explicó Anna, preguntándose qué habría hecho saltar chispas en la mirada borrascosa de Zack–. Va a casarse con una chica

muy dulce llamada Carrie. Es muy buena y atenta, y están hechos el uno para el otro.

Zack se relajó al instante.

–Ah, me alegro. Carrie siempre me ha caído bien.

–Si no la conoces –dijo Anna.

–Eso da lo mismo. Sigue. Estoy impaciente por oír el resto.

Dos pasteles de manzana después, Zack conocía toda la historia.

–A ver si lo he entendido bien –dijo por fin, cruzando los brazos sobre la mesa–. Tu buena amiga Carrie quien, por cierto, parece la única mujer del mundo con la que te relacionas, va a casarse con tu buen amigo Kyle. Solo que el listo de Kyle, el muy zorro...

–No es un listo, ni un zorro.

–Eso es lo que tú crees. Al muy zorro le ha entrado pánico y se está distraendo pensando en su hermosa mejor amiga, o sea, tú. Y, como eres una chica maravillosa, has intentado resolver el problema tomándote unas vacaciones. Como es lógico, quieres volver a casa lo antes posible, pero el pesado e insensible de Kyle...

–¿Por qué no haces más que insultar a un hombre que ni siquiera conoces?

–No me interrumpas, o me haré un lío. No hay visos de que el pelma de Kyle esté recobrando la sensatez. Tienes miedo de ir a casa por si anula la boda y de que, si no vas, la anule de todas formas. ¿Me he perdido algo?

–Sí –respondió enseguida–. Tu papel en todo esto.

–No sabía que tuviera un papel, pero me muero por saber cuál es. Detesto sentirme inútil. Sigue, por favor.

–Bueno, se me ha ocurrido que, como no tienes nada importante entre manos durante unos días, podrías ayudarme –Anna inspiró hondo antes de saltar al vacío–. Me gustaría que volvieras a casa conmigo y fingieras estar enamorado de mí.

Capítulo Cuatro

Zack había oído todo tipo de proposiciones en el transcurso de su carrera profesional, pero ninguna había tenido el impacto de aquella.

–¿Quieres que vuelva contigo a tu casa? –preguntó, incrédulo–. ¿Y que finja estar enamorado de ti? –añadió en un tono más agudo–. ¿Es eso lo que has dicho?

–Bueno, no pongas esa cara de susto. No vas a correr un peligro mortal ni nada parecido. La palabra clave es «fingir». Vamos, eres policía. Pensaba que estabas acostumbrado a situaciones insólitas.

–No estoy asustado –jadeó Zack, que intentaba llenarse los pulmones de oxígeno–. He vivido bastante, ¿sabes? No me impresiona cualquier cosa, pero... pero...

–¿Qué?

«Es la primera vez que veo un sueño hecho realidad».

–Que me has pillado desprevenido, nada más. No suelo ser quien recibe este tipo de proposiciones. Estoy... ordenando mis ideas.

Anna se lo quedó mirando, sintiendo el rubor en las mejillas. La sugerencia era un poco descabellada, pero sabía que a Zack le agradaba su compañía. Además, era evidente que necesitaba distraerse de todos los delitos que se estaba perdiendo en Los Ángeles.

–Sé que, en realidad, no me conoces, y debo de parecerle una chiflada, pero ¿no crees que es extraño que nos hayamos encontrado justo cuando los dos estábamos sufriendo por unas vacaciones indeseadas? ¿Y que los dos nos quedáramos encerrados en el sótano? Yo creo que estábamos destinados a conocernos, ¿no te parece?

Zack asintió con entusiasmo.

–Desde luego. Creo en el destino.

–¿Lo ves? Es perfecto. Si pudieras quedarte en mi casa unos días, hasta que Kyle y Carrie se casen, me harías un gran favor. Verás, Kyle no me quiere, al

menos, de esa manera. Lo que pasa es que hace tantos años que está soltero que cuanto más se acerca la fecha de la boda, más excusas se inventa para anularla.

–¿Sabes? –se aventuró a decir Zack–, hay hombres que no valen como maridos. No es mala idea que se den cuenta antes de casarse, ¿no crees?

–Kyle no es de esos –replicó Anna al instante–. Carrie y él son almas gemelas, estoy convencida. Por eso creo que nuestra pequeña farsa surtirá efecto. En el fondo, ama a Carrie con todo su corazón. Perderla lo destruiría.

–Bueno, detestaría destruir a Kyle. Al menos, eso creo.

–Además, pasarías unas vacaciones gratis en Grayland Beach. Es un pueblo costero magnífico, lleno de turistas. Podrías nadar, pescar, leer... o lo que hagáis los policías cuando no estáis de servicio. Y, lo mejor de todo, es que podré volver a casa. Es perfecto.

«Y tanto que lo es», pensó Zack, feliz. «Existe el Cielo, y se llama Grayland Beach». Pero no podía parecer demasiado ansioso.

–Oye, tengo que pensar en mi virtud, ¿sabes? –dijo con solemnidad–. Eso de compartir una casa con casi una desconocida...

–Muy gracioso. Soy yo quien se arriesga, y si yo me siento a salvo, tú también deberías. Si te ayuda, me pondré la mano en el corazón y prometeré no comprometerte.

–Vaya –la palabra estaba impregnada de decepción exagerada–. Eso me tranquiliza.

–Apuesto a que sí. Bueno... –Anna se puso en pie y recogió los envoltorios de cartón y las servilletas de la mesa–. Deberíamos ponernos en marcha. Grayland Beach no está muy lejos, a solo unas horas de aquí. Ha sido horrible estar fuera de casa. Anoche no pegué ojo. No sabes lo feliz que soy solo de pensar que podré dormir en mi propia cama.

–Creo que acabamos de hacernos socios. Por decirlo de alguna manera – Zack también se puso en pie, deseoso de ponerse en camino antes de que Anna cambiara de idea–. No hacen más que pasarnos las mismas cosas. Yo tampoco pegué ojo anoche, y esta mañana los dos hemos venido a McDonald's a desayunar. El destino está jugando un papel muy importante en esta historia.

–El destino –dijo Anna con firmeza– es lo que tú hagas de él. Lo aprendí hace mucho tiempo.

Zack le sonrió; se sentía muy agradecido a su benévolo destino actual.

–Si tú lo dices...

–Es cierto. No puedes dejar nada a la suerte en esta vida. Hay que aprovechar al máximo cada día, cada minuto.

Los ojos centelleantes de Zack se posaron en el pelo vibrante de Anna, en los vaqueros ceñidos, en la forma en que arrugaba la nariz respingona cuando quería expresar una idea.

–Y eso pienso hacer, Anna. Desde ahora mismo.

Tener un coche de ensueño siguiéndola durante tres horas influía desfavorablemente en la manera de conducir de Anna que, en realidad, no era buena conductora. Se sorprendió invadiendo el carril contrario repetidas veces, superando el límite de velocidad hasta en cincuenta kilómetros por hora y arrojando grava y nubes de polvo al arcén en las curvas. Todo ello ocurría cuando se fijaba más en el espejo retrovisor que en la carretera.

El problema era el paisaje. Zack Daniels conducía con las ventanillas bajadas y el viento acariciándole los cabellos negros sobre su rostro moreno. Llevaba unas gafas de sol que acrecentaban la imagen exótica. Hasta aquel momento, Anna nunca había comprendido la debilidad que sentían las mujeres por los hombres con coches lustrosos y sensuales capaces de superar la barrera del sonido. Así que fue un milagro que no incrustara el Jeep en un árbol. En un par de ocasiones, vio a Zack levantar el brazo, como diciendo: «¿Qué diablos haces?», pero permaneció detrás de ella, sin perderla de vista ni un momento. Pensándolo bien, debía de estar acostumbrado a seguir a otras personas.

Estaba atardeciendo cuando salió de la autovía, feliz de volver a recorrer las avenidas de Grayland Beach. Lo único que la acongojaba era que Zack iba a ver su amada casa victoriana a aquella hora del día. Siempre había creído que ver una casa por primera vez era como conocer a una persona por primera vez. Cuando decidió restaurar la casa en la que había vivido durante tantos años, pasó meses investigando las complicadas combinaciones de colores, los materiales y adornos elaborados de la arquitectura victoriana. Después, los adaptó a su personalidad. Había empleado diecisiete tonos pastel para la fachada de su casa, una combinación que había ofendido al minimalista que su amigo Davy llevaba dentro. Hasta había comparado su casa con un «pavo real vestido para matar». Anna, sin embargo, se quedó encantada con el resultado. Las caprichosas torretas de la época victoriana evocaban los castillos de

cuentos de hadas, un marco apropiado para la Bella Durmiente, Cenicienta o Anna Smith. Le encantaba el adorno delicado de la cornisa, y los amplios ventanales y la veranda de la casa intensificaban su encanto.

Por desgracia, a la luz del ocaso, los diecisiete tonos que había aplicado con tanto cariño adquirirían un brillo sorprendente que hería la vista. Habría sido preferible presentarle la casa a Zack a la suave luz matutina, cuando los colores se suavizaban y doraban; resultaba menos intimidante.

Aparcó el coche en la senda de entrada circular, un poco nerviosa. Se apeó y se recostó en la puerta del Jeep, esperando a que la bestia plateada de Zack apareciera rugiendo por detrás. En un abrir y cerrar de ojos, Zack apagó el motor, salió del coche y se la quedó mirando durante treinta segundos completos. Por sorprendente que pareciera, no parecía haber reparado en la impactante casa victoriana.

—¿Estás loca? —le preguntó.

Anna adivinó por su mirada que no hablaba en sentido figurado. Quería una respuesta de verdad.

—Por supuesto que no estoy loca —dijo con indignación—. ¿Lo dices por los colores? Si no puedes comprender que una persona quiera ser original...

—¿Qué colores? —ladró Zack—. ¿Te refieres a la casa? No me importa de qué color sea. ¿Te das cuenta de que debería haberte detenido cincuenta veces de camino aquí?

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—De cómo conduces, y usaré el término «imprudente». ¿Sabes cuánto tiempo has pasado en el carril contrario? ¿Cómo has podido seguir viva tanto tiempo?

—¡Ah, mi manera de conducir! Bueno, también me gusta ser original en eso. Deja de comportarte como un agente de la ley; estás de vacaciones.

Durante las últimas tres horas, Zack Daniels había experimentado algo completamente nuevo en su vida: pánico. Hasta aquel momento, jamás había sentido miedo de verdad. Solo hacía veinticuatro horas que había «descubierto» a Anna Smith y aquella tarde podía haberla perdido.

—Por favor, dime que no conduces así siempre. Dime que has sufrido una enajenación temporal, o algo así. No sabes el alivio que supondría para mí.

—Está bien, no suelo conducir así —murmuró Anna, que no quería revelar el motivo de su distracción—. Es que... me moría por volver a Grayland Beach. Y, ahora, contéstame. ¿Qué te parece mi casa? La he restaurado yo misma de punta a punta.

Zack suspiró hondo, un hábito que había adquirido recientemente, y se fijó en la casa de Anna. El marco era perfecto: avenidas de árboles, aspersores salpicando el césped, unos niños jugando al baloncesto en la casa de al lado... Pero la vivienda en sí era digna de admiración; jamás había visto nada parecido. En un primer momento, el estallido de colores lo deslumbró, pero se recompuso y estudió la casa con ojo experto. Paseó la mirada por los adornos exóticos, los complejos calados, las flores y pájaros pintados en los arcos de estuco. Tenía la sensación de haber retrocedido en el tiempo, de encontrarse en una época más suave y amable. Anna estaba allí en todos los caprichosos detalles, con su belleza vibrante y originalidad reflejadas en los colores vivos y los toques imaginativos. Aquella casa tenía una personalidad encantadora, tan fascinante, creativa y original como la propia Anna. «Es una maravilla», pensó para sí.

–Es increíble –dijo en voz baja. Volvió a mirar a Anna y desplegó una dulce sonrisa–. Eres tú.

No había sarcasmo ni halago artificial en su tono de voz, algo de lo que Anna se percató de inmediato. Había soportado muchas bromas por el entusiasmo con que había restaurado su casa. Ya nadie parecía valorar una obra verdaderamente creativa... salvo por aquel hombre encantador de pelo azabache y sonrisa cautivadora.

–Te gusta de verdad, ¿no? He de decirte que a ninguno de mis amigos les agradó mi interpretación del genuino estilo modernista. De hecho, Kyle piensa que puedo ser daltónica. Quiere que vaya al oculista.

–Cuanto más oigo hablar de él, peor me cae –dijo Zack. Se acercó a Anna con las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero. La sonrisa se mantuvo, haciéndose más dulce a cada paso–. Está claro que Kyle no se entera.

Anna carraspeó; el pulso se le estaba acelerando por momentos.

–¿De qué no se entera?

–De que esta casa es el marco ideal para ti –dijo, con suave mirada plateada–. Caprichosa, atractiva e inolvidable. Cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta.

–¿Quién iba a decirlo? –murmuró Anna, y movió la cabeza–. Eres un romántico. Posiblemente, el único policía romántico que existe en el mundo. Es un honor tenerte aquí. Y me agrada mucho que te agrade mi casa.

Zack estaba muy avergonzado y decidió darle otra cosa en qué pensar. Se acercó un poco más, con mirada suave y seductora, alargó el brazo y le

acarició la mejilla con los nudillos.

–¿Sabes?, si estás decidida a engañar a tu amigo Kyle, deberíamos...

De improviso, un golpe seco echó a perder aquel momento de intimidad. Por extraño que pareciera, ninguno de los dos había oído el ruido de un motor acercándose. Tan pronto estaban solos en un ocaso multicolor junto a una vistosa casa victoriana como eran tres en aquel marco pintoresco: Zack, Anna y un tipo alto con ceño borrascoso que descendía de una camioneta.

–Tenemos visita –dijo Zack, alzando la voz para que el recién llegado pudiera oírlo. Normalmente, nadie solía sorprenderlo; estaba perdiendo facultades–. Hola, visitante inesperado. ¿Se puede saber quién eres?

Kyle apenas saludó a Anna con una inclinación de cabeza, tan absorto estaba estudiando a Zack.

–Tiene gracia, iba a hacerte la misma pregunta. No te había visto antes.

–Pues hoy debe de ser tu día de suerte, amigo –repuso Zack con dulzura empalagosa–. Algo me dice que tú eres Kyle.

Kyle le dirigió una sonrisita tensa.

–El mismo. Ya veo que tienes ventaja sobre mí.

–Eres listo, Kyle, por haberte dado cuenta. Me gusta la gente que sabe perder.

–Dios mío –Anna advirtió lo rápido que escalaba la tensión entre los dos hombres, que ni siquiera habían sido presentados formalmente. Se interpuso entre ellos con una sonrisa forzada, con la sensación de haber entrado en un campo de minas–. Empecemos otra vez. Kyle, este es Zack Daniels. Zack, te presento a mi amigo Kyle Stevens. Es veterinario de Grayland Beach. Ya te he hablado de él.

Después de una pausa cargada de desafío, los dos hombres se dieron la mano.

–Encantado –dijo Kyle, aunque transmitía otro mensaje con la mirada.

–El placer es mío –repuso Zack. Lo miró de arriba abajo, deseando que Kyle hubiese sido bajito o muy grueso. Por desgracia, parecía un tipo corriente. Sus rasgos morenos estaban llenos de expresión y denotaban inteligencia. Le sacaba un par de centímetros a Zack, y se movía con una agilidad inusual para un hombre tan alto. Le clareaba un poco el pelo, lo cual era de agradecer. También llevaba un polo amarillo tan luminoso que casi hería la vista. Zack nunca había medido a un hombre como su rival, ya que nunca se había sentido amenazado por nadie.

–Anna me ha hablado mucho de ti, Kyle. Vas a casarte dentro de poco, ¿verdad? Con una chica estupenda llamada *Carrie*. Debes de estar muy enamorado de *Carrie*.

Kyle dio un paso hacia Zack, elevando la barbilla en actitud defensiva.

–No sé si *intentas* irritarme, pero lo estás consiguiendo.

Zack enseñó los dientes a modo de sonrisa.

–Bueno, te diría que saliéramos fuera, pero ya estamos fuera. De todas formas, si...

–Ya basta –dijo Anna con severidad, abandonando toda esperanza de que los dos hombres pudieran mantener una conversación civilizada entre adultos–. ¿Qué tal si metemos el equipaje y vemos si hay algo de comida en la nevera? No prometo sorprenderos con un plato elaborado, pero si estáis ocupados masticando, no podréis gruñiros el uno al otro.

–Hablando de sorpresas, ¿desde cuándo os conocéis? –preguntó Kyle mientras sacaban el equipaje.

Antes de que Anna pudiera contestar, Zack se adelantó.

–Desde el segundo día de las vacaciones de Anna. Tuve la impresión de que la conocía desde siempre. Su compañía es muy grata.

–No me dices nada nuevo –replicó Kyle–. Conozco a Anna desde mucho antes que tú.

–Pero no igual de bien –le espetó Zack con voz sedosa.

Anna puso los ojos en blanco y corrió a entrar en la casa. Empezaba a dolerle la cabeza. Sabía que Kyle iba a mostrarse obstinado a su vuelta, pero no había imaginado que Zack haría lo posible por irritarlo aún más. En cuanto se quedaran a solas, pensaba charlar tranquilamente con él sobre su responsabilidad en aquella pequeña farsa.

Sentados en torno a la antigua mesa de madera de cerezo de la cocina, improvisaron una cena de huevos fritos, literalmente, el último alimento que quedaba en la nevera. Anna había confiado en que la falta de comida decente incitara a Kyle a marcharse, pero se equivocó. Estaba pegado a la silla, intercambiando insultos apenas disimulados con Zack. Ninguno de los dos estaba prestando demasiada atención a su anfitriona o a los huevos fritos.

Con la cabeza a punto de estallar, Anna decidió poner fin a aquella disputa verbal. Dio una fuerte palmada a la mesa de madera y miró a Zack y a Kyle

con rebeldía en los ojos.

–¡Ya basta! Me estáis volviendo loca. ¿Por qué no podéis ser amables el uno con el otro?

–Seguramente –dijo Zack–, porque no me cae bien.

–Qué coincidencia –murmuró Kyle.

Anna gimió y se restregó los ojos.

–Esto debe de ser como tener unos niños que no hacen más que discutir. Espero que estéis contentos; me habéis dado un terrible dolor de cabeza y, seguramente, no querré tener hijos nunca. Todo por vuestra culpa.

La sonrisa de Zack se esfumó cuando reparó en el semblante cansado de Anna. El pequeño concurso de testosterona podía resultarle estimulante a él, pero Anna no daba más de sí. Apartó la silla de la mesa, se puso en pie y le dio una palmadita en la coronilla.

–Tienes razón, pequeña. Lo siento. Creo que saldré a dar un paseo. Bajaré a la playa. Así podréis contaros las novedades. Encantado de insultarte, Stevens. Hagámoslo en otro momento, cuando Anna no esté presente –y salió de la cocina, silbando alegremente.

Kyle esperó a oír el portazo de la puerta principal para dirigirse a Anna.

–¿Cómo se te ocurre? No puedes traer a un hombre a casa como si fuera un souvenir de tus vacaciones. ¿Qué mosca te ha picado? Ese tipo podría ser cualquier persona.

–Pues resulta que ese tipo es muy agradable, así que deja de obsesionarte. ¿Te sentirías mejor si te dijera que Zack es policía?

–No. Sigue siendo un desconocido.

Anna rehuyó la mirada de Kyle y contempló el huevo frito helado que la miraba con su único ojo amarillo.

–¿Sabes?, pensándolo bien, los huevos no son nada bonitos. Es la yema lo que me tira para atrás. No es muy apetecible.

–Anna, si pretendes distraerme, búscate un tema más interesante que las yemas de los huevos. Los dos sabemos por qué te fuiste. Ahora vuelves a casa con un novio de última hora ¿y crees que debo estar contento? Sé que no hice bien al decirte lo que sentía por ti. Debí hablar primero con Carrie, y me disculpo. Pero esa no es razón para que te busques a otro.

–¿Cómo que a otro? –Anna estaba sufriendo. Sabía que estaba a punto de perder al mejor amigo que tenía en el mundo. Había sido un compañero sabio y divertido, un hombre sin aires ni hipocresías. ¿Por qué tenía que echarlo

todo a perder?—. Nosotros no tenemos una relación, Kyle. Somos buenos amigos, pero nada más. Lo que estás haciendo no es justo, ni para Carrie ni para mí. Además, Zack me gusta. No ha ido más lejos que eso, pero quiero darle una oportunidad a lo nuestro y ver lo que pasa. Algún día, quizá tenga la suerte de encontrar lo que tú has encontrado con Carrie.

Kyle miraba por la ventana de la cocina con la mandíbula contraída.

—¿Qué se supone que debo decir a eso?

Anna hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Cómo está Carrie? Espero que no le dijeras...

—¿Que me estaba echando atrás? —Kyle volvió a mirar a Anna, sin ni siquiera intentar disimular la emoción que reflejaban sus ojos—. No, no sabría qué decir. Ni yo mismo entiendo lo que pasa.

—Aquí no pasa nada —dijo Anna con suavidad—. Te quiero como a un hermano. Siempre seremos amigos.

Kyle se la quedó mirando durante un largo momento. Después, sin decir una palabra, se puso en pie y se marchó. Anna lo vio alejarse hacia su camioneta por la ventana de la cocina. Tenía los hombros caídos, como si sobre ellos soportara el peso de todos los problemas del mundo.

—Adiós, Kyle —susurró con lágrimas en los ojos.

Capítulo Cinco

Zack estaba siendo un buen chico. Al menos, eso pensaba. A juzgar por la repentina mirada de Anna, ella debía de pensar de otra forma.

Lo había conducido a uno de los dormitorios del segundo piso, un cuarto amplio con chimenea, cama con dosel y baño propio. Era una habitación «femenina», con paredes pintadas de rosa, colcha de encaje de color crema y cortinas a juego. Como no quería herir sus sentimientos, le dijo que estaría muy cómodo allí.

Al oírlo, Anna esbozó una tímida sonrisa, seguramente porque adivinaba que jamás había dormido en una habitación rosa. Después, Zack cometió el error de preguntarle dónde estaba *su* habitación. La pregunta había sido educada e inocente, pero Anna no se la había tomado así.

—¿Por qué quieres saber dónde está mi habitación? —preguntó.

«Vaya», pensó Zack, haciendo una mueca mental al ver el recelo en sus ojos. «Estoy siendo muy formal, pero ella no se lo cree».

—Anna... Solo estaba hablando por hablar. Mira, siento que la situación con Kyle sea tan complicada, pero no es culpa mía. Estoy aquí para ayudar.

—Lo sé. Lo siento —estaba más que un poco deprimida, preocupada por Kyle y el peligro que corría su amistad—. Es que... Kyle significa mucho para mí. Perdí a mis padres adoptivos hace cuatro años, y mis amigos pasaron a ser mi familia. Estoy más unida a Kyle que a cualquier otra persona en el mundo. No soportaría perderlo.

Aquello fue un mazazo para Zack, y por partida doble. Primero, Anna le decía que había perdido a la familia que tanto había tardado en encontrar, una noticia que le sentó como un puñetazo en el estómago. ¿Cuánto dolor debía soportar una persona, y dónde estaba su enojo, su amargura? Parecía aceptar la pérdida con gracia y valentía. Después, Anna había admitido que Kyle significaba mucho para ella. ¿Habría entendido mal la situación?

—Oye, si has cambiado de idea y soy una complicación más que una

solución, me iré. Si has llegado a la conclusión de que Kyle te importa de verdad...

–No –le dijo Anna enseguida, y movió la cabeza–. Bueno, sí que me importa, pero no de esa manera. ¿Por qué ha tenido que echarlo todo a perder? Solíamos ser amigos íntimos. Ahora... Ahora no sé lo que somos. No quiero perder su amistad –bajó la vista y se mordió el labio inferior.

–Entonces, espero que no malinterpretes lo que voy a decirte. Cuando me hablaste de Kyle, no imaginé que estuviera tan colado por ti. Le ha dado fuerte. A no ser que sepamos convencerlo mejor de que nos estamos enamorando, no podremos ir a la boda.

«Enamorando». Oír aquella palabra en boca de Zack era un remedio poderoso contra la tristeza. Al mirarlo, no puedo evitar fijarse en lo atractivo que estaba con la camisa vaquera por encima de los pantalones y la luz del techo creando reflejos azules en su pelo negro. Había suavidad en sus ojos plateados, junto a algo más personal que no quería analizar demasiado. Parecía sólido, estimulante y peligrosamente atractivo. Anna sintió las minúsculas chispas del deseo incipiente recorriéndole la espalda.

«Me estoy convirtiendo en una comehombres», pensó con desesperación. «Debería sentirme avergonzada».

–Ya te dije que era una situación difícil –acertó a decir–. ¿Qué más puedo hacer?

–Finge que sientes algo –dijo Zack en voz baja. En aquella ocasión, no hubo sonrisa, ni broma, ni humor en la voz–. Por mí. Cuando me mires, hazlo con el corazón. Actúa como si fuéramos dos seres humanos que nos queremos porque nos miramos a los ojos.

Zack no se molestó en disimular la emoción que confería un significado muy íntimo a sus palabras. Se quedaron mirándose a los ojos un momento; después, Anna bajó la vista, sintiéndose repentinamente incómoda. Se sentía como un nadador, conteniendo el aliento mientras braceaba en el océano en busca del cielo azul y el oxígeno. Todo en ella estaba en modo de espera, y no se le ocurría nada que decir.

–¿Te he puesto nerviosa? –preguntó Zack con suavidad–. Lo siento, no era esa mi intención. A veces, no camuflé bien mis pensamientos. Pero puedes confiar en mí. Eso ya lo sabes, ¿no?

Anna elevó sus enormes ojos azules, pero eludió mirarlo directamente.

–Apenas nos conocemos.

Zack esperó a que ella lo mirara a los ojos y sonrió levemente. Dio un paso hacia ella. Estaba tan cerca que podía oler un rastro de su perfume.

–Tienes razón, Anna. Nos conocemos desde hace poco más de un día. No sé cuál es tu color favorito, ni si te gustan las rosas rojas en un jarrón de cristal o un enorme ramo de flores silvestres. No sé si jugabas a las muñecas cuando eras pequeña o si al fútbol y te arañabas las rodillas. Pero sí sé que tus ojos son del color del champán, y que brillan cuando sonríes. Sé que te muerdes los labios cuando estás preocupada –hizo una pausa casi imperceptible–. Y sé que el beso de anoche fue magia.

Al oír aquello, Anna se mordió de inmediato el labio inferior. Antes, se había sentido reacia a mirar a Zack a los ojos; en aquellos momentos, no podía dejar de contemplarlos. Sus palabras le habían llegado al corazón. La noche anterior había sido mágica, y sabía por experiencia que era muy difícil encontrar magia en el mundo.

–Lo sé –susurró–. Lo sé.

Zack se quedó inmóvil. Mientras la miraba, irradiaba una intensidad tan seductora y poderosa como el hombre mismo. Resultaba inmensamente atractiva la manera en que los vaqueros se ceñían en torno a sus muslos y la camisa se adhería a los contornos firmes de su pecho. Tenía el estómago plano y tenso, y la tela dejaba entrever todos los músculos del abdomen. Bajo la camisa, Anna también sintió el estómago tenso y duro, como un puño cerrado. Se le reseco la garganta, y sentía pesados los párpados. Con mirada somnolienta, se olvidó de aferrarse a su sonrisa mientras lo miraba de arriba abajo, cautivada por los contornos de los poderosos músculos que realzaban su virilidad. Y los labios... estaban esculpidos con elegancia, con una simetría dulcísima, las comisuras siempre elevadas. Sus ojos plateados no dejaban de mirarla, insondables y sombríos. Su rostro llevaba la marca de toda una vida de sonrisas, así como el brillo inconfundible del anhelo sensual.

Hechizada, Anna sintió que se perdía en aquellos ojos. No supo si fue ella la que flotó hacia él o él descendió hasta ella, pero se acercaron centímetro a centímetro. Y cuando los labios de Zack se cerraron con suavidad sobre los de ella, tuvo la sensación de estar comiendo tras años de inanición. Sus manos buscaron apoyo instintivamente, y las deslizó por la tela suave que cubría la musculatura de Zack.

Los labios de Zack eran deliciosos y persuasivos, y al mismo tiempo, dulces y dubitativos. Por extraño que pareciera, Anna no sentía necesidad

alguna de controlar la situación, ni miedo de que él quisiera llevar el beso demasiado lejos. Zack parecía tan inmerso en la confusión como ella.

Anna era presa del deseo. Sentía los senos deliciosamente llenos y una leve ansia de ser acariciada. La primera vez que aquel hombre la había besado, las sensaciones habían sido impulsivas, fieras y frenéticas, dominadas por el hechizo de lo prohibido y lo descabellado. En aquella ocasión, era muy distinto. Zack le estaba abriendo su alma, revelándose como un mago de conjuros sensuales que la dejaban aturdida. Creyó sentir lágrimas de placer tras los párpados.

Magia. Y todo con un simple beso.

Cuando Zack cortó el contacto a regañadientes, tenía los ojos encendidos con la suave llama de la pasión. Paseaba la mirada por los delicados rasgos de Anna como si no la hubiera visto antes. Tenía la piel sonrojada, los ojos celestes brillantes de sensualidad y de deseo. Los labios generosos de color cereza formaban una sonrisa dulce y nerviosa. No hizo intento de disimular su nerviosismo, y aquella sinceridad resultaba entrañable. ¿Cuántas mujeres había conocido que camuflaban sus emociones hasta el punto de que ni ellas sabían lo que sentían? El orgullo les resultaba más importante que la candidez.

–Nos está pasando algo –dijo en voz baja–. ¿Lo sientes?

Anna ladeó la cabeza, con los labios húmedos ligeramente entreabiertos. Sabía que, en aquellas circunstancias, tanto los hombres como las mujeres se resguardaban con indiferencia. Por extraño que pareciera, sentía tantos deseos de fingir como Zack.

–Lo siento –susurró.

Una repentina sonrisa iluminó el rostro de Zack. Maldición, era feliz.

–Esto es increíble. Renuncié a sentir algo parecido cuando dejé de creer en Papá Noel –y, acto seguido se apartó, consciente de lo a punto que estaba de perder el control. Lo último que deseaba era borrar aquella suave mirada de confianza de los ojos de Anna–. Me deseo Feliz Navidad a mí y buenas noches a ti. Por desgracia, es hora de que sea un caballero.

Anna le dirigió una pequeña sonrisa trémula, todavía sensible a los sentimientos intensos y luminosos que danzaban entre ellos. Sabía que ella le importaba lo bastante para dejarla marchar cuando, en el fondo, quería retenerla. La sorpresa y la ternura la recorrieron como un manantial burbujeante.

–Entonces, buenas noches.

Anna giró sobre sus talones y salió con paso vacilante.

–¿Crees que habrá un «nosotros»? –preguntó Zack de improviso, cuando ella ya estaba atravesando el umbral–. Desde que caíste en mis brazos en ese supermercado de Providence, no puedo dejar de preguntármelo.

«Yo tampoco», pensó Anna. Pero se limitó a decir:

–Que descanses, Poli Romántico.

Inquieta y desvelada después de despedirse de Zack, Anna no pudo conciliar el sueño hasta las cuatro de la madrugada. No lograba olvidar que estaba a solas en la casa con él. Zack dormía justo debajo, y su cercanía la turbaba. Solo llevaba tres horas descansando, cuando la luz rosada del amanecer se coló por la ventana de su dormitorio y la despertó.

Por fortuna, no necesitaba dormir mucho. Se duchó y se puso unos pantalones cortos de color beige y una camiseta azul marina, dejándose el pelo suelto para que se le secara al aire. Con los ojos brillantes, y ansiosa por recibir el nuevo día, bajó a la cocina y se preparó su desayuno favorito: una lata de refresco de cola y azúcar moreno aderezada con harina de avena. Tarareó entre dientes mientras metía el cuenco en el microondas, y decidió salir al porche y desayunar en el balancín, a la espera de que Zack se despertara.

Anna empezaba a preguntarse si no habría cometido un error al presentarse con Zack para desalentar a Kyle, pero se sentía muy feliz. No había duda de que le estaba pasando algo, y parecía algo bueno. Disfrutaría del desayuno mientras revivía... el beso de la noche anterior.

Pero, al salir por la puerta principal, vio que el balancín del porche ya estaba ocupado.

Zack estaba sentado con los pies desnudos apoyados en la barandilla. Llevaba una camisa vaquera abierta por encima de unos pantalones vaqueros; parecía un Tom Sawyer desaliñado. La sorprendió la oleada de emociones que le inspiraba verlo, y fue incapaz de controlar la sonrisa tonta que afloró a sus labios. Dudaba que hubiera una mujer en el mundo a quien él hubiera besado y no dejado marcada eternamente. Era como una chocolatina, solo que más grande, más duradera, y generaba una fuerte adicción.

–Ya era hora –comentó Zack, sin desviar la mirada del amanecer–. Qué dormilona eres, mira que levantarte tan tarde... Estaba esperando a que

salieras a jugar conmigo.

Anna rio al ver que hablaba en serio.

–¿Cuánto tiempo llevas esperándome?

–Toda la vida –contestó Zack de inmediato, y desplegó una sonrisa angelical que eclipsaba el amanecer. Por fin, se permitió mirarla, algo que llevaba deseando toda la noche. Tenía el pelo mojado, y le dejaba manchas de humedad en la camiseta. Las piernas, desnudas, largas y bronceadas, parecían salidas de un anuncio de bronceador. La devoró con la mirada. Era ambrosía de ojos azules–. Bueno, ¿qué me dices? ¿Quieres jugar?

–Eso depende de en qué consista el juego –sonriendo, se acomodó en el balancín junto a él, sentándose sobre una pierna. Resultaba agradable, como si llevaran toda la vida compartiendo el balancín por las mañanas–. Nunca había conocido a nadie tan aficionado a los juegos.

–Hablas como el capitán Todd. Dice que los demás agentes del cuerpo son adultos, pero que yo solo lo aparento, ¿lo puedes creer?

La sonrisa de Anna creció.

–Puede que solo esté celoso de lo mucho que disfrutas de la vida.

–Me encanta cómo piensas. Verás, la vida es un camino muy corto de la cuna a la tumba, y siempre he creído que uno tiene que aprovecharlo al máximo. Todo depende de la actitud –Zack se deleitó con la increíble sonrisa de Anna, preguntándose si alguna vez sería inmune a ella. Para distraerse de aquellos labios sugerentes, recurrió a uno de sus juegos favoritos de la infancia–. He visto que tienes muchos tréboles en tu jardín. Tiene que haber algo de magia en alguna parte.

Anna se lo quedó mirando, con la cuchara en el aire. La noche anterior la había dejado con una interpretación muy erótica de la magia.

–¿A qué te refieres?

–A los tréboles de cuatro hojas, ¿a qué si no? –repuso, sonriendo, porque le había leído el pensamiento–. Son el mejor aliado de un policía, aparte de su arma. Termínate la avena, Anna. Vamos a cazar un poco de suerte.

La mañana era cálida, el aire suave y las flores del manzano flotaban a su alrededor. Aun haciendo memoria, Anna no recordaba haber jugado cuando era niña. Había madurado demasiado deprisa, y siempre había habido cosas de qué preocuparse aparte de la diversión. Por extraño que pareciera, desde que conocía a Zack, la vida entera le parecía un juego maravilloso. La satisfacción no provenía de jugar al ajedrez o de buscar tréboles de cuatro

hojas, sino de estar en su compañía. Zack poseía un encanto contagioso que transformaba el día a día en una gran aventura.

Anna perdió la noción del tiempo hasta que una conocida berlina de cinco puertas aparcó delante de su casa; en aquel momento, dejó de grabar sus iniciales en la corteza de su manzano con la navaja de Zack. Profirió un pequeño gemido al ver a Carrie apearse del asiento del conductor y a Kyle salir por la otra puerta. Davy y Frank emergieron de los asientos de atrás. Era demasiado temprano para un enfrentamiento, pero no había otro remedio. Al parecer, Kyle había reunido a la tropa.

–Santo Dios –dijo Zack, horrorizado, y clavó su mirada rencorosa en Kyle–. Es como uno de esos coches de circo del que no dejan de salir payasos. Tienes demasiados amigos, pequeña.

–Compórtate –le susurró Anna al tiempo que abría los brazos para abrazar a Carrie–. ¡Eh! ¡Cuánto tiempo!

–No puedo creer que hayas vuelto –dijo Carrie, y le devolvió el abrazo–. ¿Te lo has pasado bien en San Francisco? –sus sonrientes ojos castaños se posaron en Zack–. Vaya, vaya. No hay duda de que te lo has pasado bien.

–¿Ah, sí? –preguntó Anna, sin comprender. Pero al sentir el pisotón de Zack, se enmendó–. Ay. Sí, claro que sí. Bueno, conocí a Zack allí y, ya sabes como es eso. Los planes cambian.

Carrie sonrió a Zack y le tendió la mano.

–Te debo una si eres el motivo de que Anna volviera con tiempo de sobra para ayudarme con la boda. Soy Carrie Wagner.

–Zack Daniels –Zack prescindió del apretón de manos y abrazó fugazmente a Carrie. Era casi tan alta como él, con pelo corto de color caramelo y ojos de Bambi. Tenía las mejillas doradas salpicadas de unas pecas adorables, pero lo mejor de todo era que ella era la causa de su presencia en Grayland Beach–. Ya me caes bien. Vamos a ser amigos –en aquel momento, Kyle apareció ante su vista, impidiéndole ver a su nueva amiga e irritándolo sobremanera–. Vaya, el veterinario ha vuelto. ¡Yupi!

–Les he hablado de ti a mis amigos, Zack –repuso Kyle–. Quieren conocerte.

A juzgar por las miradas de recelo de los rostros que lo rodeaban, Zack imaginó que lo había retratado como un asesino en serie.

–Es demasiado pronto para un linchamiento. Me halaga ver lo ansiosos que estáis. ¿Sabes, Kyle?, anoche no me dijiste lo adorable que es tu prometida.

Kyle tuvo la delicadeza de sonrojarse.

–Anoche no tuvimos mucho tiempo para hablar. Pero tienes razón, Carrie es maravillosa.

–Eres un hombre con suerte –prosiguió Zack, enviando un mensaje inequívoco con sus ojos grises implacables–. ¿Por qué será que nunca valoramos lo que tenemos?

–Es demasiado temprano para grandes reflexiones –lo interrumpió Anna enseguida, y se interpuso entre ellos. Tomó la mano de Davy y lo arrastró al pequeño grupo–. Zack, no te he presentado a mis amigos. Este es Davy; es modelo de portada de novelas románticas. Está muy solicitado, por cierto. A las chicas les encanta, sobre todo, sin camisa.

–Por favor –masculó Davy–, no me hagas esto. Tenía curiosidad por verte, Daniels. Conozco a Anna desde que estaba en el instituto. Su padre era mi entrenador. Protección –declaró con un tono inconfundible de desafío–, eso es lo que aprendí de Carson Smith. Guárdate las espaldas, ese ha sido siempre mi lema.

–*Frank* –lo llamó Anna con desesperación, confiando en que la educación y la madurez de su viejo amigo suavizara la situación–. Te necesito.

Un hombre de pelo plateado, impecable polo de color melocotón y pantalones de pinzas avanzó y estrechó la mano de Zack.

–Estoy seguro de que Anna te ha hablado de mí –dijo con una voz grave y modulada de locutor de radio–. Me llamo...

–No, no, espera –dijo Zack, y sonrió de oreja a oreja–. Tú debes de ser el abogado.

–Soy juez –replicó Frank, en un tono que recordaba a Charlton Heston haciendo de Moisés–. El juez Franklin Archibald Carstairs.

–Pero antes de juez fuiste abogado, ¿no? –repuso Zack con inocencia–. Tengo un radar para los abogados, los reconozco a kilómetros. Bueno, ¿alguien quiere inspeccionarme la dentadura o comprobar si llevo ropa interior limpia? Podéis mirarme de la cabeza a los pies. Es lo que hicieron antes de aceptarme en la academia de policía, y pasé con muy buena nota. Hasta puedo pedirle a mi banco que os envíe un informe sobre mi credibilidad financiera.

Davy lanzó una mirada furibunda a Kyle, como si estuviera diciendo: «No es el engendro de Satanás que nos has hecho creer».

–¿Me has despertado un sábado por la mañana a las ocho solo para esto? ¿Para conocer a un policía del que no te fías?

–Esto es una pesadilla –dijo Anna con voz triste. Tenía las mejillas en llamas, y no era capaz de mirar a Carrie a los ojos. Carrie no era tonta; la preocupación de su prometido por Anna era demasiado personal para que ella no fuera más que una amiga–. Algún día tendréis que aceptar que ya soy mayor.

–Lo dudo –dijo Frank, mientras se quitaba una mota de polvo con delicadeza de los pantalones–. Para nosotros, siempre serás la pequeña y bonita Anna Smith. Kyle, creo que has exagerado; Zack parece normal y no el gigoló oportunista y rastrero que nos has pintado.

–¿Yo un gigoló oportunista y rastrero? –graznó Zack, y miró a Kyle con las cejas enarcadas–. Esa sí que es buena. Kyle, algún día tendré que prevenirte contra las consecuencias de irritarme. Y, para vuestra información, soy policía, no un gigoló, y no haría daño a Anna por nada del mundo.

Y, para demostrarlo, la besó.

No fue una maniobra apasionada, por decirlo así. Zack le puso la mano en la cintura para atraerla hacia él y la besó fugazmente en los labios sin disipar la sonrisa. A pesar de la espontaneidad de la caricia y de que solo era un gesto de cara a la galería, Anna sintió la corriente de deseo por todo su cuerpo.

Frank carraspeó con diplomacia, y contempló con fascinación el canalón que recorría el alero de la casa; Davy hundió las manos en los bolsillos y aplastó un diente de león con el zapato; pero Kyle estaba mirando con fijeza a Anna y a Zack, con la mandíbula contraída y una mirada sombría y dura. No se percató de que su prometida había reparado en su extraña reacción, ni de que su sonrisa se estaba esfumando.

–Bueno –dijo Anna cuando recuperó la voz–, ya que estáis aquí, podéis pasar a desayunar.

–Yo tengo algunas cosas que hacer esta mañana –dijo Carrie en voz baja–. Tengo que irme. Si los demás queréis quedaros...

–No, nos vamos contigo –Kyle giró en redondo con brusquedad y regresó al coche sin decir palabra. Carrie lo siguió con la mirada, y en su expresión se reflejó un intenso dolor.

–Zack, espero que disculpes a mi prometido. Es un buen tipo cuando no está a punto de casarse.

–Estoy seguro –dijo Zack con suavidad. Se inclinó y le plantó un beso a Carrie en la mejilla. Después, miró a Kyle, que estaba de pie junto al coche, y advirtió que el beso había captado toda su atención. Tanto mejor. El doctor

Doolittle necesitaba que alguien le abriera los ojos, y Zack Daniels era el hombre indicado. Le dirigió una sonrisa feliz y lo despidió alegremente—. Adiós, Kyle. Vuelve pronto, amigo mío.

Capítulo Seis

Podía deducirse mucho del comportamiento de un hombre en la frutería de un supermercado. Zack parecía disfrutar de la experiencia de comprar comida como de todo lo que hacía en la vida. Pequeñas o grandes, transformaba las actividades diarias y rutinarias en experiencias originales y placenteras.

–No se hacen juegos malabares con las manzanas –lo regañó Anna.

–Deberías correr algún riesgo de vez en cuando. Es emocionante.

–La gente nos mira...

–No veo a nadie –dijo Zack–. Y no permito que me quiten la diversión. Ahora, voy a enseñarte cómo hacer juegos malabares.

Anna terminó comprando trece manzanas magulladas al término de la lección. El resto de la compra era alta en calorías, colesterol y conservantes, y baja en sustancias nutritivas. También compraron un par de pizzas congeladas a petición de Zack. A los polis les encantaba la pizza, le aseguró a Anna. Eso, y litros y litros de café. Tenían fama de alimentarse de donuts, pero aunque eran un alimento preferente, necesitaban variar de vez en cuando.

Anna lo observó mientras salían al aparcamiento. El pelo negro agitándose suavemente al viento, los hombros poderosos tensando la tela de la camisa azul pálido, las caderas moviéndose con gracia felina... Ni siquiera con dos bolsas de la compra en sendas manos parecía un hombre hogareño, más bien, un personaje salido de un maravilloso sueño, una fantasía demasiado luminosa, demasiado encantadora, demasiado perfecta, para existir de verdad.

Parecía un héroe. Y, por el momento, era *su* héroe.

Cuanto más crecía la atracción que ejercía sobre ella, más se recordaba que debía vigilar su corazón. Había un gran abismo entre Anna Smith y Zack Daniels. Ella se moría de ganas por volver a casa todos los días; él no soportaba estar sin trabajar. Ella adoraba la seguridad; él ansiaba los retos. Todo aquello de lo que Anna había escapado hacía tanto tiempo era lo que Zack afrontaba de buena gana todos los días. De momento, él podía visitar su

mundo, pero sabía sin sombra de duda que jamás se quedaría en él.

No debía olvidarlo.

–Podríamos haber venido en mi coche –le dijo Zack, mientras colocaba las bolsas en la parte de atrás del Jeep–. Tiene espacio de sobra detrás de los asientos delanteros.

–Suficiente para las pizzas, por lo menos –repuso Anna con ironía–. Además, seguro que tu motor consume más gasolina para venir aquí que el mío para ir a la Costa Este y volver. No puede ser muy económico.

Zack carraspeó y eludió mirarla a los ojos.

–¿Te preocupa el dinero?

–Me preocupa la realidad. Cuando eres maestra de preescolar, tienes que aceptar un salario corriente a cambio de la satisfacción personal. En realidad, no me importa. Me las arreglo si me ando con ojo. Pero no puedo evitar contar los centavos –hizo una pausa y lo miró con curiosidad–. ¿A ti no te pasa lo mismo? Los policías entráis con los maestros en la escala de profesiones mal pagadas, ¿no? Sobre todo, teniendo en cuenta que os jugáis el pellejo todos los días.

Zack no quería arriesgarse a perder la intimidad que tenía con Anna diciéndole que sería casi imposible contar los centavos que tenía. Tampoco quería mentirle, así que decidió cambiar de tema.

Sonrió, giró limpiamente sobre sus talones y la inmovilizó contra la puerta del conductor. Atrapó las piernas de Anna entre las suyas y apoyó las manos en el techo de lona del Jeep.

–¿Sabes qué? Se me ocurren cosas mucho más divertidas que hacer que hablar de mi salario. ¿Por qué no jugamos?

–¿Otro juego? ¿Y cuál...?

No tuvo tiempo de decir más, porque Zack unió su boca a la de ella. Fue un beso rápido, rotundo y candente. Se besaron bajo un cielo sin nubes, y Anna sintió los labios de Zack moviéndose con avidez sobre los de ella, como un hombre hambriento. El beso avivó la pasión y la curiosidad que habían estado creciendo desde el momento que se habían conocido. Había gente alrededor, coches saliendo y entrando del aparcamiento, gaviotas graznando en el aire, pero pertenecían a otro mundo. Anna y Zack se abrazaban en su propio universo, y ella se aferró a sus hombros con fuerza repentina. La boca de Zack sabía a sol, cálida, fresca y brillante como el rocío de verano. No se había dado cuenta de lo mucho que había ansiado volver a sentir sus caricias.

Incontrolable y fulminante, el deseo la recorría como un torrente de chispas. El sol les bañaba el pelo, la piel, con su luz dorada, y Anna jadeó cuando Zack la apretó contra él y unió sus caderas a las de ella. Se amoldaban de maravilla, como si fueran la pieza del rompecabezas que había faltado desde siempre en sus vida.

Oyeron un claxon, después otro. Zack se apartó con suavidad, jadeando, con mirada sombría y profunda.

–Estamos llamando la atención, pero no sé si me importa.

Anna se recostó un momento en el Jeep para recuperar el equilibrio. De pronto, lo insólito de la situación la hizo reír.

–Vamos, Poli Romántico. No queremos que se nos derrita el helado. Ni los polos, ni...

–Entiendo –dijo Zack–. Algún día de estos, tendremos que ordenar tus prioridades.

Cuando regresaron a casa, los aguardaba una sorpresa.

Carrie había vuelto; su coche estaba aparcado delante de la casa. La encontraron sentada en el balancín del porche, con los brazos en torno a su pecho y una pequeña maleta a los pies.

–Oh–oh –dijo Zack–. Tenemos una crisis.

–Ese idiota de Kyle –masculló Anna, y abrió con fuerza la puerta del Jeep–. ¿Qué diablos ha hecho ahora?

Una vez dentro de la casa, los tres compartieron el sofá mientras Carrie se explicaba.

–He roto con él –dijo con rotundidad, mientras se secaba los ojos hinchados con un pañuelo de papel que Anna le había dado–. Discutimos y me fui. Hasta que no salí de su casa no me di cuenta de que no tenía adónde ir. Renuncié a mi apartamento cuando me mudé al suyo el mes pasado. Anna, siento mucho presentarme de esta manera, pero no sé a quién recurrir.

–Me alegro de que hayas venido –la tranquilizó Anna–. Y de que sintieras que podías venir.

–No quiero causarte molestias. Y estoy interrumpiendo tus días con Zack...

–En absoluto –dijo Zack en tono alegre–. Créeme, tú no causas ninguna molestia. Ahora bien, si fuese Kyle quien se hubiera presentado aquí, eso habría sido otra...

–Zack –Anna lo cortó mirándolo con ojos entornados y, después, se volvió hacia Anna–. ¿Por qué habéis discutido?

–Por ti –dijo Carrie con una vocecita desolada. Zack y Anna se miraron con los ojos muy abiertos.

–¿Por mí? –chilló Anna–. ¿Por qué por mí?

–Anna, no estoy ciega. Sabía que Kyle se estaba poniendo muy nervioso con la boda. Hace tantos años que es soltero que está buscando cualquier excusa con tal de dar marcha atrás. Como su mejor amiga es, además, una mujer muy hermosa, se ha distraído fantaseando sobre ti. Cuando Zack te besó delante de todos, se puso histérico. Ya no podía seguir engañándome, ni fingiendo que no me importaba.

Anna se ruborizó hasta las orejas.

–Carrie, yo nunca...

–Sí, ya sé que nunca has pensado en él como algo más que un amigo –se adelantó Carrie, desechando la idea con un ademán–. No te culpo lo más mínimo. Es que pensé que se le pasaría, y no es así. Duele mucho verlo así, Anna. Si es tan tonto que no sabe lo que quiere, me retiro.

–Lo siento mucho –dijo Anna con desolación–. No sé qué decir. Los hombres son idiotas.

–Ejem –dijo Zack, que estimaba necesario señalar que no todos los hombres eran idiotas–. Dejemos de criticar a los hombres en general y centrémonos en criticar a Kyle, ¿de acuerdo? Te mereces algo mejor, Carrie. Puede que ahora que te has ido, se dé cuenta de cuáles son sus prioridades. ¿Quieres que vaya a su casa y le dé una paliza? –Anna le lanzó dagas con la mirada, y se excusó–. Solo intentaba ayudar, *cariño*.

Carrie se encogió de hombros y se sonó la nariz.

–No hay ayuda posible; hemos terminado. Anna, si pudiera quedarme aquí unos días hasta que encuentre apartamento...

–Por supuesto que puedes –le dijo Anna con suavidad–. Todo el tiempo que necesites.

Carrie abrazó fugazmente a su amiga, y las lágrimas volvieron a desbordarse.

–Ya lo echo de menos. El amor es horrible, horrible... Estoy tan confundida. Anna, Zack y tú ni siquiera sabréis que estoy aquí. Ocuparé la habitación más alejada de la vuestra. Salgo muy temprano de casa, así que podréis dormir hasta tarde. Cuando os levantéis, ya me habré ido.

Silencio. Con sobresalto interior, Anna comprendió que estaba atrapada. Carrie daba por sentado que estaba durmiendo con Zack. Miró a Zack y este la miró y se encogió de hombros. Aun así, no parecía contrariado; de hecho, los ojos le brillaban con regocijo.

–No te preocupes por nada, Carrie –alcanzó a decir Anna–. Nos encantará tenerte con nosotros.

–Desde luego –la secundó Zack–. Y, como has dicho, Carrie, nuestra habitación está al final del pasillo, así que tendremos toda la intimidad que necesitamos. ¿No es así, Anna? *Nuestra* habitación está bastante aislada.

Anna tuvo que reprimir el impulso de arrojarle algo. Con los dientes apretados, masculló:

–Lo que tú digas, Zack.

Zack miró a Carrie sonriendo de oreja a oreja.

–¿Lo ves? Esta situación va a tener un desenlace armonioso; lo sé.

La casa de Anna empezaba a parecer una posada. Estaban terminando de cenar cuando oyeron unos golpes en la puerta principal, combinados con unos timbrazos simultáneos.

–Kyle –dijo Carrie de inmediato, muerta de pánico–. Reconocería su forma de llamar en cualquier parte.

–No os preocupéis, chicas –Zack separó la silla de la mesa con un brillo de expectación en la mirada–. Yo me encargo de esto. Tengo mucha experiencia en disputas domésticas.

Varios momentos después, Kyle entró detrás de Zack en la cocina.

–No quiere irse –les explicó Zack, y se encogió de hombros–. Como he prometido portarme bien, quería pedirle primero permiso a Carrie antes de echarlo. Carrie, ¿puedo echarlo, por favor?

Kyle ni siquiera dio señales de haber oído la cháchara de Zack. Tenía toda su atención puesta en Carrie.

–Quiero que vuelvas a casa, Carrie –dijo en voz baja–. No podemos hablar aquí.

–No tengo casa –repuso Carrie, y tomó un sorbo de agua con naturalidad–. Mañana, empezaré a buscar apartamento. Anna, la cena está deliciosa. Tienes que darme la receta de la ensalada.

–¡Por el amor de Dios! –Kyle miró a Anna–. Dile que me escuche.

Ayúdame.

–Todo esto es culpa tuya –repuso Anna con frialdad, pinchando un trozo de lechuga con el tenedor–. Y es entre Carrie y tú.

–Me lo estoy pasando en grande –interpuso Zack en tono dichoso–. En Grayland Beach ocurren cosas todos los días. Es un lugar muy entretenido, tan divertido como Los Ángeles.

–Tenemos que hablar, Carrie –insistió Kyle con obstinación, y un músculo palpité en su mandíbula–. Estás exagerando.

Durante un momento, Carrie se limitó a mirarlo con fijeza. Después, volvió a centrarse en la comida.

–No estoy exagerando. Me he quitado la venda de los ojos, nada más. Vete, Kyle.

–No he hecho nada malo –dijo Kyle.

–Estás respirando –murmuró Zack, con su mirada angelical clavada en el techo, mientras se mecía sobre los talones. Kyle se volvió hacia él.

–Otra guasa más...

–¡Ya basta! –Anna se puso en pie, agarró a Zack de la camisa y lo obligó a sentarse–. Kyle, ya es hora de que te vayas. Carrie no quiere hablar contigo.

–¿Por qué diablos no me ayudas? –inquirió Kyle–. ¿No sabes lo que está pasando? ¡Todo se ha ido al carajo! ¿Por qué soy el único al que le importa?

–Seguramente –dijo Anna con voz tensa–, porque ha sido culpa tuya. Vete a casa y medita sobre eso, Kyle. No tienes derecho a estar furioso. Ningún derecho.

–Ninguno –repitió Carrie, y bajó los párpados para que Kyle no viera las lágrimas que le inundaban los ojos.

Lo que en principio había sido una situación delicada se había convertido en una ironía monumental.

Como guerreros enfrentados, Anna y Zack estaban de pie cada uno a un lado de la cama. Acababan de darle las buenas noches a Carrie y se habían alejado por el pasillo agarrados de la mano.

–Esto es de mentira –le había susurrado Anna–. No es real.

–Por supuesto –había repuesto Zack en tono angelical. Últimamente, tenía la impresión de que su hada madrina hacía horas extras, y estaba sumamente agradecido–. No tienes por qué preocuparte, cariñito.

En aquellos momentos, Anna afrontaba las consecuencias de su ingeniosa farsa. No le extrañaba que: «No darás falso testimonio» fuera uno de los diez mandamientos. Mentir creaba muchos problemas.

–No me mires así –le advirtió a Zack–. No te atrevas.

–Así, ¿cómo?

–Como si estuvieras disfrutando de la situación.

–Y estoy disfrutando –dijo Zack en tono defensivo. Después, la miró con atención y decidió dejar de atormentarla. La pobre Anna tenía la misma expresión de pánico que en Appleton’s antes de desmayarse–. Anna, a estas alturas ya deberías saber que puedes confiar en mí. Jamás me aprovecharía de una situación como esta –la sinceridad lo obligó a matizar–. Querría aprovecharme, como es lógico. Pero me contendría.

Los pensamientos de Anna iban en diez direcciones al mismo tiempo. No era lo bastante mujer para reconocer que ella también había pensado en las posibilidades íntimas de compartir habitación con Zack. Sabía que era susceptible a su atractivo moreno y encanto rebelde. Ninguna mujer con sangre en las venas sería inmune a él.

Y allí estaban los dos, con una cama entre medias y una larga noche por delante.

–Ya sé lo que vamos a hacer –sugirió Zack con suavidad cuando Anna se mantuvo sesenta segundos sin ni siquiera pestañear–. Te noto un poco recelosa. Como un corderillo que se viera obligado a compartir su cama con el lobo malo.

–Eso es absurdo –murmuró. «Pero cierto».

–¿Te preocupa que intente alguna maniobra?

–En absoluto –«por supuesto».

–Entonces, ¿qué tal si te doy un beso de buenas noches y nos acostamos? Eso eliminará la tensión, y así podremos dormir. Dormiré con toda la ropa puesta. Te aconsejo que también te pongas algo, pero eso depende de ti.

Anna se mordisqueó la uña mientras lo miraba. La sugerencia era ridícula, pero tenía sentido. Si quitaban hierro al asunto, la tensión sensual podría disiparse. Un beso y a dormir. A la mañana siguiente, comprendería que sus miedos habían sido infundados. Volverían a ser amigos, camaradas.

«Ja».

–Jamás te haría daño –dijo Zack en voz baja. No se le ocurría ninguna razón por la que Anna pudiera creerlo, pero esperaba que lo hiciera. Sin saber por

qué, sus necesidades emocionales se anteponían a las físicas—. ¿Qué puedo hacer para convencerte?

—Puedes seguir siendo mi amigo mañana por la mañana —susurró Anna—. Solo mi amigo. No estoy preparada para nada más, Zack. En parte, me gustaría, pero no estoy preparada.

Los ojos de Zack se oscurecieron con una emoción casi dolorosa.

—Si es eso lo que quieres de mí, Anna, eso te daré. Amistad.

Si era sincera consigo misma, Anna sabía que quería muchas más cosas de Zack. Pero todavía no. No aquella noche, cuando estaban solos en su dormitorio por las circunstancias y una mentira monumental.

—Mi héroe —acertó a decir, con una sonrisa trémula—. Entonces, dame un beso de buenas noches.

Zack se quedó paralizado momentáneamente. Anna confiaba en él. Sin embargo, él ansiaba ir más allá de un simple beso, así que no resultaría fácil. Tener la confianza de una persona daba un cariz distinto a la situación. Exigía algo de él, algo más allá de sus propios deseos.

Era una sensación nueva, pero no desagradable.

Después, no recordaba haber rodeado la cama; solo supo que tan pronto estaba lejos de ella como la estaba envolviendo en sus brazos con suavidad y ternura. No pudo detenerse a hablar, ni siquiera a sonreír, para no perder la concentración. Estaba caminando sobre la cuerda floja de su autodomínio.

Buscó sus labios y la apremió a abrirlos con delicadeza, como si fuera un manjar exquisito que estuviera saboreando por primera vez. Tocó el interior de su boca con la lengua, y oyó su brusca inspiración. Pensó que nada le había gustado tanto en toda su vida como aquel beso, y todo su mundo se redujo a aquella boca de seda y raso. La cautela se transformó en avidez fiera y frenética sin pedir permiso. El cuerpo de Anna le parecía menudo, delicado, y percibía el calor de su piel a través de la ropa. La besó, bebió de ella en profundidad y, después, le acarició el rostro, el cuello, el pelo con dulce incredulidad. Se alimentaba de ella y ella de él, unidos por la desesperación. No supo cuánto tiempo permanecieron fundidos, cuántos besos le dio ni cuántos le devolvió ella. Tal vez fuera un minuto, diez, o más. Anna apretaba las caderas con fuerza contra las de él y respiraba con dificultad. La adrenalina corría a raudales por las venas de Zack. Sabía que estaba en apuros, y los apuros jamás lo habían asustado tanto como en aquel momento.

Anna cerró los párpados, pero Zack hizo un esfuerzo por abrir los suyos.

Fortaleza, se dijo. Esa era la clave. Con los labios todavía unidos a los de ella, clavó la mirada en la lámpara de estilo modernista de la mesilla de noche. «Bombilla», pensó, «cristal ahumado, cadena, flecos rojos». Aquellos pensamientos debían distraerlo, pero era mucho esperar de una simple lámpara. Si besar a Anna minaba de aquella forma su voluntad, ¿qué efecto tendría dormir ocho horas seguidas en el mismo colchón, a su lado?

Entonces, volvió a cerrar los ojos y dejó de pensar. Era humano, y había cosas que parecían escapar del reino de lo real. Sin saber cómo, acabó sentado en la cama con ella. El corazón le dio un vuelco al percatarse del poco dominio que tenía. Se levantó tan deprisa que Anna cayó de espaldas sobre la cama con una pequeña exclamación.

–Lo siento, lo siento, lo siento –murmuró Zack, deseando que hubiera una tercera persona en el dormitorio para que le impidiera físicamente volverla a besar. Solo podía fiarse de sí mismo, y no se sentía fiable—. Anna, aunque no lo parezca, no lo había planeado. Dime que duerma en el armario y lo haré. Dime que me prepare la cama en la bañera y lo haré. Prometo no volverte a tocar.

Con suavidad y mirada ansiosa en sus ojos grandes y tristes, Anna dijo:

–¿Nunca más?

–Diablos, no. Es una promesa de ocho horas, pequeña –después, al ver la expresión de su rostro, suspiró—. Me tomas el pelo. El burlador ha sido burlado.

–Sí –reconoció Anna, y sonrió un poco—. Te estaba tomando el pelo, Poli Romántico. ¿No lo ves? Confío en ti, Zack. Es difícil, pero no imposible. No podría bromear si creyera que mi virtud corre peligro.

Zack dio un triple salto mortal en la cabeza.

–¿Cómo? ¿Qué has dicho sobre tu virtud?

Anna se incorporó en la cama y apoyó las manos para sostener su cuerpo trémulo.

–He dicho que no me preocupa perder la virtud en mitad de la noche. ¿Estás bien?

–Claro. No. No lo sé. Es que... estoy sumando dos más dos y... ¿Entonces... nunca has...? ¿Sigues siendo...?

–Virgen –declaró, e hizo una mueca—. ¿Qué puedo decir? Supongo que soy muy quisquillosa –se hizo el silencio, pero era ensordecedor. Por fin, Anna se puso en pie y paseó la mirada con incertidumbre por la habitación. La magia

había desaparecido, y en su lugar quedaba el bochorno—. Bueno... Debería dormir un poco. No tienes por qué pasar la noche en el armario, Zack. Confío en ti. Aunque parezca mentira, es de mí de quien no me fío ahora mismo.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó Zack con suavidad, y le tocó el brazo.

—Buena pregunta —bajó la mirada—. Supongo que... que siempre he sabido lo que es bueno para mí y lo que es peligroso. Lo que me asusta es que empieza a no importarme correr riesgos.

—No soy un mal tipo —repuso Zack en voz baja.

—Lo sé, Zack —Anna sonrió débilmente—. Soy yo. Siempre he sabido lo que necesito para ser feliz. Soy una mujer chapada a la antigua. Me gusta lo predecible y lo seguro, pero tú... Tú eres como una tormenta de verano. Aquí en la costa son increíbles. Rápidas, inesperadas, asombrosas... y se van tan pronto como llegan. No eres bueno para mí. Además, creo que tú lo sabes tan bien como yo.

¿Qué podía decir? Zack la comprendía perfectamente. Sabía lo que era y lo que no era pero, Dios, ¡cómo la deseaba! Por fortuna, había aprendido de los errores de su padre y no quería ofrecer a nadie nada más de lo que era capaz de dar.

Se dio la vuelta en un caos de emociones. La necesitaba con su cuerpo y con su alma. En aquellas circunstancias, dejarse llevar por aquella necesidad sería un acto de puro egoísmo.

—Voy a bajar a tomarme una copa —murmuró—. Volveré dentro de un rato.

—Zack...

—No —no podía arriesgarse a mirarla y a perder su resolución—. No digas nada más, Anna. Déjame ir.

Capítulo Siete

«Déjame ir».

Anna se pasó la noche oyendo el eco de aquellas palabras. Durmió a intervalos y, de madrugada, cuando se despertó, vio a Zack durmiendo precariamente en el borde opuesto de la cama, no solo completamente vestido sino encima de la colcha. No quería correr riesgos para no romper su palabra. Por primera vez desde la muerte de sus padres, Anna se sintió valorada. Su corazón se retorció en todas direcciones al tiempo que una extraña aceptación se adueñaba de su alma. Le estaba pasando algo... o quizá le hubiera pasado ya y estaba empezando a comprender lo que era.

Se levantó de la cama y sacó una manta del armario del pasillo para cubrirlo con ella. No podía ver el rostro de Zack en la oscuridad, pero respiraba de forma irregular, como si sus sueños no fueran agradables. Sin saber por qué, cuando regresó a la cama también se tumbó sobre la colcha y se cubrió con la manta. Aunque no lo tocó, permaneció lo bastante cerca de él para sentir el calor de su cuerpo.

Acurrucada en su lado de la cama, se quedó contemplando cómo dormía. Sus pensamientos eran profundos y melancólicos, la lucha de una mujer con su cabeza y su corazón. Sabía que las horas nocturnas menguaban, que cuando saliera el sol, aquella extraña quietud, aquel rato de introspección, se perdería. ¿Lo vería dormir alguna otra vez? Nada era permanente; había aprendido esa lección a una edad muy temprana. Tanto si sonreía y amaba como si cerraba los puños y derramaba lágrimas de frustración, la noche pasaría. No se perdería en el olvido, tal vez, pero pasaría.

Notó los gélidos tentáculos del miedo oprimiéndole el estómago. Sin una decisión consciente, cerró la mente a todo menos a Zack. Con deliberación, alargó una mano y la apoyó con suavidad sobre su sólido pecho. Debía de tener el sueño ligero, porque abrió los ojos de inmediato.

Volvió la cabeza hacia ella y formuló una pregunta somnolienta con la

mirada. Al mirarla a la cara, adivinó la respuesta. No había dudas en la expresión en sombras de Anna, solo una paz serena que disolvía su determinación. El pánico lo dominó.

–Anna...

–Calla –susurró, y le cubrió los labios con dos dedos–. No hables, Zack.

Los ojos de Zack adquirieron un brillo distinto al mirarla. Le besó los dedos, tomó su mano y le besó la piel sensible de la palma. Tenía los músculos tensos de deseo. Ya no le importaba si aquello estaba bien o mal, era vital para él hacerla suya, tan vital como el agua y el oxígeno. Quizá fuera la mente abotargada por el sueño, o por el whisky que se había tomado antes de regresar al dormitorio, pero estaba flotando en una nube de deseo. No quería pensar; en aquel momento, no. Quería sentir.

Anna llevaba una especie de pijama que parecía ropa interior térmica, y tenía el pelo desparramado por la almohada y en torno al rostro y al cuello, como un precioso marco de terciopelo. Aunque se pusiera un camisón de tela de saco, su belleza no mermaría. Ni el ansia de Zack.

Tumbado de costado frente a ella, Zack alzó una mano, casi como si estuviera en trance, y le acarició el pelo, sorprendiéndose de su frescura y suavidad. ¿Como podía haber algo fresco en aquella habitación cuando él se estaba abrasando vivo?

Los ojos de Anna brillaban como zafiros en su rostro en sombras. Zack los escrutó, pero no vio rastro de pesar ni vacilación. Se sentía como un colegial inexperto a quien acabaran de conceder un deseo. Temblando un poco, se apoyó en un codo y le besó la frente con suavidad. Permaneció con los ojos cerrados, el corazón desbocado, acariciándole la piel con su aliento. Sintió el pecho de Anna ascender y descender con un trémulo suspiro. Al mirar su rostro, la sorprendió observándolo con mirada turbadora de amor. Sin apartar los ojos de ella, la besó con suavidad en los labios. El beso fue casto en un primer momento, pero no tardó en dar paso al frenesí. La besó una y otra vez, buscándola con las manos, saboreándola con la boca, sin dejar de desear más y más. Su ansia creció casi de inmediato, no podía mantener el ritmo. Tenía el rostro en sus manos, y la sujetaba contra su ávida boca.

Anna jadeaba, pero no había oxígeno en la habitación. Estaba mareada, y en su vientre sintió algo que se retorció, tensaba y ardía a la vez. Con manos nerviosas, retiró la tela de la camisa arrugada de Zack, anhelando sentir su piel. Recorrió las curvas de su pecho, los planos sólidos. Jamás había

deseado a un hombre antes de aquella noche, su cuerpo no se había sentido tentado jamás, ni tan ansioso de ser llenado.

Hasta aquel momento. Hasta la llegada de Zack, con sus inquietos ojos plateados y sonrisa dulce y rebelde. ¿Cómo podía haber vivido tantos años sin aquello?

Estaba retorciéndose sobre la cama, empujando con impaciencia la manta. Tenía demasiada ropa encima, incluido su horrible pijama. ¿Qué le había hecho pensar que cubriendo su cuerpo cubriría su deseo? Había cosas que no podían cambiarse, ahogarse o ignorarse. No controlaba todo y jamás lo haría. Aquella lección no estaba exenta de alivio.

El corazón de Zack estaba fuera de control. Jamás había sido así, jamás. La luz de la luna se reflejaba en los cabellos de Anna, confiriéndole un resplandor etéreo. Los pétalos de rosa de su boca estaban húmedos y hinchidos, y se abrían con cada jadeo que emitía. Le devolvía la mirada sin miedo, y Zack vio algo en su expresión que no había advertido antes: una suave entrega. Se estaba ofreciendo a él libre y voluntariamente. No habría marcha atrás.

—Anna...

—No... —de nuevo lo acalló con una trémula sonrisa. No quería hablar. Le rodeó el cuello con los brazos y apretó la cabeza contra su pecho. Sus senos ansiaban las caricias de Zack. Lo deseaba por todas partes, con todo su cuerpo. Empezó a mover las caderas sobre el colchón. La naturaleza la guiaba, y ella disfrutaba de cada segundo.

Como si le hubiese leído el pensamiento, las manos ávidas de Zack le quitaron la camiseta holgada del pijama y buscó con las palmas las cálidas y llenas curvas de sus senos. Tenía los pezones duros como guijarros, y el corazón le latía con desenfreno bajo su delicada piel. Siguió a sus manos con la boca, y la acarició con los labios y con la lengua, trazando círculos ardientes en torno a sus pezones. Bajó las manos a su cintura, donde volvió a encontrar el condenado pijama. Se desembarazó de la prenda con impaciencia y la arrojó contra la pared. El ansia resultaba dolorosa. Su propia ropa lo ahogaba, lo frustraba.

Se apartó de ella un momento, y Anna sonrió al ver cómo se sacaba la camisa por la cabeza con brusquedad, sin intento alguno de parecer sensual. Apareció con el pelo revuelto y una media sonrisa tímida. Se despojó de los vaqueros con las mejillas encendidas. ¿Qué había sido de su aplomo, de la

fluidez que lo caracterizaba? Ni toda la experiencia del mundo podría haberlo preparado para aquella noche con Anna.

Anna gimió con placer y sorpresa cuando Zack regresó a su lado, piel sobre piel. Nunca en la vida había dejado de lado la razón. Había estado a punto en varias ocasiones, pero el miedo a ceder el control siempre había mantenido en pie las barreras físicas y emocionales con las que se resguardaba del mundo. Aquella noche, no había paredes; el ansia desenfrenada la sorprendía tanto a ella como a Zack. Tenía sus enormes ojos dulces ardientes de pasión.

Zack la miró con la mandíbula contraída por el anhelo. Su deseo empezaba a pasar del placer al dolor. La escalada nunca había sido tan intensa ni tan rápida. Sus amoríos no habían sido más que un juego, y los juegos solo procuraban una diversión limitada. Amar a Anna no era un juego.

Paseó la mirada por su rostro, por su boca, por su cuerpo. Sus senos en sombras lo tentaban como el canto de una sirena, su piel perfecta resplandecía con humedad dorada y cálida. La amaba con las manos y con los labios por todas partes. A su vez, ella lo cubría con besos ávidos allí donde alcanzaba a darlos.

Zack se colocó sobre ella con un movimiento fluido y ardiente, sujetándole el rostro para darle un beso interminable. Sus cuerpos se amoldaron el uno al otro, pecho contra pecho, muslo contra muslo. Cuando se apartó, fue para contemplar la hermosa creación de su deseo. Anna tenía los ojos abiertos de par en par, oscurecidos por la pasión, la boca entreabierta, y las manos fuertemente cerradas sobre los hombros de él. Zack no sabía lo que había hecho para merecer aquella entrega.

—¿Ahora? —preguntó Anna con suavidad, y aquella palabra zarandeó todo su mundo.

Zack por fin comprendía lo que era amar con amor. La plenitud que una mujer en concreto, la mujer apropiada, le procuraba a un hombre era casi más de lo que podía soportar. El amor y el sexo siempre habían sido cosas distintas para él, el primero siempre inalcanzable y el segundo tan accesible que había dudado de su valor.

Pero amar con el corazón además de con el cuerpo era una revelación, un calor tierno que se concentraba en su entrepierna y se dispersaba por su alma con suavidad. Zack comprendió con sobresalto que aquella noche también era su primera vez.

La naturaleza sabía cómo unir a un hombre y a una mujer, y Anna intuía lo

que debía hacer. Dejó que Zack apoyara las caderas sobre las de ella, mientras le hundía las uñas en la espalda como si fueran las garras de un minino. Había dolor y había placer, y vacíos deseosos de ser llenados. Para Anna, lo único que se oía en la habitación era el jadeo de Zack y el fragor de su propio corazón.

Elevó las caderas a modo de invitación, moviéndose lánguidamente sobre las sábanas. Zack le separó un poco más las piernas y la besó casi con aspereza. Había perdido el poco control que poseía. Un largo mechón de pelo cobrizo se enredó entre sus labios y lo apartó con impaciencia. Anna le devolvía los besos con idéntica urgencia, pero los besos ya no bastaban, y los dos lo sabían.

Jadeando, Zack le sujetó los cabellos a ambos lados de la cabeza con los puños cerrados. La miraba a los ojos con intensidad. Ella abrió aún más las piernas. Al ver que vacilaba, se elevó un poco hacia él, tan anhelante que creyó enloquecer. Debía de haber algo, una cura para aquella ansia.

La posesión de Zack fue lenta y reverente, una caricia en sí misma. Anna lo sujetaba y absorbía el poder apenas contenido de sus músculos mientras lo tomaba cada vez más dentro. Zack la inició con movimientos sinuosos de las caderas, mientras los músculos de sus brazos se contraían a cada lado de su cuerpo febril y femenino. Y, aun así, no hubo palabras. Se comunicaban con jadeos, murmullos y miradas intensas. Anna descubrió de cuánta paciencia era capaz Zack, y Zack descubrió que la inocencia de una mujer era un afrodisíaco arrollador.

Hubo un momento en que sus cuerpos se tensaron y detuvieron en silenciosa euforia, ambos deseosos de prolongar el placer tanto como fuera humanamente posible. Aun así, nada duraba para siempre, por mucho que quisieran aferrarse al momento. Zack gimió y empezó a moverse otra vez, yendo al encuentro de las embestidas instintivas de Anna, hundiéndose en ella.

El placer creció aún más y, después, el frenesí dominó a Anna. Sintió el rastro fresco de las lágrimas en las mejillas mientras su cuerpo gemía con una liberación de otra índole. Era una unión de cuerpos y almas, un hermoso poema y un misterio interminable. Jamás había imaginado nada tan sagrado y renovador como aquello.

Profundamente conmovida, Anna descubrió que una vez no bastaba para una mujer de veintiséis años que llevaba esperando toda la vida al amor. Por fin, estaba donde debía estar. Y, a su vez, le demostró a Zack que dos veces eran

posibles para un hombre... con un poco de incentivo de una principiante con una gran disposición de aprender.

Después, tuvo otra revelación. Y en las sombras del dormitorio, exhaustos y flotando en una nube de placer, yacieron abrazados mientras el mundo aguardaba su regreso. Anna pensó que el momento era un milagro en sí mismo, un pequeño espacio de tiempo en el que sus cuerpos estaban unidos y en reposo. Tenía los ojos muy abiertos, y contemplaba el techo con callado asombro.

De modo que aquello era el Cielo, el lugar situado más allá de la pequeña muerte del amor.

Capítulo Ocho

Cuando Zack abrió los ojos horas más tarde, por la mañana, Anna no estaba en la cama. Pero había dejado una nota escrita con lápiz de labios rojo en el espejo. *Buenos días. Ven a buscarme.*

No iba a ser difícil encontrarla, porque la oía trajinar en la cocina. Miró más allá de la nota a su propio reflejo e hizo una mueca. No estaba muy favorecido aquella mañana y, para colmo, tenía un chupetón en el cuello. Ah, si los chicos de la comisaría lo vieran en aquellos momentos...

Y, hablando de sus compañeros de Los Ángeles, Zack cayó en la cuenta de que no había dado señales de vida desde que se había ido de California. El capitán Todd iba a mantenerlo informado sobre la recuperación de Pappy y la captura de su tirador. Sintiendo un poco culpable por haber olvidado su vida en Los Ángeles, Zack descolgó el teléfono de la mesilla y marcó la extensión del capitán. Cuando contestó, estaba tan irritable como la última vez que Zack había hablado con él. Había cosas que nunca cambiaban.

—¿Qué? —ladró Todd. Tanto si hablaba con el gobernador como con uno de los novatos, su tono siempre era el mismo. Cascarrabias.

—Capitán, está feliz y contento, como siempre. Es usted el sol de mi vida. ¿Qué hay de nuevo?

—¿Daniels? Daniels, ¿eres tú? Te dije que llamas todos los días. ¿Dónde diablos te habías metido?

—Eh, me dijo que desapareciera... señor —después, se le pasó una idea horrible por la cabeza—. ¿Por qué? ¿Es que ha intentado localizarme? ¿Se encuentra bien Pappy? Estaba mejorando cuando me fui...

—Pappy está recuperándose. Hasta ha venido a trabajar un par de horas esta mañana, contraviniendo las órdenes del médico. Es demasiado responsable. Da miedo pensar lo mucho que os parecéis. Bueno, dime, ¿dónde estás?

Zack decidió eludir la pregunta.

—Perdido, lejos, muy lejos de Los Ángeles. Y, además, me gusta estar así.

–Pues no te apegues demasiado a tu libertad –le dijo Todd con brusquedad–. Hemos atrapado al tarado que le pegó dos tiros a Pappy. Ahora, ya no me preocupa que quieras hacer de Llanero Solitario así que, despídete de tus vacaciones, haz la maleta y vuelve aquí.

Zack se quedó inmóvil un momento. «Vuelve aquí». No había esperado oír aquello; al menos, no tan pronto. Se le paró el corazón.

–¿Qué te pasa? –gritó Todd, impaciente–. Acabo de eximirte de tu exilio. Puedes volver a casa, Daniels. Te pondré a trabajar en cuanto pongas el pie en la comisaría. Deberías estar dando botes de alegría.

Zack no se sentía alegre, sino enfermo.

–No puedo irme –dijo con voz entrecortada–. Todavía no. Tan... tan pronto, no.

Se oyó un silencio incrédulo en la línea.

–¿Estoy hablando con Zack Daniels? –bramó el capitán con perplejidad–. ¿El pesado de...?

–Sí –le espetó Zack, pasándose la mano por el pelo con impaciencia–. Soy Zack Daniels, y hace cuatro años que no me tomo unas vacaciones, capitán. ¿No cree que ya era hora de que me tomara un descanso?

–¿Estás tomando algún medicamento? ¿Tienes fiebre?

–¡Estoy bien! Pero todavía no estoy preparado para volver a enfundarme la pistola. ¿Qué problema hay?

–El problema –dijo Todd, en el tono paciente de quien habla a un niño pequeño– es que eres poli y necesitas volver a casa y hacer de poli. Para eso te pagan los ciudadanos de California.

–Capitán, deme un poco de margen, ¿vale? No quiero darle explicaciones y tampoco quiero volver a casa.

–¿Nunca más?

–Por supuesto que no. Volveré, pero no hasta que... –hizo una pausa y cerró los ojos, exhausto. ¿Qué podía decir? ¿Que volvería cuando le apeteciera?–. Oiga, ¿me necesita para algo en concreto? Porque si se trata de rutina, le agradecería que me diera un poco más de tiempo.

–Santo Dios –dijo Todd–. Voy a emitir una orden de búsqueda. No puedes ser Zack Daniels.

–Muy gracioso. Volveré pronto. Sé que tengo responsabilidades y me ocuparé de ellas, pero necesito algún día más. Puede que... otra semana.

–Espera un momento –dijo Todd–. Tengo que averiguar si las ranas crían

pelo de repente.

Anna estaba cocinando.

Estaba preciosa cuando cocinaba, pensó Zack. Llevaba un quimono azul de seda del mismo color de sus ojos, y unas pantuflas festivas con forma de conejito y pompones en los talones.

–Eh, hola –le dijo Zack con suavidad desde el umbral.

Anna se dio la vuelta y a su rostro afloró una sonrisa deslumbrante. Su melena giró con ella, centelleando a la luz del sol. Estaba bañada en luz, pensó Zack. Tan bonita... Tenía la piel limpia y translúcida, como si brillara desde dentro. No llevaba ni rastro de maquillaje, y tampoco lo necesitaba.

–Eh, hola –respondió. Tenía la mano enfundada en una manopla y la levantó con alegría–. Cuánto tiempo. Casi treinta minutos.

Entonces, Zack reparó en otro detalle. Anna tenía lágrimas en los ojos. Se le subió el corazón a la garganta; atravesó en un pispás la cocina y la agarró por los hombros.

–¿Anna, estás llorando? Estás llorando. ¿Qué pasa?

–Nada, estoy bien –le dijo, conmovida por aquella intensa reacción–. No suelo llorar cuando estoy triste, pero las lágrimas fluyen a raudales cuando soy feliz. Ya sé que soy rara. Rara y feliz.

–Entonces... –Zack luchaba por comprender, mientras la abrazaba con fuerza–. ¿Tengo yo la culpa? Pero no es malo, ¿porque son lágrimas de felicidad?

–Exacto –dijo, con la voz amortiguada por el pecho de Zack–. Te estaba preparando mi famoso pastel de crema agria para desayunar y, de repente, han empezado a caerme lagrimones.

–Bueno, si lloras porque eres feliz, no tendré que matar a nadie.

Ella se apartó y lo miró con curiosidad.

–¿Harías eso?

–Sí –dijo, sin vacilación–. Si alguien representara una amenaza para ti, sí.

–Vaya –Anna le rodeó el cuello con los brazos y le plantó un beso en la barbilla–. Entonces, tendré que andarme con cuidado.

–Y tanto –corroboró Zack con docilidad y un gran suspiro–. Soy muy susceptible en todo lo referente a ti. Tócame con delicadeza o... Mejor dicho, tócame a secas –sonrió de oreja a oreja, haciendo gala de su acostumbrada

fanfarronería—. He descubierto que soy un tipo lujurioso cuando estoy contigo.

—¿Acaso eras piadoso e inocente en Los Ángeles y llevabas una vida monástica?

—Desde luego.

—¿Y no has tenido ni siquiera una aventurilla?

Zack lo negó con la cabeza.

—Ni hablar.

Anna rio, disfrutando de la mirada angelical y traviesa de aquellos ojos plateados. Zack era una mezcla irresistible de querubín y duende pícaro. Se movió contra él, disfrutando de la libertad que había descubierto a su lado. Hacer el amor era una liberación increíble.

—Lo siento, pero hoy tendré que dejarte solo un rato.

Zack hizo pucheros de inmediato. No le hacía gracia el plan.

—¿Por qué?

—Porque Kyle llamó hace un rato y me dijo que iba a pasarse este mediodía para hablar conmigo. Colgó antes de que pudiera decirle que no. No creo que sea buena idea que esté aquí, así que he quedado con Carrie para almorzar. Siento hacerte esto, pero quería pedirte un pequeño favor.

Como aquel favor implicaba estar lejos de Anna, Zack dijo:

—Lo siento, no puedo. Imposible.

—Si ni siquiera sabes lo que voy a pedirte...

—Temo que me pidas que me porte bien con Kyle, y hay cosas que me superan —sonrió con dulzura—. Y ahora, ¿qué tal si hablamos de otra cosa?

Su encanto la envolvía, tejiendo un hechizo dulce y sensual. Anna tuvo el impulso de usar la mesa de la cocina para algo más que preparar un pastel. Y lo habría hecho de no andar justa de tiempo. Se contentó con un largo beso candente.

—Hazme este favor —susurró junto a los labios de Zack—. Cuando venga Kyle, no lo mates. Solo... intenta abrirle los ojos. Carrie es lo mejor que le ha pasado en la vida. ¿Por favor?

—Mujer malvada —masculló Zack, con los ojos turbios de pasión—. Sabes que no puedo negarte nada.

—¿No le harás daño?

—Ni un poquito. Pero antes de que te vayas...

—Voy a llegar tarde —sonrió y lo apartó con firmeza. Tenía una expresión jubilosa. De hecho, se sentía feliz por dentro—. Tengo que ducharme y

vestirme. El único problema es que necesitaré que alguien me lave la espalda. Sé que te estoy pidiendo muchos favores esta mañana, pero ¿crees que podrías ayudarme?

Zack sonrió con mirada expectante.

–Desde luego. Me encanta sentirme útil.

Zack imaginó un encuentro menos que agradable con el bueno de Kyle. Se mirara como se mirara, no tragaba a aquel tipo.

Pero Kyle entró en la casa y Zack vio la angustia reflejada en su rostro. Estaba sufriendo y no se molestaba en ocultarlo. A regañadientes, decidió darle un respiro. Supo intuitivamente que no estaba agonizando por Anna, sino echando de menos a Carrie.

–Te prepararé un sándwich –dijo Zack, y lo condujo a la cocina–. Anna había quedado con Carrie para almorzar, así que te ha dejado en mis manos.

Kyle se limitó a suspirar y a encogerse de hombros; de repente, lo que Anna hiciera o dejara de hacer no parecía importarle. Partiendo de ahí, a Zack empezó a caerle un pelín mejor. Pero solo un pelín.

–Carrie lleva menos de dos días fuera de mi vida –dijo Kyle mientras se sentaba a horcajadas sobre una silla y Zack buscaba la mantequilla de cacahuets en un cajón– y ha dejado una herida abierta en mi alma. ¿Por qué somos tan idiotas los humanos? No sabemos apreciar lo que tenemos hasta que lo perdemos.

–Así somos –declaró Zack con sabiduría. Le gustaba pensar que él sabía valorar lo que tenía sin necesidad de experimentar el sufrimiento del doctor Doolittle.

–¿Carrie va a quedarse aquí mucho tiempo?

Zack volvió la cabeza.

–Solo hasta que encuentre un apartamento.

–Diablos –Kyle apoyó la barbilla en los nudillos, sobre el respaldo de la silla–. Va en serio, ¿verdad? Ha terminado conmigo.

–¿Y quién puede reprochárselo? –preguntó Zack, con la cabeza metida en la nevera–. ¿Dónde narices está la mermelada? Ah, ya la veo. Bueno, como te decía, Carrie no tiene la culpa de nada. Tú te volviste majareta de repente. ¿Qué te pasa? Es maravillosa, inteligente, divertida... todo lo que un hombre podría desear. ¿Cómo no has sabido valorarla?

–No lo sé –dijo Kyle en tono abatido–. Creo que me entró el pánico. Llevo tantos años a solas con mi trabajo y, de repente, empecé a pensar en los cambios que se avecinaban y a dudar que fueran a gustarme. Vivo de acuerdo a una rutina: tomo café solo y tostada para desayunar, salgo a trabajar a las ocho de la mañana, vuelvo a casa a las cinco y media, ceno mientras veo las noticias. Después, me acuesto y vuelta a empezar.

–Qué horror –le dijo Zack, con sincera repulsa–. ¿Cómo no podías desear un poco de emoción? ¿No te cansas de vivir solo?

–¿Y tú? –replicó Kyle–. No eres ningún chaval, y sigues soltero. Debe de gustarte.

–Mi vida es diferente –murmuró Zack, mientras extendía mantequilla de cacahuets sobre el pan con generosidad–. Soy policía. Afronto desafíos todos los días, nunca sé lo que me espera. En serio, llevo una vida genial... Bueno, normal.

–Vaya, habla un hombre satisfecho.

Zack le plantó el sándwich a Kyle sobre la mesa, sin molestarse en ponerle un plato. Después se sentó y ganó un poco de tiempo mordisqueando su bocadillo.

–Pensaba que era feliz –dijo por fin, con un tono más sombrío en la voz–. Me tenía por el tipo más afortunado del mundo. Entonces, conocí a Anna y todo lo demás dejó de parecerme importante. Mi sistema de valores está en crisis.

Kyle asintió con expresión comprensiva.

–Sí, sé lo que quieres decir. Al dejarme, Carrie se ha llevado mi vida con ella. Estoy perdido. La idea de estar sin ella me está matando.

–Eres un idiota –Zack movió la cabeza–. Lo sospeché nada más verte, y ahora lo estás demostrando. ¿Vas a quedarte de brazos cruzados y a consolarte con la bebida el resto de tus días?

–¿Es que tengo elección? La he despreciado, Zack. No me lo perdonará. Las mujeres y los elefantes nunca olvidan.

–Tonterías, pues claro que tienes elección. ¿La quieres?

–Diablos, claro que la quiero. Pero es demasiado tarde. Lo he echado todo a perder.

Zack puso los ojos en blanco.

–Empezábamos a entendernos, pero otra vez me estás cayendo gordo. Mira, no te conozco muy bien, pero pareces el típico tipo que acepta lo que la vida

le va dando. Nunca has luchado contra la rutina –hizo una pausa y dio una palmada en la mesa–. ¿Sabes qué temperatura tiene un cadáver?

–¿Estás loco?

Zack prosiguió sin arredrarse.

–Veintitrés grados centígrados, como la temperatura de la mayoría de los hogares climatizados. Kyle, cuando nos volvemos así de cómodos, cuando nos atamos tanto a la rutina, es como si estuviéramos muertos. Si no salimos de nuestro ámbito de comodidad de vez en cuando, no podemos saber si seguimos vivos. Tienes que superar la rutina, impregnarte de nuevas ideas y nuevas formas de vida. El que sean distintas no quiere decir que sean malas. ¿Y qué si Carrie te ha dejado plantado? Te lo merecías. Has sido un majadero.

–Gracias –dijo con irritación.

–Pues deja de serlo. Convéncela de que tu vida carece de sentido sin ella. Deslúmbra la. Humíllate. Haz lo que sea preciso para recuperarla. Lo que sea.

Kyle guardó silencio un largo momento. Después, con un extraño quiebro en la voz, dijo:

–Tienes razón, he estado ciego. Y mi condenada rutina no es tan vital, solo a lo que estoy acostumbrado. Sin Carrie nunca seré el hombre que podría ser. Seré veintitrés grados centígrados durante el resto de mis días, cuando me muera, y se acabó. Ni siquiera notaré la diferencia.

–Por fin ha visto la luz –sintiéndose bastante satisfecho de sí mismo, Zack se terminó el sándwich.

Charlaron durante otros treinta minutos, principalmente, sobre el arte de seducir a una mujer a la que se había ultrajado. Kyle escuchaba con atención, e incluso tomó notas. Le faltaba imaginación, pero era capaz de seguir instrucciones concretas.

–Estoy inspirado –le dijo Kyle a Zack, y apartó la silla de la mesa–. Por desgracia, tengo una cita con una caniche embarazada, así que he de irme. No eres mal tipo, Daniels.

–Puedo serlo –dijo Zack con sinceridad, mientras lo seguía hasta la puerta–. Pero si no estás interesado en Anna como mujer, no corres peligro.

Kyle se detuvo en el umbral y estrechó la mano de Zack con firmeza.

–¿Sabes?, me alegro de que te preocupes tanto por ella. Después de esa infancia tan abominable que ha tenido, solo se merece cosas buenas. Cuando pienso en todos los malos tratos físicos y mentales que ha recibido, no puedo creer lo cariñosa y serena que es. Diablos, estuvo en la UCI en tres o cuatro

ocasiones antes de los ocho años. Pero imagino que ya lo sabes. Es una superviviente, ¿verdad?

A Zack se le heló el corazón al oír la confidencia de Kyle. Por fortuna, estaba acostumbrado a proyectar calma y comprensión mientras sus constantes vitales daban saltos mortales. No en vano era poli. Siendo hombre, y posesivo, no quería decirle a Kyle lo poco que sabía del pasado de Anna. Casas de acogida, esa era toda la información que poseía. Inspiró hondo y se serenó.

–No son cosas de las que ella suele hablar.

–Ni yo en las que quiera pensar. Hay que agradecerles a sus padres adoptivos que haya superado tan bien los traumas de su niñez. Vivían volcados en ella, e hicieron todo lo que estaba en su mano para compensar el horrible comienzo que había tenido en la vida. Cuando murieron en ese accidente de coche, temí que Anna se hundiera, pero lo superó. No era justo.

–La vida raras veces lo es –la expresión de Zack permaneció clara e inmóvil, pero la sangre se le había helado en las venas y cada palabra que Kyle pronunciaba resonaba como un disparo en sus oídos–. Tiene suerte de tener amigos como tú.

Kyle se encogió de hombros, con el rostro duro con ideas desagradables.

–Si quieres que te diga la verdad, nada puede compensar el pasado –hizo una pausa–. Anna no debería volver a sufrir jamás. Claro que tú pensarás lo mismo.

–Sí –el monosílabo fue lo más que pudo articular.

Cuando Kyle se fue, Zack regresó al salón y se dejó caer en el sofá. Le dolía la cabeza, el corazón y todas las células del cuerpo. Empezaba a comprender lo que había hecho. Al entablar una relación con Anna, la había expuesto otra vez al dolor. Peor aún, no podía dejar de temer que sería inevitable hacerla sufrir. Sabía la clase de hombre que era... malo no, pero, sin duda ninguna, el hijo de su padre. Resultaría imposible domesticarlo.

Por fin se daba cuenta de su error. Había visto lo que quería y había ido tras ello, sin pensar que podría enamorarse en el proceso. Anna no estaba aislada, como él. Tenía un hogar, amigos, sueños y esperanzas. Zack tenía... nada. Su apartamento no era un hogar, nunca lo había sido. Sus amigos nunca habían sido su familia. Su trabajo había sido lo más parecido a la felicidad que había conocido nunca.

Hasta que conoció a Anna.

Zack bajó la cabeza y enterró el rostro entre las manos. Siempre había sabido cómo sería su vida. Sería libre, independiente, un hombre sin ataduras hoy, mañana y siempre. Libre.

«Libre». La palabra nunca le había resultado menos sugerente.

—¿Cómo que tomó notas? —le preguntó Anna a Zack. Estaban sentados detrás de una enorme palmera, en el fondo de un restaurante de iluminación suave, la clase de local en el que empleaban servilletas de verdad, copas de verdad, y manteles de hilo de verdad. Como soltero que era, Zack estaba más acostumbrado a las hamburgueserías y a las pizzerías, a las servilletas de papel y a la cerveza helada, pero aquella noche Anna había decidido inspeccionar el restaurante en el que Kyle iba a reunirse con Carrie para cenar. Siguiendo las instrucciones de Zack, Kyle le había enviado a Carrie tres docenas de rosas aquella tarde, con una nota escrita a mano en la que le suplicaba que se reuniera con ella en «su» restaurante. Habían cenado allí en su primera cita, y Zack le había dicho a Kyle que a las mujeres siempre les agradaban esos detalles.

—Te lo juro —respondió Zack—. Tomó notas. No quería cometer ningún error —estaba haciendo lo posible por disimular la batalla emocional que estaba librando consigo mismo, pero estaba tenso del esfuerzo de dar una imagen desenfadada. No estaba preparado para afrontar la realidad, así que había obedecido y se había puesto unos pantalones de pinzas negros, y una camisa de seda y corbata a juego que había comprado aquella misma tarde en Grayland Beach.

Kyle y Carrie no habían aparecido todavía, así que Anna tenía tiempo de sobra para admirar a su socio en el engaño... y en el amor. A Anna le encantaba la combinación de masculinidad y atractivo que irradiaba Zack con aquella ropa lustrosa y elegante. Estaba muy atenta a todos sus movimientos, a cada músculo que contraía por debajo de la camisa de seda, a cada destello de sus ojos grises. De repente, estaba dividida. Por un lado, quería ver los progresos que Kyle hacía con Carrie; por otro, quería llevarse a Zack a casa y devorarlo sin piedad. Quitarle la corbata, aflojarle la camisa, enredar los dedos en sus cabellos y deleitarse con el hombre que escondía aquel atuendo elegante.

—Entonces, ¿crees que dará resultado? —preguntó, observando con expresión

soñadora los labios de Zack. Este sonrió y se encogió de hombros.

–Espero que sí, por el bien de Carrie. Claro que no tardaremos en saberlo – aunque luchaba contra sus propios demonios, no podía apartar la mirada de la mujer que estaba sentada frente a él. Anna también se había vestido para la ocasión, y era la primera vez que la veía con falda. Si estaba atractiva con un quimono y pantuflas de conejitos, deslumbraba cuando estaba vestida para matar. Llevaba un vestido corto de lentejuelas negras, sin espalda, medias de nailon brillantes y tacones tan altos que sus ojos quedaban a la altura de los de Zack. Unos pendientes largos de perlas negras centelleaban en su melena de color miel, le rozaban los hombros y daban un toque agitanado a un atuendo por lo demás elegante. Lo dejaba sin aliento.

Cómo no, los hombres se habían quedado boquiabiertos al verla entrar. Zack creyó notar que se hacía el silencio en el comedor. El camarero ya se había acercado cinco veces a la mesa, y ni siquiera habían terminado los aperitivos. Otro camarero rondaba la mesa y rellenaba los vasos de agua cada vez que tomaban un sorbo. Y el maître se había presentado dos veces para animarlos a disfrutar plácidamente de la comida. Zack no sabía a quién aporrear primero.

–Zack, ¿te encuentras bien? Esta noche estás muy serio. ¿Qué te pasa?

–Nada –dijo Zack, y tomó un largo sorbo de agua mientras se recuperaba–. Acabo de descubrir lo doloroso que es salir a cenar con Venus. No puedo contar la de pares de ojos que están clavados en ti.

–Estás exagerando. Soy un rostro más entre la masa –dijo Anna, y bizqueó para reforzar su afirmación. A decir verdad, ella no había notado ninguna mirada, estaba demasiado ocupada observando a su acompañante. Ponerle una corbata a Zack era como ponerle un bonito lazo a un león lustroso y amenazador–. Bueno, cuéntame. ¿Qué hiciste para hacer entrar en razón a Kyle?

–Nada –respondió, y alargó el brazo por ninguna otra razón que la de tocarle la mano. No podía estar tan cerca de ella y no acariciarla–. Kyle abrió los ojos cuando Carrie lo dejó. A veces, hay que perder a una persona para valorar lo importante que es –oyó sus propias palabras y cerró fugazmente los ojos. No desearía pasar por esa experiencia–. Con suerte, habrá un final feliz. Los cambios siempre dan un poco de miedo.

Anna sonrió débilmente, distraída por sus manos entrelazadas sobre el mantel de color crema. Jamás se acostumbraría a las caricias de Zack. Por

inocentes o espontáneas que fueran, siempre la dejaban sin aliento.

–Bueno, lo has ayudado a ver la luz. Carrie estaba contenta esta noche, mientras se arreglaba. Daba gusto verla sonreír otra vez –le lanzó una mirada de pura tentación azul–. Te debo una, Poli Romántico. Ya me dirás cómo puedo devolverte el favor.

–No hagas eso –le dijo Zack con voz intensa. Cuando no coqueteaba, era encantadora, irresistible y seductora. Cuando coqueteaba, ningún hombre en un radio de cien kilómetros era inmune a su hechizo–. A no ser que quieras olvidarte de la cena y volver a casa. Ahora mismo.

Anna estaba planteándose seriamente abandonar el restaurante cuando avistó a Kyle y a Carrie entrando en el comedor. Kyle estaba un poco incómodo en su traje con chaleco, como si se hubiera anudado demasiado la corbata. Carrie llevaba un vestido vaporoso de escote redondo que flotaba en torno a sus rodillas cuando caminaba. Kyle tenía una expresión intensa y decidida, Carrie parecía despreocupada, alegre e inalcanzable.

–Mira –le susurró Anna a Zack, e inclinó la cabeza hacia Carrie y Kyle–. Empieza la función. ¿No está preciosa?

–Ya lo creo –dijo Zack en voz baja, mientras devoraba el exquisito rostro de Anna con la mirada–. Está... perfecta.

En dos ocasiones se acercó el camarero a tomarles nota y, en las dos, lo despacharon. Por encima de la carta observaban a Kyle y a Carrie sin disimulo. El encuentro parecía ir bien, aunque Anna deseaba poder oír lo que decían. Kyle habló bastante, y se sacó un trozo de papel del bolsillo de la chaqueta cuando Carrie se levantó para ir al servicio. Anna tuvo que reprimir una risita.

–Zack, tenías razón –murmuró–. Está leyendo sus notas. Dios mío, se está esforzando mucho. Está haciendo grandes progresos, ¿no crees?

–Creo que sí –contestó Zack en voz baja, mientras contemplaba cómo Kyle se ponía en pie con educación al ver que Carrie regresaba a la mesa. Kyle tenía un mechón en punta, como si se hubiera rebelado contra la gomina. Carrie le sonrió débilmente, viendo el mechón indómito y la servilleta de hilo que Kyle se había remetido en la cintura. Luego, este alargó el brazo y le tocó la mejilla fugazmente a Carrie. Eran un hombre y una mujer que se conocían y comprendían. Habían aprendido a amarse con sinceridad, como dos personas con flaquezas e imperfecciones. Era evidente que estaban hechos el uno para el otro. Eran compañeros.

Zack sabía lo que era ser un amante, pero jamás había sido compañero de nadie. La perspectiva siempre lo dejaba frío. Sin embargo, con Anna, el privilegio de ser su acompañante representaba el logro definitivo. Un logro que parecía estar fuera de su alcance.

Cerró los ojos fugazmente, cansado de envidiar a Kyle y a Carrie, cansado de compartir a Anna con los mirones del restaurante, cansado de masticar comida que no le sabía a nada. No quería postre, ni esperar a que Kyle y Carrie terminaran su cena para salir del restaurante. Pero, sobre todo, no quería seguir pensando. Solo quería sentir.

—¿Anna?

—¿Mmm? —Anna seguía observando a sus amigos.

—Te deseo —dijo Zack en voz baja.

Ella se volvió hacia él, y vio la emoción candente de su mirada. Comprendió que su cuerpo lo había echado de menos de más formas de las que había sido consciente. El ansia la dominaba. Quería estar a solas con él, lejos de las miradas de otras personas.

Sin decir palabra, empujó la silla y se puso en pie.

—Podemos salir por la puerta de atrás. Yo también quiero irme a casa.

Capítulo Nueve

Carrie no volvió a casa aquella noche. Zack y Anna ni siquiera lo notaron.

El coche se detuvo ante la caprichosa casa victoriana de Anna después de un trayecto en curioso silencio. Anna sabía que Zack estaba absorto en sus pensamientos. Esperó a entrar en el interior en penumbra de la casa, y encendió una lámpara de cristal emplomado del vestíbulo. El rostro moreno y cincelado de Zack se iluminó con un arcoiris de color.

–Estás tan distante –susurró por fin, extrañándose de las sombras profundas que veía en sus hermosos ojos grises.

–Cierto –repuso Zack con voz hueca–. Al menos, a un metro de distancia.

Anna imaginó que se acercaría a ella, que la envolvería con sus brazos y desplegaría la magia sensual que tanto ansiaba. Pero, extrañamente, Zack permaneció donde estaba, mirándola con fijeza.

–¿Qué te pasa? –preguntó con suavidad–. ¿Ha ocurrido algo?

Zack se dio un minuto de tiempo quitándose la corbata.

–Ocurren cosas en todo momento.

Empezaba a asustarla. Anna permaneció clavada en el suelo, mientras en su rostro se sucedían todo tipo de emociones confusas. Su festivo vestido negro centelleaba con cada inspiración y espiración, y parecía fuera de lugar en aquel ambiente tenso.

–¿Cómo puedo hacerte sonreír otra vez? –dijo por fin, con voz casi inaudible.

Zack siguió mirándola con fijeza. Después, con la mandíbula contraída y los ojos entornados, usó la corbata a modo de lazo y atrajo a Anna hacia él sin dejar de mirarla. No dijo nada, pero sus ojos ardían con el fuego del deseo.

Anna se humedeció los labios con la punta de la lengua y apoyó la mano en el material sedoso de la camisa de Zack. Sentía la garganta reseca, y el corazón le martilleaba en el pecho. Jamás se había sentido tan sumida en el deseo puro y elemental. En aquel instante, creyó comprender. Zack era preso

de sus instintos más básicos. Estaba dándoles rienda suelta, y la perspectiva de ser el centro de su deseo la conmocionó. Y era muy excitante, porque sabía que había mucho más entre ellos además de sexo.

–Quiéreme –susurró Anna con voz suave y anhelante.

–Ya te quiero –Zack nunca se lo había dicho a ninguna mujer, y no sabía si Anna se daba cuenta de que estaba siendo sincero–. Te quiero de verdad, Anna.

La mirada de Anna se suavizó. Iba a decir algo, pero Zack no la dejó. Unió su boca a la de ella con pasión apenas contenida, bebiendo con avidez de los labios de la sirena que lo había estado tentado toda la noche. La explosión de sensaciones fue instantánea, y su cuerpo se endureció en un abrir y cerrar de ojos. Se obligó a desechar todos los pensamientos racionales de su mente, y se concentró únicamente en aquella mujer y aquella noche.

Anna se descalzó sin dejar de besarlo. Había sido agradable ser casi tan alta como él, pero no quería tropezar y pasarse la noche en el hospital por culpa de un tobillo roto y no en la cama con el hombre al que amaba. Salpicó de besos sus labios, todo su rostro. Se aferraba a él con todas sus fuerzas, pidiendo y dando a partes iguales. Vagamente, reconoció el sonido de un botón al saltar de una prenda. Se apartó y parpadeó.

–Tu camisa nueva –exclamó con desolación–. Me he convertido en una salvaje. Necesito más práctica para ser más hábil. Lo siento.

–¿Más hábil todavía? –Zack elevó las comisuras de los labios–. Cariño, si ya puedes conmigo. Un poco más, y me matarías.

Zack cerró su mente a los pensamientos confusos, a sus emociones turbulentas, y se centró en las ansias apremiantes de su cuerpo. Deslizó las manos por la espalda de Anna, por sus hombros, por sus caderas, sosteniéndola, poseyéndola, memorizando sus curvas y valles. Cubrió de besos su pelo, la curva frágil de su cuello y la piel sensible de su clavícula. A medida que su pasión se acrecentaba, advirtió que el decoroso saloncito victoriano en el que se encontraban no era el lugar apropiado para el desenfreno.

–Anna, déjame que te lleve arriba...

–¿Arriba? –Anna se aferró a los hombros de Zack y se estremeció al sentir las palmas de sus manos fuertes deslizándose por debajo del vestido y subiéndoselo hasta los muslos. La combinación de las medias sedosas, la piel cálida y los dedos ávidos de Zack le nublabla la mente de deseo. Imaginó aquel

ritual erótico teniendo lugar en la época victoriana, tan conservadora. Habría sido una osadía.

La idea le encantó.

Se besaron con fiereza, sin apenas despegar los labios mientras murmuraban palabras de amor, ruegos, y se trasladaban a trompicones al sofá. Anna había sido cuidadosa toda la vida, con su tiempo, con su corazón y con sus esperanzas. Aquella noche, sin embargo, la cautela no era más que un vago recuerdo, una carga que se alegraba de abandonar. Sin aliento, se dejó caer en el sofá de roble tallado, con el vestido levantado y las piernas en torno a los muslos de Zack. Por dentro, hilos de miel fluida y candente llenaban las partes más recónditas de su ser. El único sonido que escuchaba era su propia voz silenciosa, que le exigía que se uniera a él, que se entregara a él.

Zack se dejó caer sobre ella, combatiendo el fuego con el fuego. Anna era una figura erótica bajo su cuerpo, una increíble fuente de seguridad, misterio y liberación. Le pasó una mano por debajo de la cabeza, tratando de protegerla del borde de madera lacada del sofá de terciopelo. Con la otra mano, intentó sujetarlos para que ninguno de los dos resbalara al suelo, todo ello sin dejar de mecerse y moverse contra el cuerpo de Anna como un poseso.

Por fin, desesperados, se dejaron caer a la alfombra. Allí hallaron libertad para moverse, rodar y explorar sus sentimientos de abandono. La cama parecía algo mundano, algo exclusivo de personas conservadoras. Ellos eran diferentes.

Exultante y sin artificio, Anna estaba envuelta en su glorioso halo de cabellos dorados. Zack la besaba con dulzura, como un hombre besaría a un ángel etéreo; también la besaba con fuerza y profundidad, como un hombre besaría a la mujer seductora que intentaba domar.

Las medias desaparecieron, y Zack sufrió un fuerte sobresalto al descubrir que Anna no se había puesto nada debajo del vestido. Apretó la mandíbula y contempló su rostro sonrojado.

—Me abrumas —dijo con voz ronca—. Quiero dártelo todo. Quiero llevarte a lugares en los que nunca has estado...

A Anna la conmovió la mirada vulnerable y dulce de Zack. Tomó su rostro con dedos trémulos, mientras una sonrisa aún más trémula oscilaba en sus labios hinchados.

—Entonces, tómame —susurró—. Quiero estar contigo allá donde vayas. Donde sea.

Zack se había quedado en blanco. Las experiencias pasadas eran irrelevantes. Aquella noche, solo podía dejarse guiar por el amor que sentía por aquella mujer, y era una experiencia nueva. Parecía algo sagrado y puro, a pesar de la intensidad de su reacción física. Juntos, creaban magia con labios y manos. Con movimientos ágiles se exploraron con detenimiento. Anna lo recibía todo: sus besos apasionados, sus caricias frenéticas, el cuerpo que empezaba a moverse con un ritmo primitivo... Y aun así, seguía mirándolo con una sonrisa inquieta y una expresión febril que decían: «Quiero más».

Pero Zack hizo una pausa.

–Dilo –la apremió con suavidad. Jamás había deseado oír las palabras: «Te quiero». Jamás. Y cuando las había oído, había salido huyendo como alma que llevara el diablo. Pero aquella noche estaba suspendida en el espacio y el tiempo, era un lugar mágico aislado del mundo real.

La mirada apasionada de Anna se iluminó al comprender. Tomó la mano de Zack y se la llevó al corazón.

–Te quiero.

El rubor le cubrió la nariz y las mejillas como si las hubiera expuesto al sol. ¿Cómo era posible?, pensó Zack. Y, sin embargo, sabía que Anna decía lo que sentía, porque nunca se molestaba en ocultar sus sentimientos. Era clara, perspicaz y sincera.

Zack tragó saliva y reclinó su frente sobre la de ella. Durante unos momentos, permanecieron inmóviles, comunicándose con sus almas mientras prolongaban el contacto de sus cuerpos. Después, Zack se movió con un gemido repentino y bebió de la boca de ella con avidez. Un instante después, los dos estaban frenéticos y próximos al delirio. Las prendas que los obstaculizaban desaparecieron por arte de magia y acabaron colgadas de los muebles y lámparas. Era un toque original, pensó Zack. Confería picardía al entorno victoriano.

Después, dejó de pensar.

Despacio, muy despacio, se hundió dentro de ella, y las sensaciones físicas abrumadoras fueron intensificándose con cada segundo. Movía las caderas de Anna con las manos, deseando enterrarse aún más dentro. «Te deseo por entero». No se percató de que había pronunciado las palabras hasta que ella no esbozó una media sonrisa y jadeó:

–Creo que ya casi lo has logrado. Ah... te siento tan bien dentro de mí...

El placer creció; las oleadas de sensaciones se hacían cada vez más

intensas. Anna se sentía codiciosa, anhelante. A Zack le encantaba ver la pasión que reflejaba su rostro, el abandono absoluto de que era capaz. Estaba hecha para amar.

Zack transportó el corazón, la mente y el cuerpo de Anna a un lugar deslumbrante de estrellas, sol y dulce liberación. La mantuvo suspendida durante un espacio de tiempo cegador, prolongando el placer tanto como era humanamente posible. Tenía recursos y los usó todos. Jamás había deseado tanto dar placer a una mujer. Quería satisfacer todas las necesidades de Anna, quería serlo todo para ella, su mundo entero.

Anna se aferró a él, jadeando y gimiendo y diciéndole una y otra vez que lo quería. Era música para los oídos de Zack, y cada palabra que ella pronunciaba llenaba los espacios vacíos de su alma.

–Te quiero... Te quiero... Siempre te querré...

La primera vez que habían hecho el amor había sido una experiencia nueva y difícil de asimilar. Aquella ocasión fue diferente; habían traspasado los límites físicos y mentales. Mundos maravillosos se habían abierto para Anna. Por segunda vez en la vida, se sintió como si hubiese encontrado el hogar perfecto.

Kyle y Carrie se pasaron a desayunar, una vez más hablando de la boda. Se daban la mano, y no dejaban de mirarse. La chispa había vuelto a los ojos de Carrie, y Kyle se comportaba con un aplomo renovado. Entraron en la casa con la brisa fresca de la satisfacción recién encontrada.

Zack los envidiaba. Jamás habría imaginado que codiciaría la vida de un veterinario corriente y, a veces, irritante. No recordaba haberse aburrido en su propia vida, pero tampoco sabía lo que era estar satisfecho. Siempre había una nueva meta en el horizonte, un nuevo reto que conquistar. Nunca se relajaba; en realidad, no. Si lo hacía, tenía la sensación de estar decepcionando a alguien en algún lugar, de alguna forma. Igual que su padre. No podía hacer eso.

Durante el desayuno, no le quitó la vista de encima a Anna. Absorbía las expresiones vívidas y alegres de su hermoso rostro. Cuando reía, arrugaba la nariz. Resplandecía, al igual que Carrie. Si había algo mal en su mundo, no se podía deducir por su aspecto.

Zack empezó a sentirse mal. Por fin comprendía por qué las aventuras amorosas se llamaban idilios. En un idilio, uno desterraba todos los

pensamientos lógicos y se comportaba solo de acuerdo con el corazón. Era un momento suspendido en el tiempo en el que uno fingía que nada podía ir mal. Era fugaz,preciado y frágil. No podía eludir la sensación de que el tiempo que tenía con Anna se le escapaba entre los dedos, como la arena.

Poco después de que Kyle y Carrie se fueran, llamaron preguntando por Zack.

–Pensé que nadie sabía dónde estabas –dijo con curiosidad, mientras le pasaba el teléfono.

Zack alzó la vista del periódico que fingía leer. Al menos, no lo sostenía boca abajo. Estaba dolorosamente meditabundo, muy sensible al ánimo tenso de la soleada cocina. El parloteo alegre de Anna había cesado en cuanto Kyle y Carrie habían salido por la puerta. Al parecer, sí que había reparado en su desacostumbrada reserva. ¿Qué había sido de su habilidad de camuflar sus pensamientos y sentimientos?

–Gracias –sonriendo débilmente al papel de pared que quedaba por encima del hombro de Anna, aceptó el teléfono. Sabía perfectamente quién llamaba–. Hola, capitán. Cuánto tiempo.

–Déjate de tonterías –le dijo Todd–. Todavía no me he tomado mis ocho tazas de café matutinas y estoy irritable.

–Y el cielo sigue siendo azul. Hay cosas que no cambian nunca –murmuró Zack, mientras seguía a Anna con la mirada y veía cómo dejaba los platos en la pila–. ¿Cómo ha averiguado el número, por cierto?

–¿Desde cuándo eres policía, Daniels? Uno de nuestros recursos es localizar llamadas, ¿te acuerdas? Estoy seguro de que lo recordarás todo en cuanto vuelvas, es decir –hizo una pausa enfática–, hoy mismo.

Zack se tomó un buen rato para responder.

–No. Hoy no –por extraño que pareciera, su voz carecía de convicción. Vio cómo Anna contraía los hombros mientras fregaba en la pila, de espaldas a él–. Todavía estoy... de vacaciones.

–Daniels, hace un minuto que han terminado tus vacaciones o tu trabajo, tú eliges. Necesitamos tu declaración para poder meter entre rejas al traficante que hirió a Pappy. Te espero mañana a primera hora... A las ocho.

Zack cerró los ojos despacio. Sentía un vacío en su interior, un agujero creado por un cuchillo roñoso y serrado.

–Es demasiado pronto. Oiga, no tardaré mucho. No es como si pensara quedarme aquí toda la vida. Solo... un par de días más.

Un vaso cayó con estrépito dentro de la pila. Anna seguía de espaldas a Zack, y se aferró a la encimera con las manos. Llevaba un vestido de verano holgado de algodón blanco que oscilaba en torno a sus piernas con un aire coqueto y espontáneo que chirriaba con las emociones que palpitaban en la cocina. Zack se dio cuenta de que acababa de cavar su propia fosa «No es como si pensara quedarme aquí toda la vida...». Él lo sabía, y ella también.

–No bromeo –gritó Todd–. ¿Quieres que ese tipo ande suelto por ahí? ¿Qué te pasa? Ya no te comportas como un policía. ¿Sigues siendo policía?

–Por supuesto –le espetó Zack, dolido–. Y Pappy sigue siendo mi compañero. Ya me conoce, capitán. No voy a decepcionar a nadie –célebres últimas palabras... pronunciadas demasiado tarde.

–Quiero verte aquí mañana –fue la orden tajante de Todd, y colgó antes de que Zack pudiera replicar.

Zack se puso en pie para colgar el teléfono, moviéndose despacio. Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se mantuvo de espaldas a Anna hasta que sintió su mano en el hombro.

–Dime –dijo Anna con voz inexpresiva–. ¿Quién era?

Zack se volvió hacia ella. Jamás había visto sus ojos azules tan sombríos ni profundos.

–Era el capitán Todd, de Los Ángeles. Necesita que vuelva enseguida. Han detenido al tipo que disparó a mi compañero, y tengo que prestar declaración mañana a primera hora en el juicio. No puedo decir que no.

–¿Nada más? –preguntó con una sonrisa rígida y poco convincente–. Y yo que pensaba que había ocurrido algo terrible... Sé que tienes un trabajo que hacer, Zack. Tenías una vida antes de conocerme, ¿no?

Anna estaba afrontando aquello como afrontaba todo en la vida, pensó Zack, agarrando al toro por los cuernos. Pero veía más de lo que quería en la rigidez de su postura, en el mantón elevado. Le había enseñado a amarlo y lo amaba. El dolor que ambos estaban experimentando era un efecto secundario de esas lecciones.

Aun así, Zack se sentía obligado a defender lo indefendible.

–Anna, no tengo elección. Debo irme.

–Por supuesto –repuso con voz hueca e inexpresiva–. Ya te he oído. Además, nunca pensaste en quedarte aquí para siempre.

«Así que a eso se reduce todo», pensó Zack con intensa claridad. Se sentía como si alguien le hubiera quitado el suelo de los pies sin avisar. Incluso

mientras intentaba analizar sus emociones, su agudo intelecto estudiaba los hechos desnudos. Sin ser consciente de ello, ni estar preparado emocionalmente para aceptarlo, había tomado una decisión. La única que estaba en condiciones de tomar.

–Supongo que deberíamos dar gracias porque Todd haya llamado justo ahora –dijo con una voz serena que contradecía la expresión lúgubre de sus ojos–. Justo cuando Kyle y Carrie salen por la puerta, he de volver a mi vida en Los Ángeles. Si me hubieran llamado antes, no habríamos podido hacerlo.

Anna estaba quieta, muy quieta.

–¿Hacerlo? –repitió. Zack seguía sin poder mirarla a los ojos.

–Formábamos un buen equipo... en eso.

–¿Formábamos? –parecía capaz únicamente de repetir lo que él decía. Le temblaban los dedos, y los ocultó entre las faldas. No había sentido tanto dolor desde... desde nunca.

A Zack le parecía tener mil demonios aporreándole la cabeza con un minúsculo martillo. Por el bien de Anna, no podía vacilar. El dolor que le estaba causando en aquellos momentos, al menos, era finito. Con el tiempo, se le pasaría. El dolor que le causaría si intentaba formar parte de su vida de forma permanente no tendría fin. Conocía la generosidad y el valor de Anna; si intentaba explicarle sus miedos, ella no se dejaría excluir. No comprendería el riesgo que estaba corriendo tan bien como él. Maldición, ¿por qué no había tenido más cuidado al principio? No le importaba el dolor que él estaba padeciendo, se lo merecía. Pero las heridas que se reflejaban en el pálido rostro de Anna eran intolerables.

–Imagino que nada dura para siempre –dijo Zack. En eso, mentía. Lo que sentía por ella duraría hasta la eternidad. Lo sabía como sabía que el sol salía por el Este y se ponía por el Oeste–. Lo nuestro... no estaba planeado. Si hubiera sabido... Si hubiera sabido...

–¿El qué, Zack? –preguntó Anna con suavidad. Por primera vez desde que la conocía, tenía la mirada apagada y sin vida–. Si hubieras sabido que me iba a enamorar de ti, ¿te habrías comportado de otra forma? ¿Me habrías dejado marchar la primera noche y te habrías olvidado de mí? ¿Es eso lo que intentas decirme? ¿Te sientes acorralado, como si no supieras cómo escabullirte?

–No es eso –le espetó–. Eso no es lo que ha ocurrido entre nosotros, y lo sabes.

–¿Qué ha ocurrido? Explícamelo. ¿Era otro de tus juegos? –lo miraba como

podría estar mirando a un perfecto desconocido; con recelo—. No parecía un juego, pero ahora empiezo a dudarlo. Las cosas se vuelven un poco confusas al final, ¿no crees?

Zack tomó las manos de Anna en las suyas. Las notaba frías y rígidas.

—Sabes muy bien que no ha sido un juego. Anna, me he pasado la vida tratando de ser sincero. He visto a personas haciendo sufrir a otras porque eran incapaces de reconocer sus propios defectos. Siempre he sabido quién era y cómo sería mi vida. ¿Sabes que el índice de divorcios en la policía es más elevado que en cualquier otra profesión? Y no es porque sí, créeme. Soy un buen poli, un buen amigo y una mala apuesta emocional. Mi padre era policía, y soy su viva imagen. La única manera que puedo cortar la cadena de sufrimiento que va unida a mi profesión es no involucrar a nadie más.

—Entonces —dijo Anna con repentina fiereza—, es en eso en lo que has fracasado.

—¿Fracasado? —Zack tenía la sensación de estar perdiendo el juicio. Había presentado una explicación breve y racional, pero Anna no lo entendía—. No quiero hacerte sufrir más. Estoy velando por ti, Anna. Mi padre jamás tuvo esa consideración con mi madre.

Anna se desasió.

—¿Pidió tu madre esa consideración alguna vez?

—Por supuesto que no. No sabía lo que iba a ocurrir. No lo sabía; al principio, no.

—Si crees eso es que eres tonto —en aquel momento, Zack vio en los ojos de Anna una claridad y una madurez que no había reconocido antes—. Si hay algo que sé del amor, Zack, del amor de verdad, es que te libera de todos los miedos y te da fuerzas para afrontar cualquier cosa. Te equivocas si crees que tu madre no sabía desde el principio cómo sería la vida con tu padre. Lo aceptó cuando tomó la decisión de amarlo incondicionalmente.

—No lo entiendes, Anna. No conociste a mi madre, y menos aún, a mi padre. Entre sus contribuciones al mundo no se contaba ni un ápice de entrega a su matrimonio. Perdona que no quiera hacerte pasar por algo así, y mucho menos, a los hijos que pudiéramos tener.

—Lo dejaste bien claro cuando dijiste que sabías quién eras y lo aceptaste. ¡Maldita sea! Todos sabemos quiénes somos, pero algunos de nosotros no queremos seguir así el resto de nuestras vidas. Uno no tiene por qué acabar en el mismo lugar del que sale, Zack. Con tanta experiencia como tienes en este

mundo frío y cruel, todavía no te has dado cuenta de eso, ¿verdad?

Los ojos de Zack tenían el color de las nubes grises y sombrías de una tormenta. Su famoso mal genio empezaba a desatarse.

–¡No entiendes que estoy haciendo un sacrificio! Porque te quiero.

–Y tú no entiendes que a mí no me interesa tu sacrificio –le espetó Anna–. Más aún, no lo necesito. ¿Tienes idea de lo que habría sido de mí si hubiera aceptado la vida que me habían asignado en un principio? Me habría quedado atrapada en la «cadena del dolor» de la que hablabas. Pero esperé, confié y trabajé, y poco a poco todo se hizo realidad. E incluso cuando mis padres fallecieron, me negué a pensar que mi felicidad se había evaporado con ellos. Tenía los recuerdos para mantenerme querida, mis amigos y mi trabajo. Habría sido mucho más fácil renunciar a todo, pero no lo hice. Siempre es más fácil renunciar, pero nunca es lo que está bien.

–No me hables de lo que está bien y lo que está mal –masculló Zack con suavidad–. ¿Crees que quiero irme de tu vida?

–Sí –Anna estaba perdiendo el control, y sentía el escozor de las lágrimas en los ojos. Lo último que deseaba en aquellos momentos era que Zack la viera llorar–. Porque eso te quita presión. No tienes por qué triunfar en lo que tu padre fracasó si no llegas a hacer el esfuerzo. Es mucho más fácil ser un heroico policía que un ser humano normal y corriente.

–Anna... –instintivamente, alargó el brazo para tocarla, pero lo dejó caer al costado. Ella no quería sus caricias. Y parecía que el único regalo que podía hacerle era el de su marcha–. Siempre te querré –le dijo con forma entrecortada.

–No. Si quererme supone tener que dejarme, no me interesa –dijo Anna con frialdad–. Ese tipo de amor es demasiado condicional para mi gusto. Vuelve a casa, Zack. Y no te preocupes por mí. Estaré bien, de verdad. Siempre lo estoy.

–Lo sé –aturdido, con el alma hecha jirones, Zack dio media vuelta y salió de la habitación.

Capítulo Diez

A los hombres no les hacía gracia ir de compras. Al menos, a los que ejercían de veterinarios.

Sin embargo, como solo faltaban unos días para la boda de Carrie y Kyle y este no quería dormir en el sofá en su noche de bodas, accedió a los deseos de su encantadora prometida e hizo de chófer en aquellas compras de último minuto. Tenía instrucciones precisas de intentar animar a Anna, de ser comprensivo y de no formular preguntas insensibles sobre su brusca ruptura con Zack hacía diez días. Zack no sabía muy bien qué podía considerarse comprensivo o no, así que jugó a lo seguro hablando poco. Se había prometido no volver a enojar al amor de su vida y preveía una existencia en común sin contratiempos.

«Anda con pies de plomo», se dijo. Esa era la clave.

En aquellos momentos, Carrie y Anna se encontraban en el probador de la boutique de novias Babette's, intentando escoger un nuevo vestido de dama de honor. El que estaba colgado del armario de Anna se le había quedado grande, y la costurera no tenía tiempo para retocarlo hasta septiembre. Carrie no estaba dispuesta a esperar hasta septiembre para casarse.

Kyle estaba sentado a corta distancia del probador, lo bastante cerca para parecer interesado pero no curioso. También miraba hacia otro lado, por temor a avistar algo o a alguien que no debería. No pensaba correr más riesgos. Todavía estaba conmocionado por lo a punto que había estado de perder a Carrie. Nunca volvería a mirar a otra mujer de esa manera. Salvo a la propia Carrie, por supuesto.

La puerta del probador se abrió, y Carrie y Anna aparecieron ante él.

—No le sienta bien ni un solo vestido de la tienda —le dijo Carrie a su inminente marido, tirándose de los pelos—. No puedo creer que haya adelgazado tanto en diez días. Kyle, ¿qué te parece este?

«¿Mirar o no mirar?», se preguntó Kyle con una punzada de vacilación.

Como Carrie parecía estar esperando una respuesta, miró rápidamente a Anna de la cabeza a los pies. El vestido de color azul le caía sin forma sobre los hombros, enterraba sus senos y ni siquiera se detenía a considerar su cintura. Comprendió con alarma que había posado fugazmente la mirada en los senos de Anna y barbotó:

–No está mal –antes de clavar los ojos en un perchero con velos de novia. Era el comentario menos insensible que se le ocurría.

Carrie elevó los brazos, exasperada.

–Claro que está mal. Es la talla más pequeña que tienen de este vestido. Kyle, no sé qué hacer. Anna, tienes que engordar. Queda menos de una semana para la boda.

Anna sonrió vagamente y dio una palmadita a Carrie en el hombro.

–No te preocupes. Ya te he dicho que el otro vestido me queda bien.

–Bien si te gustan las cortinas. A tu lado, Scarlett O’Hara se queda corta.

Kyle se animó al oír un nuevo nombre.

–¿Quién es esa, cariño?

–Ya sabes... –Carrie suspiró–. La heroína de... Olvídalo. Me alegro de que nos casemos, Kyle. Necesitas ver más gente y menos animales.

–Necesito verte a ti –le dijo Kyle con énfasis–. Cada minuto, cada hora, cada día. Si no, dudo que estuviera aquí sentado, en la boutique de novias Babette’s. Menos mal que estoy seguro de mi masculinidad.

Momentáneamente distraída, Carrie le dirigió una sonrisa de complicidad.

–Y deberías estarlo.

Anna apenas oyó aquel diálogo íntimo. Los brazos le caían sin vida a los costados. Últimamente, dormía tanto como comía. Cuando Zack se marchó, se llevó con él su energía, su alegría y su corazón. Aun así, era una luchadora. No dejaría que aquello la amargara. Perdería peso, quizá, pero no la alegría de vivir. Si hubiera sabido antes lo que sabía en aquellos momentos... lo habría querido de todas formas. En realidad, no entendía cómo algo tan perfecto podía haber terminado tan mal. Había estado convencida de que Zack sentía lo mismo que ella.

Amor incondicional. Había resultado ser un atractivo espejismo en un desierto abrasador, vanas ilusiones que se habían evaporado al mirarlas de cerca.

–Estás muy callada –dijo Carrie de repente.

–Y tú estás exagerando –Anna dirigió a su amiga una imitación patética de

su sonrisa deslumbrante—. No os preocupéis, chicos, no voy a aguaros el gran día. Soy un rayo de sol.

—¿Crees que tiene buen aspecto? —preguntó Carrie a Kyle. Este se tomó un momento para contestar, temiendo que la pregunta tuviera trampa. No quería que su prometida malinterpretara su preocupación por Anna.

—¿Tú qué crees?

—¡Que hace más de diez días que parece un alma en pena! ¡Por supuesto que no tiene buen aspecto!

Kyle asintió.

—Eso es exactamente lo que pienso —declaró.

Carrie lanzó una mirada grave a su dama de honor.

—Anna, no te engañes. Y no sigas tratando de engañarnos. No estás bien. Si quisieras hablar...

—Y hablo —la interrumpió Anna—. No paro de hablar. Últimamente, hasta hablo sola, y bastante.

Carrie y Kyle se miraron a los ojos.

—Anna —dijo Kyle por fin—, somos tus amigos. Los amigos se cuentan todo, sobre todo, si se trata de un problema. No era ningún secreto lo que sentías por Zack. Se veía en tus ojos cada vez que estabais en la misma habitación. Y, si no me equivoco, él sentía lo mismo.

—¡Pues te equivocas! —dijo Anna con tenso entusiasmo—. Y ahora, asunto concluido. Os agradezco mucho vuestro interés, pero a veces es mejor dejar las cosas como están. Además, tenemos que preparar una boda, así que concentrémonos en eso. Voy a ponerme el otro vestido, Carrie. Tiene más forma, así que podría valer.

Acto seguido, Anna y su túnica azul regresaron al probador. Carrie se la quedó mirando con expresión triste, y alargó la mano para tocarle el hombro a Kyle.

—No quiere contarme nada, Kyle. Nunca la había visto tan cerrada en sí misma. Está sufriendo, y no sé cómo ayudarla.

—Supe que era un imbécil nada más verlo —dijo el veterinario con fiereza—. Daniels es un memo. Ojalá ella no lo hubiera conocido.

—Ojalá supiera por qué se fue todo al traste. Lo único que me ha dicho Anna es que tuvo que regresar a su trabajo en Los Ángeles. Haría cualquier cosa para ayudarla. Si pudiera hablar con él, quizá serviría de algo. Quizá no sea más que un malentendido.

–Creo que es algo más grave –dijo Kyle con suavidad. Detestaba ver la tristeza en el rostro de su amada y, como cualquier hombre enamorado, quería disiparla–. Me siento tan impotente. Ojalá pudiera hacer algo.

–Sí –dijo Carrie con melancolía–, ojalá pudieras arreglarlo –después, con una sonrisita triste, siguió a Anna al interior del probador.

Como era un hombre corriente y se distraía con facilidad, Kyle se olvidó fugazmente del problema de Anna mientras observaba el gracioso balanceo de las caderas de su prometida. Después, cuando la perdió de vista, volvió a concentrarse en el problema.

«Ojalá pudieras arreglarlo».

El amor de su vida había hablado. Aunque los veterinarios no fueran buenos compradores, con la inspiración adecuada, podían llegar a ser héroes.

Primero llegó la invitación.

Zack sacó el sobre de color crema del buzón antes de ir al trabajo, y se lo guardó en el bolsillo sin apenas mirarlo. Si su correo hubiese sido Anna envuelta en papel y con un lazo, se habría fijado. Todo lo demás, era invisible.

Horas después, cuando Pappy y él hacían cola en el McAuto de McDonald's, se acordó del sobre y se lo sacó del bolsillo. Por primera vez, vio el remite. Grayland Beach.

–¿Qué quieres? –le preguntó Pappy, irrumpiendo en el repentino trance de Zack.

–La absolución –murmuró Zack.

–No te oigo, chico. ¿Qué quieres tomar? ¿Lo de siempre?

–¿Qué es lo de siempre? –le espetó Zack, y lanzó una mirada impaciente a su compañero.

Pappy no sabía qué pensar del nuevo Zack Daniels. Ser un poli sin complicaciones sentimentales era una cosa, pero serlo con ellas, otra muy distinta. Daniels había regresado a Los Ángeles con un humor de perros que parecía haberse vuelto crónico. Todo el mundo estaba asustado, incluso el irascible capitán Todd.

–¿Un pastel de manzana? –sugirió Pappy–. Te encantan.

–Ya no –dijo Zack. En realidad, ya casi nada le encantaba últimamente. Su trabajo había perdido su atractivo. Hasta había tomado la costumbre de apagar el busca cuando no estaba de servicio.

La emoción había desaparecido. La había dejado en Grayland Beach, en el Estado de Oregón.

–¡Cómo que no! –Pappy lo estaba mirando con una ceja enarcada–. Si eres un adicto a los pasteles de manzana.

–Ya no. Ese era otro Zack. Cuando entré en Appleton’s a comprar jarabe para el catarro, la puerta de incendios se quedó bloqueada y jugué al Monopoly, mi corazón cambió de dueño y no volvió.

Se hizo el silencio.

–¿Te has vuelto loco? –preguntó Pappy–. ¿De qué hablas?

–Tendrías que haber estado allí –dijo Zack.

Pappy era un gigante amable con un corazón tan grande como su talla. Sabía que su joven amigo estaba sufriendo y, en cierto sentido, estaba perplejo. Zack nunca se había dejado apasionar por nada que no fuera su trabajo. Pappy siempre se había preguntado cuándo se daría cuenta de que era tan mortal como cualquiera. Silbó con suavidad.

–No puedo creerlo. Has conocido a una chica.

–No. He conocido a *la* chica. Y no quiero hablar de eso.

–Está bien.

Zack le lanzó una mirada furibunda.

–¿Qué clase de amigo eres? Ahora es cuando intentas convencerme de que te hable de ella. Deberías ayudarme a desahogarme.

Pappy lo miró con un brillo cómico en los ojos.

–Jamás he podido convencerte de nada. Pero cooperaré. ¿Quién es?

–Anna –dijo Zack con suavidad, mirando por la ventanilla. Aquella única palabra era un pozo de emoción.

–¿La quieres? –preguntó su compañero–. Si la quieres, ¿cuál es el problema?

Zack tuvo una imagen fugaz de la mujer de Pappy, Paula, en urgencias, la noche en que Pappy resultó herido. La agonía, la incertidumbre, el pánico que se reflejaba en su rostro era algo que jamás olvidaría. En aquel momento, todas las pesadillas que podía haber tenido sobre el trabajo de su marido se habían hecho realidad. Zack había visto una imitación menos intensa de aquella expresión en el rostro de su madre cada vez que su padre volvía tarde del trabajo.

–El problema es lo que hacemos, Pappy. Lo que somos. Escogí mi destino hace mucho tiempo. Paula y tú... Habéis conseguido que vuestro matrimonio

funcione, pero no porque sea más fácil para ella, ni para tus hijos. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo decidiste que merecía la pena el precio que pagaba tu familia?

Pappy suspiró hondo y, por una vez, su acostumbrado buen humor desapareció de su rostro. Cuando por fin habló, su voz grave y suave estaba cargada de convicción.

—La decisión no fue mía, sino de ella, y la respeté. Las mujeres que quieren a hombres como nosotros, que nos dan hijos y estabilidad y una cálida acogida cuando volvemos a casa por las noches... ellas son las heroínas, Zack. Es gracias a ellas que nosotros hacemos lo que hacemos.

Zack deseaba con toda su alma poder creerlo. Había un agujero negro en su interior; echaba de menos a Anna. Tenía la sensación de no seguir encajando en su vida. Se había ausentado unos días y, a su regreso, sus propias normas se habían vuelto contra él.

—Ya no sé qué es lo que está bien y lo que no—dijo con suavidad.

Cuando Zack regresó a casa aquella tarde, lo aguardaba otra sorpresa. Y muy grande.

Kyle estaba sentado en el porche delantero de su casa, en una pequeña silla de plástico plegable que debía de haber encontrado en el jardín de atrás. Tenía los brazos cruzados, la mirada severa y llevaba la camisa roja y verde más horrorosa que Zack había visto en su vida.

Solo se le ocurría un motivo por el que Kyle hubiese ido a visitarlo.

—¿Le ha pasado algo a Anna?

—Bonita casa. Claro que el césped pide a gritos un repaso —después, cambió el tono de voz—. Anna se encuentra bien, es una luchadora. Sobrevivirá a ti como ha sobrevivido a todo lo demás en su vida. Y con la cabeza bien alta.

Zack suspiró hondo y se dejó caer en los peldaños del porche. Comprendió que el irritante veterinario decía la verdad.

—Gracias por hacerme esa confidencia, Kyle. Es imposible que me sienta peor de lo que me siento.

—Vayamos al grano —dijo Kyle—. Tengo una boda a la vuelta de la esquina, y no puedo perder tiempo. ¿La quieres?

Zack se lo quedó mirando. Sin saber por qué, prescindió del sarcasmo, las evasivas y el orgullo.

—Sí.

–Entonces, ¿qué diablos haces aquí cuando ella está en Grayland Beach?

–Estoy aquí precisamente porque la quiero. ¿Cómo me has encontrado?

–Sabía que trabajabas en Los Ángeles. ¿Te acuerdas del bueno de Frank, el juez? Él se encargó del resto –Kyle exhaló un suave suspiro y decidió hablar sin pelos en la lengua, como había hecho Zack cuando él tuvo demencia pasajera–. Me pareciste un tipo normalucho cuando te vi por primera vez, pero jamás pensé que eras estúpido... hasta que dejaste a Anna.

–En realidad, soy un genio –dijo Zack en tono sombrío.

–Pues claro –Kyle se puso en pie y se metió las manos en los bolsillos–. ¿Recuerdas lo que me dijiste? Anna no tiene la culpa de nada. Tú te volviste majareta de repente. Eres un idiota y...

–Yo no te llamé idiota. A la cara, no.

–Calla, todavía no he terminado. ¿Cómo es posible que no valores a una mujer como Anna? Es divertida, inteligente, hermosa... Todo lo que un hombre podría desear –Kyle hizo una pausa, con una sonrisa de superioridad en los labios–. Te suena familiar, ¿amigo?

–¿Crees que soy de piedra? No he conocido a Anna, me he enamorado de ella. Y vivir sin ella me está matando. Ya está. Satisfecho, ¿Doolittle?

Kyle frunció el ceño.

–¿Doolittle? Muy gracioso. Mira, yo solo estuve dos días sin Carrie y casi me vuelvo loco. ¿Por qué te haces esto? ¿Por qué se lo haces a Anna? ¿Qué es lo que fue mal?

–¿No os ha dicho nada?

–Ni una palabra.

Zack tardó mucho tiempo en contestar. Le dolía la cabeza, y el corazón. ¿Qué hacía un héroe de verdad en una situación como aquella? Sobre todo, cuando la heroína había sufrido mucho antes de conocerlo.

Zack comprendió con asombro que jadeaba, asustado. «No puedo seguir así», pensó.

Miró al veterinario.

–Tengo cerveza en la nevera. ¿Quieres pasar? Necesito a un amigo.

Capítulo Once

La cuenta atrás terminaba dentro de tres días. Al cabo de esos tres días, Kyle y Carrie se casarían, se marcharían de luna de miel y Anna podría disfrutar de un poco de paz, dejar de hacerse la fuerte y llorar a placer.

Zack ni siquiera había dado una oportunidad a la relación; eso era lo que más le dolía. Cuando lo pensaba, es decir, constantemente, sentía una opresión en el pecho, como si de verdad se le hubiera roto el corazón.

«Dentro de cinco años», pensó, «recordaré esta experiencia y pensaré: Qué lección más buena sacaste de eso. Ahora eres mucho más fuerte».

Pero todavía faltaban cinco años para eso.

Carrie telefoneó aquella mañana a primera hora, balbuciendo haber cambiado de idea, no sobre la boda, sino sobre el vestido de novia.

–Es horrible –le dijo a Anna con voz llorosa–. Horrible, horrible. Cuando Kyle lo vea, lo detestará.

–¿Lo llevarás puesto cuando Kyle lo vea?

–Sí...

–Entonces, no lo detestará –dijo Anna con impaciencia–. Carrie, lo siento, estoy llenando de agua la bañera y...

–Tenemos que hacer algo –la interrumpió Carrie, casi sin aliento–. Hoy mismo. Quiero asegurarme de que no hay ningún otro vestido que me guste más.

–No hay ningún otro vestido que no te hayas probado –su serena amiga estaba demasiado agitada, pensó Anna. Tal vez la boda la estuviera poniendo nerviosa a ella también–. Relájate, tómate algo dulce, llama a Kyle y dile que lo quieres. Te sentirás mucho mejor y yo no tendré que seguirte a todas las tiendas en un radio de sesenta kilómetros para que comprendas que el vestido que tienes es el mejor. ¿De acuerdo?

–No –dijo Carrie con obstinación–. Anna, tienes que venir. Tengo retención de líquidos y estoy hinchada. Sobre todo, en la cintura. No podré saber si un

vestido es bonito si no me entra. Tú te los pruebas y yo me quedo mirando, ¿te parece? Tienes que acompañarme.

–Estás desvariando, Carrie –dijo Anna.

–Eres mi mejor amiga, deberías apoyarme y complacerme. Pasaré a recogerte dentro de tres cuartos de hora –le dijo, y colgó.

A Anna no la preocupaba mucho su aspecto últimamente, pero se arregló con esmero. Así era como superaba siempre los problemas, afrontándolos y resistiéndose a dejarse abatir. Si se comportaba como si estuviera bien, al final, se sentiría bien. Con suerte.

Se maquilló un poco más de lo habitual y se puso un sencillo vestido blanco que realzaba su tez morena. Después, se recogió el pelo en un elegante moño, se puso pendientes plateados y el delicado brazalete de plata que había jugado un papel tan importante la noche en que conoció a Zack.

Después, acabó una vez más en la boutique de novias Babette's.

–¿Por qué aquí? –le preguntó Anna a Carrie, mientras seguía a su amiga por los percheros–. Ya has venido tres veces. Conoces la mercancía de memoria.

–Deja de gimotear –dijo Carrie–. Es una tienda estupenda, y tienen mayor surtido de vestidos que en ninguna otra –rebuscó en uno de los percheros y sacó cuatro vestidos casi al unísono–. Toma –dijo, y se los plantó a Anna en los brazos–. Son todos de tu talla. Pruébatelos, y no te olvides de salir y enseñármelos, Ah, y deja el de raso sin tirantes para el final; creo que será el que mejor te quede. A mí, quiero decir.

Anna puso los ojos en blanco y se dirigió a los espaciosos probadores para cumplir con su obligación de dama de honor.

Los vestidos uno y dos fueron desechados por insípidos. El tercero, según Carrie, era como un pastel de cumpleaños con demasiada nata: empalagoso. Anna regresó al probador como un robot obediente para probarse el último vestido, el de raso sin tirantes, el favorito de Carrie.

Era increíble.

Los grandes ojos azules de Anna parecían ocupar medio rostro al contemplar su reflejo en el espejo del probador. El labio inferior le tembló un poco, como reacción al repentino vuelco que le dio el corazón. Parecía diseñado expresamente para su tez, ya que el intenso color marfil realzaba su piel luminosa y reluciente cabello de color miel. Los hombros cremosos aparecían desnudos sobre el sencillo corpiño sin tirantes. La tela le marcaba la cintura y caía sobre sus caderas formando una falda elegante y estrecha. Ni

su hada madrina podría haber mejorado el atuendo. El vestido no era del estilo de Carrie, pero hacía maravillas en Anna Smith.

Cerró los ojos para frenar las lágrimas que amenazaban con aflorar. Cuando los abrió, Zack Daniels estaba de pie en el probador, detrás de ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz ronca, casi sin aliento. Permaneció inmóvil, mirándolo a los ojos a través del espejo.

A Zack también le costaba respirar. Al abrir la puerta del probador y verla con aquel vestido, había recibido un golpe mortal en su corazón de poli responsable y resguardado. El deseo corría por sus venas como las corrientes de un océano. No existía una mujer más bella en el mundo, ni un vestido de novia más hermoso. Ningún hombre podría haberse resistido a esa combinación. Si la hubiera visto por primera vez en aquel momento, habría sido amor a primera vista.

Claro que se había enamorado de ella a primera vista.

—Estaba impaciente por ver si tenía razón.

Anna se volvió hacia él con las manos en las mejillas. Allí estaba Zack, con su pelo de color ébano, los ojos plateados, los vaqueros y la camisa informales que no lograban camuflar su elegancia fluida y sombría.

—¿Razón en qué?

—Con el vestido. Carrie se reunió aquí conmigo a las diez de la noche y lo escogí yo mismo. Nada más verlo, supe que romperías corazones con él.

Anna parpadeó y movió la cabeza, aturdida.

—¿Te has vuelto loco tú, o yo?

Zack dio un paso hacia Anna e inspiró su perfume con el corazón desbocado por el éxtasis y el miedo. Sentía un amor tan puro por ella que le dolía el alma.

—Kyle vino a verme hace un par de días. Hablamos, discutimos, seguimos hablando... y, al final, comprendí una cosa.

—¿El qué? —susurró. Había perdido la batalla con las lágrimas, pero no se daba cuenta.

—Necesito que me rescates, Anna —dijo con sinceridad—. Pensé que había nacido para rescatar a otros, pero estaba equivocado. Pensé que necesitabas protección, pero también me equivoqué en eso. Eres la mujer más fuerte que he conocido. Lo sabía, pero supongo que necesitaba un poco de perspectiva para comprenderlo de verdad.

Anna parpadeó para aclarar su visión. El corazón le golpeaba con fuerza las costillas, y respiraba con dificultad.

–¿Para comprender el qué? Fuiste muy claro sobre lo que querías y no querías cuando te fuiste. ¿Qué queda por decir?

Zack tragó saliva y carraspeó. Aquel era el momento que había imaginado, deseado y temido durante todo el vuelo a Oregón. Era la razón de que se hubiese tomado seis aspirinas en un vano intento de calmar los nervios. Había tomado tres Bloody Marys por la misma razón, y con idéntico resultado. Nada lo había serenado.

Anna abrió los ojos de par en par al ver que Zack hincaba una rodilla en el suelo, sacaba un pequeño estuche de terciopelo del bolsillo y lo abría.

–Por favor, rescátame –susurró. Le temblaba todo, los dedos, el estuche, la voz–. Estoy perdido, Anna. Es como si yo hubiese acabado cuando acabamos. Te quiero tanto... Cásate conmigo. Confía en mí una vez más y te prometo que no volveré a decepcionarte.

Anna se lo quedó mirando.

–Me dejaste –susurró.

–Pensé que te estaba salvando de mi vida. Después, comprendí que no tenía vida sin ti. No sé cómo resolveremos todas las dificultades ni si será fácil o difícil, pero si estamos juntos... estaremos bien. Cásate conmigo. El sábado. Dentro de tres días.

–¿Qué? Zack, no puedo. Ya sabes que Carrie y Kyle...

–Están encantados de celebrar una doble boda. Lo creas o no, Kyle ha accedido a ser mi padrino. Dios debe de tener un maravilloso sentido del humor –Zack sonreía trémulamente–. Anna, di que sí y no volveré a darte motivos para llorar. Sé que es solo el principio, pero te prometo hacer lo que sea necesario para hacerte feliz y protegerte. Por favor...

–¿Dentro de tres días? –murmuró Anna, estremeciéndose–. Dios mío...

–Y, una cosa más –añadió Zack con un ápice de culpabilidad en la voz–. Debería hablarte de mi situación económica. No soy lo que se dice un hombre rico.

–¿Crees que eso me importa? Zack, aunque tengamos que apretarnos el cinturón...

–No, no me has entendido –carraspeó–. No soy un hombre rico, Anna, estoy podrido de dinero. Tengo ojo para la Bolsa y... y amasé una gran fortuna. No podríamos gastarla ni aunque quisiéramos.

Demasiadas sorpresas, pensó Anna, y se dejó caer en la banqueta del rincón.

–No sé qué decir.

–Solo dime que te casarás conmigo dentro de tres días –los ojos de Zack reflejaban todo el amor y las promesas del mundo–. Cariño, las rodillas me están matando, pero no pienso levantarme hasta que no digas que sí.

Una sonrisa suave y lenta asomó al rostro de Anna, como el sol después de la lluvia.

–Sí –dijo con voz trémula.

Aquel sentido monosílabo puso fin al tenue control de Anna. Con un gemido resbaló de la banqueta y cayó en los brazos del amor de su vida. La boutique de novias Babette's jamás había visto tanto entusiasmo desinhibido en su clientela. Entre risas y lágrimas, se besaron con ardor, conmocionados, anhelantes y extáticos. Estaban demasiado embriagados de felicidad para hablar, demasiado desesperados para preocuparse por el decoro. Habían estado a punto de perderlo todo.

Epílogo

—No hace falta que tengamos muchos hijos —dijo Anna—. Cinco, quizá. ¿Te parecería bien?

Zack volvió la cabeza despacio, mientras calibraba la seriedad de aquella afirmación.

—¿Cinco?

Estaban sentados en el balancín del porche de la casa victoriana, esperando a que amainara una tormenta. Desde que, hacía cuatro meses, Anna había descubierto que estaba embarazada, su instinto maternal se había disparado.

—Y convendría que los tuviéramos bastante seguidos, ¿no crees? —dijo Anna con inocencia, y puso en movimiento el balancín con el pie—. Para que puedan ser muy amigos.

Zack sonrió débilmente y le tocó el vientre abultado con la mano.

—¿Qué tal si nos concentramos en este? Todavía estoy en la fase del papá nervioso. ¿Y si es niña y se busca un novio conflictivo?

Anna sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de Zack.

—Entonces, puedes llevarlo a tu rancho de muchachos y enderezarlo. ¿No lo has creado por eso? Muy oportuno.

Desde que se había casado con Anna, Zack había descubierto que había más maneras de mejorar el mundo que siendo policía. Había buscado un destino útil a su fortuna, construyendo un rancho en las laderas de Grayland Beach para adolescentes con problemas. Aunque pareciera mentira, aquel reto le había resultado tan interesante como el de ser policía, y mucho más satisfactorio. La historia no terminaba con un informe cuando metía a alguien entre rejas; podía guiar a los muchachos durante los momentos difíciles, buscarles asesoramiento y proporcionarles el ambiente familiar que les había faltado en sus hogares. En el transcurso de tres años, el rancho había adquirido una reputación excelente.

La idea había sido de Anna. Sería un fin útil para los «montones» de dinero

que él tenía, y les daría la oportunidad de trabajar juntos. Anna se identificaba con los muchachos que llegaban al rancho, en particular con los que habían seguido una trayectoria similar a la de ella. No solo era una buena maestra, sino mejor asesora que muchos psicólogos profesionales.

–Nada te altera –dijo Zack–. Me alegro mucho de que estés conmigo en esto del bebé. Así podrás ser la madre sensata y serena, mientras a mí me dan los ataques de pánico.

–Yo también me alegro de que estés conmigo en esto del bebé –rio Anna–. Habría sido muy difícil concebirlo sin tu ayuda. Además, te subestimas. Eres maravilloso con los muchachos, y lo sabes. Y serás maravilloso con el bebé.

Zack le sonrió, amándola con su mirada suave. Estaba en paz. Sin saber cómo, como huérfanos en una tormenta, se habían encontrado el uno al otro. Nunca miraba a su esposa sin dar gracias a alguien mucho más sabio y poderoso que él.

–¿Y qué tal soy como marido? –preguntó con suavidad, y la besó en la punta de la nariz–. Confiesa.

–Perfecto. Normalmente.

–¿Normalmente?

–No es que me queje, pero ese beso ha sido un poco... casto. Pero dulce.

A Zack todavía le gustaban los retos. Lo hizo mucho mejor en aquella ocasión, uniendo sus labios abiertos a los de ella hasta dejarla aturdida.

–¿Qué tal ahora?

–Muchísimo mejor. ¿Y si cambiáramos de asiento...?

Zack consultó su reloj.

–Son casi las ocho, ¿no es un poco tarde? Deberías estar acostada. Las mamás embarazadas necesitan dormir mucho.

Anna hizo una mueca.

–Zack Daniels, si crees que voy a dormir...

–Confía en mí, cariño –la tranquilizó Zack con la voz cargada de promesas.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com